

FRANCISCO REGIS CLET

BIOGRAFÍA

Andrés Sylvestre
CEME, Salamanca, 2000

1.- LOS ORÍGENES

LA REGIÓN

El carácter de un hombre queda marcado por sus orígenes, su región, su familia, su primera formación, su siglo. Tan solo de Melquisedec se dice en la Escritura que no tenía ni padre ni madre ni genealogía (Hb 7. 3). El santo misionero cuya vida trataremos de seguir, estaba firmemente enraizado en su región de origen, el Delfinado, y en su familia.

Nació hacia el medio del reinado de Luis XV, el 19 de agosto de 1748, en Grenoble, en el Delfinado. Esta provincia era francesa desde 1349. El último soberano, Humberto II, conocido con el nombre de *Defín*, decidió, al regreso de la cruzada, ceder el Delfinado a Francia, a condición de que el hijo mayor del rey llevara el título de *delfín*. Concluido este arreglo, se hizo dominico. Grenoble, la ciudad natal de Francisco Regis, se halla situada en un cuadro montañoso admirable, donde confluyen tres valles. Hace 2000 años era una aldea gala que recibió el nombre del emperador Graciano. *Gracianopolis*. A mediados del s. XVIII ya era la ciudad más importante de los Alpes franceses, con cerca de 30.000 habitantes.

La familia Clet procedía de Varcés, donde había nacido en 1702 el padre de nuestro misionero, Cesáreo. Varcés está situado a unos doce kilómetros al sur de Grenoble, en el cantón de Vif. Se encuentra en el valle del Gresse, no lejos de su confluencia con el Drac, afluente por la izquierda del Isère. El pueblo está adosado a una ladera que corta el horizonte al oeste, la montaña de Lans, la cual presenta, a una altura de 1800 metros, una línea de crestas casi continuas entre Roe Cornafion al sur y la Grande Roche Saint Michel al norte. Al este del pueblo, se dilata hasta Grenoble la llanura del bajo valle del Drac. El pueblo de Varcés, que contaba en el siglo XVIII unos 700 habitantes, forma parte en la actualidad de un agrupamiento de comunas llamado Varcés-Allières y Riaset, con más de 3.000 habitantes.

LA FAMILIA

Cesáreo Clet tenía en Varcés un hermano llamado Antonio, que ejercía en el pueblo el cargo de Real Notario. Otro hermano era sacerdote, canónigo de la colegiata de San Luis en Grenoble. Cesáreo estaba empleado con un negociante en telas que vivía en la calle Porte-Trainee, hoy Calle Mayor, en cuyo nº 14 se encuentra la casa natal del mártir. Cesáreo ganó la confianza de su patrón, quien le tomó como socio. Por ello, a la muerte del señor Bourquy, continuó llevando los asuntos de la casa y pidió a la señora Bourquy la mano de su hija Claudina. Una hermana de la señora Bourquy era monja en el Carmelo de Grenoble.

Del matrimonio Cesáreo y Claudina nacieron quince hijos. La mayor, María Teresa, nacida en 1733, no se casó y fue como una segunda madre para sus hermanos y hermanas. Un

hermano del misionero se hizo cartujo en La Valbonne, cerca de Pon C-Saint-Esprit. De sus hermanas, una se hizo carmelita como su tía.

Francisco Regis nació el 19 de agosto de 1748. Era el décimo hijo de la familia Clet. Se le puso el nombre de Francisco Regis en recuerdo del gran misionero que fue san Francisco Regis, apóstol de Velay y de Vivarais. Este santo misionero había muerto por agotamiento en Lalouvesc. Vivarais, el 31 de diciembre de 1640. Recuperó para el catolicismo esta región montañosa, muy marcada por el protestantismo. Fue canonizado, al mismo tiempo que san Vicente de Paúl, en 1737.

El bautismo del recién nacido tuvo lugar al día siguiente de nacer en la iglesia parroquial de San Luis, haciendo de madrina su hermana mayor, María Teresa. Junto a la pila bautismal, la inscripción en una gran lápida de mármol sobre la pared, recuerda que aquí fue bautizado Francisco Regis Clet.

LOS AÑOS DE ESTUDIOS

El niño creció en el seno de una familia profundamente cristiana. En 1754 asistió a la entrada en el Carmelo de su hermana Ana, y diez años después a la partida de su hermano Francisco para la Cartuja. Más adelante encontraremos varias cartas de Francisco Regis, dirigidas desde China a su hermano, que estará refugiado en Roma huyendo de la persecución religiosa en Francia. Estos ejemplos de respuesta generosa a vocaciones contemplativas debieron marcar hondamente al joven.

Según los primeros biógrafos. Francisco Regis debió de hacer los estudios clásicos en el Real Colegio de Grenoble, que llevaron los Jesuitas, hasta la supresión de la Compañía en 1773, cuando fueron reemplazados por sacerdotes diocesanos.

Una tradición de familia, bien fundada, nos cuenta que fue alumno de los Oratorianos. También es posible, sin que tengamos una certeza absoluta, que pasara algunos años en el Seminario Menor de Saint-Martin-de-Miséré, regido, como el Seminario Mayor, por los Oratorianos. Saint-Martin-de-Miséré está situado a unos diez kilómetros al nordeste de Grenoble en el marco espléndido del valle del Grésivaudan, entre el macizo de la Cartuja al oeste, y la cadena de Belledonne al este. De todas formas, Francisco Regis hizo unos estudios muy serios. Y prueba de ello es la perfección de su estilo en el centenar de cartas suyas que conservamos en francés, y algunas en latín. Adquirió durante estos años una cultura general que fue más tarde la admiración de sus hermanos de comunidad durante los años de enseñanza en el Seminario de Annecy.

En vacaciones solía irse a descansar a la familia de sus primos en Varcès, o también donde su hermana Francisca Julia, que se había casado en Varcès con un primo, heredero del cargo de Real Notario.

ENTRADA EN LA CONGREGACIÓN DE LA MISIÓN

Al finalizar los estudios clásicos, el joven en que se había convertido Francisco Regis escuchó la llamada de una vocación sacerdotal. Tuvo que hacer elección: habría podido entrar en el clero diocesano de Grenoble, o bien hacerse Oratoriano como sus maestros, o también entrar en los Agustinos como su primo Gaspar Clet, quien acababa de hacerlo. Optó por orientarse hacia una Comunidad misionera, donde se sintiese apoyado en su voluntad de perfección, a la vez que centrado en su vocación de apostolado. Los Sacerdotes de la Misión habían dado ya, en la diócesis de Grenoble, misiones populares. En la diócesis de Grenoble, todavía recordaba la gente al Padre Pedro Vigne, protestante convertido, originario de Privas, que se había hecho miembro de la Congregación de la

Misión y cuyo celo misionero se había desplegado, a finales del siglo XVII y primer tercio del XVIII, en las diócesis de Valence, Grenoble, Vienne y Le Puy.

En la región, los Sacerdotes de la Misión dirigían el Seminario Mayor de Annecy desde el tiempo de san Vicente. Además poseían en Lyon, en el barrio de Fourvière, una casa de misiones fundada en 1669, en la que habían abierto un Seminario Interno o noviciado para acoger candidatos que provinieran del sureste (tenían otros en París y en Cahors). A esta puerta vino a llamar nuestro personaje el 6 de marzo de 1769. Contaba a la sazón 20 años y seis meses. En los dos años que duraba el Seminario Interno, nuestro seminarista, con la ayuda del director, se inició en la vida de comunidad.

Estudió la vida de san Vicente escrita por el amigo del santo, Monseñor Abelly, obispo de Rodez. Tuvo también ocasión de leer un número de cartas de san Vicente, o extractos de conferencias que había dado sobre diversas virtudes. Hubo de estudiar las Reglas Comunes de la Congregación de la Misión y familiarizarse con el Consuetudinario. Le fue propuesta la lectura de varios autores espirituales, como el "Tratado de perfección" del español Rodríguez y, evidentemente, los escritos de san Francisco de Sales, a quien san Vicente profesaba gran veneración y cuyas obras, *Introducción a la vida devota y Tratado del amor de Dios*, recomendaba a sus hermanos de comunidad.

El reglamento exigía levantarse a las cuatro, luego una hora oración matinal seguida de la misa. Otra hora de oración, que llamaban la postmeridiana, tenía lugar por la tarde. El día estaba ocupado en lecturas de la Biblia o de autores espirituales, en algún trabajo manual, y en escuchar conferencias al director del seminario que explicaba las Reglas Comunes de la Congregación o comentaba alguna virtud. Cada semana estaba previsto un paseo recreativo. Los seminaristas se encaminaban, de tres en tres, hacia las alturas de Fourvière, o quizá hacia los muelles del Ródano o del Saona para contemplar el tráfico de los barcos que descendían ligeros la corriente, o la subían arrastrado, desde la orilla por tiros de fuertes caballos. Durante el paseo se visitaba también alguna iglesia. No faltaba donde elegir en esta devota ciudad de Lyon.

Acabados los dos años de recogimiento. Francisco Regis fue admitido a la emisión de los votos. Los pronunció antes de la comunión, en una misa celebrada sin ninguna solemnidad por el superior de la casa la mañana del 18 de marzo de 1711. Pertenecía en adelante plenamente a la Congregación de la Misión.

LAS DIVERSAS ORDENACIONES

Durante los estudios de teología, Francisco Regis, que había sido tonsurado dos días antes de pronunciar los votos, recibió las cuatro órdenes menores (4 de abril de 1772), el subdiaconado (13 de junio), y el diaconado (9 de diciembre de este mismo año). Ya desde la ordenación al subdiaconado, Francisco Regis tenía por asignación paterna una renta de 100 libras al año.

No nos quedan testimonios de sus maestros ni condiscípulos en estos años de Seminario Interno y de teología, pero podemos pensar que sacó de ellos el mayor provecho, porque todos apreciarían posteriormente la seguridad de su doctrina y la rectitud de su juicio.

Fue ordenado de sacerdote en una ceremonia que tuvo lugar en la capilla del Seminario de San Carlos el 27 de marzo de 1773. Este seminario había sido establecido por Carlos Démia, que fundó en la diócesis de Lyon los «Clérigos Institutores». El prelado oficiante en las sucesivas ordenaciones fue Monseñor Bron, obispo auxiliar y vicario general del

arzobispo de Lyon, Monseñor Malvin de Montazet. Para estas órdenes Francisco Regis había obtenido del obispo de Grenoble cartas dimisorias, es decir una autorización que le permitía ser ordenado por otro obispo en otra diócesis. De esta manera Francisco Regis tenía, a efectos canónicos, una doble adscripción: era a la vez de la diócesis de Grenoble y de la Congregación de la Misión.

San Vicente de Paúl, después de su ordenación sacerdotal, se retiró para celebrar su primera misa en un pequeño santuario dedicado a Nuestra Señora de Gracia, en los alrededores de Buzet-sur-Tarn-, por entonces de la diócesis de Montauban.

Nuestro novel sacerdote quiso también recogerse y celebrar una de sus primeras misas en un santuario mariano, para confiar a la Virgen su futuro apostolado. Con permiso del superior de la casa de Lyon, fue a pasar unos días a Nuestra Señora de Valtleury que, a corta distancia de Saint Étienne, era un lugar de peregrinación a la Virgen, en la diócesis de Lyon. Este santuario, confiado a los Sacerdotes de la Misión en 1687, constituye una de las más antiguas casas en Francia.

Era superior el Padre Palerne. Los Padres Paúles recibían a los peregrinos y daban misiones populares en la región. Recibieron al joven sacerdote con los brazos abiertos. Allí pasó unos días en paz y recogimiento antes de regresar a Lyon.

LOS ACONTECIMIENTOS POLÍTICOS

Durante los años de la infancia y juventud de Francisco Regis, Francia vivía un largo período de paz interior. Ciertamente había habido guerras y tratados de paz, pero esto acaecía allende las fronteras del reino, y los ecos procedentes de París o Versalles llegaban al Delfinado muy amortiguados. El año del nacimiento de Francisco Regis, 1748, se firmó el tratado de Aix-la-Chapelle, que puso fin a la guerra de sucesión de Austria. En 1756 volvió la guerra, la de los Siete Años, en el curso de la cual Francia perdió, con el Tratado de París de 1763, sus colonias de Canadá, Luisiana e India en beneficio de Inglaterra. El rey Luis XV había querido emprender reformas necesarias en la administración y las finanzas, pero la oposición de los privilegiados se lo impidió. Los salones filosóficos formaban opinión y pretendían encarnar las Luces. A pesar de estos contratiempos, el reinado de Luis XV había adquirido pacíficamente para Francia Lorena en 1766 y Córcega en 1768. Cuando Francisco Regis se iba a ordenar de sacerdote, aguardaba al reino el desencanto: en 1774 murió el rey.

El nuevo rey, Luis XVI, nieto de Luis XV, sólo contaba veinte años. Suscitó muchas simpatías y esperanzas, pero no sostuvo con firmeza a ministros valientes, ansiosos de emprender reformas que se habían hecho indispensables.

Llevado del apasionamiento que la opinión sentía por las colonias inglesas de América, las que proclamaban su independencia en 1776, el rey envió un cuerpo expedicionario en ayuda de los sublevados. Vencidos, los ingleses debieron reconocer la independencia americana en el tratado de Versalles de 1783. Estos hechos, y el revés sufrido por los ingleses, suscitaron en Francia un gran entusiasmo: la opinión pública lo comentaba, y llegó a ser tema de disertación en los Colegios. Yo he tenido en las manos una de estas disertaciones, en el seminario de Viviers. La «Declaración de los derechos del hombre», proclamada por el joven Estado americano, inspirará más tarde una declaración semejante, la de la Revolución Francesa. Francisco Regis, como los jóvenes de su tiempo, debió vibrar con el relato de aquellos sucesos.

San Vicente había recomendado a sus hermanos de comunidad, en las Reglas que les dio, que «no se mezclaran en las discordias de los príncipes». Pero difícilmente se habrían ignorado unos hechos que conmocionaban a Europa y al mundo.

II.- SACERDOTE DE LA MISIÓN Y FORMADOR DE SACERDOTES

LOS AÑOS DE ANNECY

Camino de Annecy

Los felices días que Francisco Regis pasó en Valfleury duraron un momento. Regresó a la casa de Lyon, donde debía llegarle una carta del superior general, en la que le daba un destino: le enviaba como profesor al Seminario Mayor de Annecy. Es justo pensar que antes de partir para Annecy, Francisco Regis pudo tomarse el tiempo de ir a Grenoble, abrazar a sus padres, ver de nuevo a sus familiares y celebrar para ellos siquiera una misa en la parroquia San Luis, y otra en el Carmelo donde estaban como religiosas su hermana Ana y su tía materna.

ANNECY Y SABOYA

Annecy no estaba lejos de Grenoble, a unos 120 kilómetros. Pero Saboya era tierra extranjera. Formaba parte de un Estado que constaba del reino de Piamonte-Saboya, luego incrementado por el tratado de Utrecht, en 1713, con una parte del Milanesado y con Sicilia, que se canjeó en 1720 por Cerdeña. El conjunto constituía los *Estados Sardos*, que tenían Turín como capital. Chambéry era tan sólo la capital honoraria. Saboya era francófona, como el valle de Aosta. Pero la gente del campo se expresaba en habla franco-provenzal. Otras regiones de aquellos Estados empleaban dialectos italianos: el sardo el piamontés, el genovés. La ciudad de Annecy no era todavía más que una pequeña población de 4.000 ó 5.000 habitantes, convertida en ciudad residencial del obispo de Ginebra. La ciudad de Ginebra se había pasado entera al protestantismo: rechazando la autoridad de su soberano, el duque de Saboya, había caído bajo la dictadura teocrática del ayatola literal que fue Calvino, y tras él bajo la de sus sucesores. El duque de Saboya había intentado reconquistar Ginebra a los protestantes en la famosa *noche* de la escalada: la operación fue un fiasco, que todavía celebran hoy los Ginebrinos.

ORIGEN Y DESARROLLO DEL SEMINARIO

En 1638 el obispo de Ginebra, Justo Guérin, consiguió de san Vicente abrir en Annecy, la ciudad de su residencia, una casa de misiones. Esta fundación fue facilitada por la generosidad de un amigo de san Vicente, el Comendador Brúllart de Sillery. San Vicente envió a cuatro sacerdotes, informando de ello a la Madre Juana de Chantal, superiora de la Visitación de Annecy, con el ruego de que velara por esta fundación. Fue ella quien, para comenzar, puso una casa a disposición de los misioneros. Y suministra a san Vicente el consejo para la buena marcha de la pequeña comunidad. Los Padres Paúles daban misiones en la diócesis. Pero, desde 1641, el obispo impuso a los que se preparaban para el sacerdocio pasar por lo menos el tiempo de unos ejercicios en la casa de los Sacerdotes de la Misión: eran los *Ejercicios de los Ordenandos*.

A partir de entonces, el superior, Padre Codoing, organizó un seminario propiamente dicho, que fue oficialmente fundado en 1642. Los candidatos al sacerdocio pasaban allí alrededor de un año. Durante ese año eran iniciados en la liturgia, en la administración de

los sacramentos y en la práctica de la pastoral: se les ejercitaba en la enseñanza del catecismo y en la predicación, y tornaban parte activa en las misiones. El número de seminaristas era muy modesto en los primeros años: solamente ocho en 1647. Se suponía que habían hecho ya los estudios de teología. El tiempo que pasaban en el seminario se elevó poco a poco hasta los tres años: era la duración normal por la época en que fue allí destinado el Padre Clet.

LA VIDA EN EL SEMINARIO

En el seminario, alumnos y profesores constituían una comunidad. Comenzaban el día levantándose a las cuatro. Iban luego a la capilla para la oración de la mañana, seguida de media hora de meditación y de la misa. Los seminaristas comulgaban una vez por semana, pues así se entendía la comunión frecuente. Se confesaban también cada semana.

Los seminaristas se iniciaban en la vida espiritual leyendo a los grandes autores, a los Padres de la Iglesia, el *Tratado de perfección virtudes cristianas*, de Rodríguez, los escritos de santa Teresa, los de Olier sobre el sacerdocio, y desde luego en Saboya, los escritos de san Francisco de Sales, la *Introducción a la vida devota* y el *Tratado del amor de Dios*.

Durante el día se reanudaban las clases de teología, bien dictadas por un profesor, bien con ayuda de un manual. Los manuales en uso eran la Suma teológica, o también el Manual de teología pastoral, de Binsfeld; luego los manuales de teología de Tournely, y de Collet, miembro de la Congregación de la Misión. Algunos días se celebraban conferencias con debates sobre casos de conciencia. La Sagrada Escritura se enseñaba en conferencias dictadas el domingo. Los seminaristas acompañados de sus directores participaban los domingos y fiestas en los oficios de la catedral.

Durante las comidas se escuchaba una lectura edificante, o tal vez un ejercicio de predicación. El desayuno era parco: un poco de sopa y pan; las comidas principales, a las 11 y a las 18 horas, eran muy sólidas, con un caldo, pan, carne en cantidad sorprendente (hasta una libra), legumbres secas, ensalada, queso y una fruta. Cada cual tenía delante un cuartillo de vino.

El café había aparecido en el transcurso del siglo, pero su consumo era todavía excepcional. Los locales se calentaban con parsimonia. (yo he llegado a conocer esa calefacción mínima, en el Seminario de Montauban hace 50 años cuando, por ejemplo, no se calentaba el refectorio más que con el calor de los platos); y se alumbraba uno con velas.

EL EDUCADOR DE LOS FUTUROS SACERDOTES

Llegado al Seminario de Annecy, le fue encomendada a Francisco Regis la enseñanza de la teología moral. En breves años adquirió tal competencia y tal seguridad de juicio doctrinal, que entre el clero de la diócesis era lo ordinario designarle por el mote afectuoso de «biblioteca viviente». Sabía responder con claridad y prontitud a las dificultades teológicas, o casos de conciencia, que le eran propuestos.

El Padre Clet hubo de reaccionar ante la noticia del escándalo dado al otro extremo de la diócesis de Ginebra por el patriarca de Ferney, el viejo Voltaire, que hizo alarde de acercarse a comulgar el día de Pascua de 1768. Había declarado impudicamente: «Si tuviera 100.000 hombres, ya sé lo que haría; pero como no los tengo, cumplo con Pascua y edificio a mi pueblo». Otro suceso que causó gran estruendo en los seminarios de Saboya, como también en Francia, fueron las medidas que tomaron los gobiernos

Europeos de los Borbones contra la Compañía de Jesús, y la supresión de ésta por el papa Clemente XIV en 1773.

La instrucción espiritual impartida por Francisco Regis a sus alumnos no necesitaba en modo alguno de aquella triste comedia, como el viejo patriarca de Ferney la representaba al otro extremo de la diócesis. La diócesis de Ginebra-Annecy podía afortunadamente presentar verdaderos modelos de santidad.

Con sólo seguir las enseñanzas de san Vicente, el Padre Clet podía honrar como él «a nuestro bienaventurado padre. Monseñor de Ginebra». San Vicente recomendaba a los suyos inspirarse en sus ejemplos y en su doctrina. Y es lo que hizo Francisco Regis en esta ciudad, donde era fielmente custodiado por el convento de la Visitación el recuerdo del santo obispo, no menos que el de la fundadora, Madre de Chantal.

Para mejor impregnarse de las enseñanzas de san Francisco de Sales, podemos figurarnos al Padre Clet recorriendo, como lo hemos hecho también nosotros, los sitios mismos en que vivió el santo obispo, los lugares de su infancia y de su juventud estudiosa: Thorens-leChâteau y la iglesia del bautismo; la Roche-sur-Foron, donde efectuó parte de sus estudios; las áreas de su apostolado en Châblais; el castillo de los Allingesx, al cual se recogía entre dos correrías apostólicas; Thonon y la iglesia de San Hipólito, donde tantas veces predicó y convirtió a tantos protestantes; y por fin las casas que habitó como obispo de Annecy.

Como el santo obispo, nuestro misionero meditaría seguramente a orillas del tranquilo lago de Annecy. Al final de sus días soñaba el buen obispo con retirarse a la ermita de san Germán en las escarpaduras al este del lago, desde donde se contempla Talloires, el lago y su entorno montañoso. Francisco Regis como numerosos habitantes de Annecy y yo mismo, llegó a esta ermita con motivo de la peregrinación tradicional el lunes de Pentecostés.

Durante los quince años pasados en el Seminario de Annecy, el Padre Clet tuvo holgura bastante para impregnarse de las enseñanzas de san Francisco de Sales y poder hablar de ellas a sus seminaristas. Pero hablaba más con el ejemplo que daba. Obsérvese en efecto cómo van a emerger en la vida del futuro misionero. Padre Clet, aquellas virtudes que ya habían señalado en particular la vida de san Francisco de Sales. Es preciso mencionar ante todo la dulzura y la paciencia, que tanto el uno como el otro llevaron hasta la heroicidad. En cuanto a Francisco Regis, causó impresión aún a los propios jueces y guardianes.

La autoridad moral y la doctrina del joven profesor se imponían de año en año, a tal punto que el obispo lo pidió como superior del seminario. Cuando este obispo, Monseñor Biord, muera en 1785, los vicarios generales se dirigirán al Padre Clet para rogarle que pronuncie su elogio fúnebre, con ocasión de unos ejercicios de sacerdotes en el seminario. El nuevo obispo, Monseñor Paget, demostró hacia el superior del seminario la misma confianza que su predecesor, Monseñor Biord.

PAPEL DEL PADRE CLET EN LA CONGREGACIÓN

Delegado en la Asamblea General de los Sacerdotes de la Misión

El Padre Jacquier, superior general de los Sacerdotes de la Misión, fallecía en 1788. Debía procederse a la elección de un sucesor, y así se convocó una Asamblea General, que se reuniría ese año mismo, a finales de mayo. A su vez, cada provincia de la Congregación tenía que reunirse, bajo la presidencia del Visitador, acudiendo

todos los superiores, más un delegado por cada casa. Era la Asamblea Provincial, que debía formular propuestas y peticiones, para ser llevadas a la Asamblea General por el Visitador, acompañado de un delegado en representación de la provincia. La casa de Annecy pertenecía a la provincia de Lyon, y aunque el Padre Clet no había ido como delegado a su Asamblea Provincial, fue sin embargo elegido por ella para representar a aquella provincia en la Asamblea General de París. Tal era su reputación y la confianza unánime que en él depositaban sus hermanos de la Provincia.

La Asamblea General: 30 de mayo - 15 de junio, 1788

Como los demás delegados, el Padre Clet fue para estar en París el mes de mayo de 1788. La asamblea se abrió el día 30 de ese mes. El Padre Clet, con cuarenta años justos, resultó ser el delegado más joven. Desde un principio, las votaciones para elegir un nuevo superior general se inclinaron hacia un oriundo de Rouergue (hoy Aveyron), el Padre Cayla de la Garde, que era desde hacía poco asistente del Superior General. Antes, en 1774, había sido profesor en el Seminario Mayor de Montauban; luego en Cahors, Rodez y Toulouse. La asamblea celebró su sesión de clausura el 18 de junio de 1788.

Ya se preparaba el Padre Clet a partir para Annecy, cuando es retenido por el nuevo Superior General, que ha advertido su valía. El Superior General consulta al Consejo, y nombra al Padre Clet director de Seminario Interno. Todos le habían juzgado digno de formar con su ejemplo y lecciones a los candidatos a la Misión. No regresó, pues, a Annecy, sino que se aprestó al desempeño del nuevo cargo.

En tiempos turbulentos

Los momentos eran confusos, se presentía que iba a estallar alguna conmoción social. El rey Luis XV había querido emprender reformas y con ello limitar los poderes de los parlamentos. Sucedió en 1771, pero el rey murió en 1774 y, ante la oposición encrespada de los parlamentarios y del clero, que hacían valer sus privilegios, Luis XVI anuló las medidas de su abuelo. Sin embargo, eran necesarias medidas en materia de finanzas. El ministro Loménie de Brienne quiso imponer, el 8 de mayo de 1788, la desmembración de los parlamentos, para reducir sus poderes. Hubo una protesta general por parte de los privilegiados, que en Rennes y en Grenoble derivó en revuelta. En esa segunda ciudad tuvo lugar el Día *de las tejas*, las que sobre los soldados lanzaban los amotinados. Los notables de Grenoble convocaron para el 21 de julio de 1788, en el castillo de Vizille, a los representantes de los tres órdenes (clero, nobleza y clase media) en una asamblea improvisada, que se levantó con fuerza contra el despotismo y la supresión del parlamento, y pidió la convocación de los Estados Generales de la nación.

Brienne, con el consentimiento del rey, convocó los Estados Generales para el primero de mayo de 1789: la Revolución estaba en marcha. En cuanto al clima, el año era desastroso, con incesantes lluvias y tormentas: el precio del trigo subió en picado. Cundían la penuria y el hambre, y se temieron motines, por el caldeamiento de los espíritus.

El Padre Clet Director del Seminario

Fue en medio de esta atmósfera pre-revolucionaria cuando Francisco Regis tomó a su cargo el Seminario Interno de los Sacerdotes de la Misión. Cumplirá con su papel, poco menos que tranquilamente, hasta mediados del año 1789.

Como director del Seminario Interno sucedía al Padre Ferrant, que salió elegido como asistente general. Ejerció la función de maestro espiritual, familiarizando con san Vicente

a los jóvenes que le estaban confiados, iniciándoles en las prácticas y costumbres de la Congregación, ayudándoles en su andadura, haciéndoles entrar en contacto con los grandes autores espirituales, en particular san Francisco de Sales. Este oficio, en el que descollaba, no lo desempeñaría por mucho tiempo, pues la tormenta amenazaba y pronto iba a descargar.

Por la época de su destino en el seminario de Annecy, se daba a los seminaristas una formación intelectual y espiritual, como también pastoral, con la participación en las misiones y la colaboración en las parroquias vecinas, a las que eran enviados para ayudar en la catequesis o asistir a los pobres.

Nombrado director del Seminario Interno en París, Francisco Regis aplicó una formación idéntica, espiritual, intelectual y pastoral, a los jóvenes que le habían encomendado.

Desde su estancia en Annecy, sabía cómo todos los años partían camino de París jóvenes saboyanos, en busca de algún empleo, así el de deshollinador, criado, recadero, etc. Vivían por centenares, con apenas lo necesario para subsistir". Al objeto de ayudarles fue creada una obra, de la que se ocupó el abate Fenelón, sobrino del arzobispo de Cambrai, el cual organizó una especie de catecumenado, con ejercicios espirituales durante la Cuaresma y el Adviento. Iba también a los muelles del Sena e invitaba a los obreros del transporte fluvial de la madera a reunirse en la parroquia de Saint-Pierre-du-Gros-Caillou. Logró preparar a muchos para la primera comunión. Con él colaboraban los clérigos del alumnado de Misiones Extranjeras de París y los del Espíritu Santo. El Padre Clet, que había dejado algo de su corazón en Saboya, se sintió feliz al saber, por Navidad de 1788, que 119 de estos jóvenes, de edades entre los 14 y los 19 años, debidamente preparados por un catecumenado trienal, iban a hacer la primera comunión el 2 de enero de 1789.

El desastre del 13 de julio de 1789

Generalmente se hace comenzar la Revolución el 14 de julio, día simbólico en el que es tomada la Bastilla. De hecho comenzó la víspera, con el saqueo de San Lázaro. El 12 de julio de 1789 el rey despedía a su ministro, el banquero suizo Necker, lo que provoca la cólera popular. Los depósitos de armas son objeto de pillaje, es asaltado el ayuntamiento, el amotinamiento se adueña de París, aquí y allí se declaran incendios.

La casa de San Lázaro está situada al norte de París. Tiene reservados víveres para mantener a unas 300 personas. Podrá socorrer a 800 pobres, de diciembre a Pascua, y a 200 desde Pascua hasta julio. Ya ha entregado hasta 900 sextarios de trigo a los servicios de aprovisionamiento de París. En la noche del 12 al 13 de julio, hacia las dos y media de la mañana, unos doscientos facinerosos, ayudados por algunos guardias nacionales, arremeten contra la puerta de entrada en San Lázaro, la cual acaba por ceder. Liberan a los pobres locos que cuida la casa, luego van al refectorio, se hacen servir de comer y beber. A ellos se unen unas 4.000 personas del pueblo, que lo invaden todo, se entregan al pillaje, cogen lo que encuentran. Cosas que no pueden llevarse, las parten, desmenuzan o rasgan, y aun rompen o arrancan ventanas y puertas. Arrojan al exterior los 40.000 volúmenes de la biblioteca. Algunos se envenenan con las drogas de la farmacia. Otros invaden la bodega, destrozan las cubas, beben hasta embriagarse, y se ahogan en el vino vertido unos cien de estos desgraciados.

Ni siquiera respetaron la habitación de san Vicente. Quebraron una estatua del santo, le quitaron la cabeza, clavaron ésta en una pica, y con ella izada recorrieron la ciudad. En cambio, transportaron con respeto a la iglesia de San Lorenzo en aquel barrio, un relicario de san Vicente.

San Lázaro incluía un gran cercado, cuya huerta quedó también amasada: los árboles fueron desmochados, degolladas las ovejas, incendiados los establos. Por la tarde, hacia las cinco y media, llegó una milicia burguesa para poner fin a la tormenta y hacer evacuar los lugares. Los moradores de la casa, padres, clérigos y hermanos, tuvieron que huir a escape, sin otra cosa que lo puesto. Uno solo de entre ellos sufrió daños graves. Se refugiaron en casas de sacerdotes amigos o en comunidades. El Superior General buscó asilo, primero, en el Seminario de San Fermín, para más tarde cruzar la frontera y establecerse en Mannheim. El 24 de julio dirigió a toda la Congregación una carta circular por la que informaba de la catástrofe.

Los seminaristas habían tenido que dispersarse, y muchos estaban refugiados en San Fermín, pero apenas les fue posible, e incluso al día siguiente, volvieron en su mayoría a San Lázaro junto a su director, el Padre Clet. Lo mejor que pudieron, procuraron remediar el desastre y reorganizar la vida de seminario. Su director hizo que reflexionaran sobre los acontecimientos, como lo había hecho san Vicente en la pérdida enorme sufrida por la Congregación con motivo de la propiedad de Orsigny..

Pronto regresaba de Mannheim el Padre Cayla y, junto con algunos hermanos de comunidad, intentaba hacer habitable aquel cúmulo de ruinas.

Los sucesos políticos

La vida de la casa de San Lázaro se reorganizó a pesar de las ruinas. Pero los sucesos que agitaban la ciudad de París tuvieron repercusiones dentro de la Congregación. El Padre Cayla fue elegido diputado del clero en la Asamblea Nacional. Había miembros de la Congregación de la Misión con ideas nuevas, uno de los cuales se distinguió: el Padre Lamourette, profesor en el Seminario de Metz y diputado por el clero. En la famosa noche del 4 de agosto de 1789, fue él quien en medio del entusiasmo comunicativo de los diputados, que acababan de votar la abolición de los privilegios, dio la señal de un abrazo general, al que se llamó *beso Lamourette*. La Congregación de la Misión debía atravesar todavía muchas pruebas. Sus casas de Francia fueron todas suprimidas. Unos veinte miembros suyos fueron guillotinado o fusilados, o bien murieron en la cárcel, o en las gabarras de Rochefort. Tres de ellos han sido beatificados, Luis José François y Juan Enrique Gruyer, masacrados en el Seminario de San Fermín el 3 de setiembre de 1792, y Pedro Renato Rogue guillotinado en Vannes el 3 de marzo de 1796.

También en Saboya tuvieron consecuencias los sucesos de París. Saboya formaba parte de aquel Estado compuesto cuya designación era *Estados Sardos*. Los saboyanos, entusiasmados con las noticias que llegaban de París y los ideales de Libertad y de Igualdad, manifestaron deseos de no depender más de Turín. Las tropas francesas penetraron pacíficamente en Saboya, y los delegados de sus 655 comunas pidieron la reintegración a Francia, en una asamblea reunida en Chambéry. Esta unión de Saboya a la República fue aceptada por la Convención el 22 de septiembre de 1792. Pero la política antirreligiosa que hacía estragos en Francia se aplicó también en Saboya. El Seminario de Annecy hubo de arrostrar la dispersión. Sus locales se declararon bienes *nacionales* y fueron vendidos.

III.- HACIA CHINA

LA LLAMADA DE CHINA

En 1783, el rey de Francia y el Papa habían pedido al Padre Jacquier, Superior General de la Congregación de la Misión, que enviara a China misioneros para reemplazar a los Jesuitas. Una primera expedición, de tres misioneros, fue en 1784; otra de dos en 1788. El Padre Cayla recibía de China noticias alentadoras, noticias que, a comienzos de 1790 y de 1791, comunicó en sendas cartas circulares a la Congregación. Preparó luego un nuevo envío de misioneros.

El Padre Clet ya había pedido ir a misiones, pero entonces se le creyó más útil en su papel como director del seminario. Apareciendo el porvenir en Francia bastante inseguro, y sabedor el Padre Clet de que se preparaba una salida hacia China, acudió con una petición renovada al Superior General.

La partida de los misioneros estaba fijada para febrero de 1791. Dos Wenes diáconos debían formar parte de la expedición: los señores Pesné y Lamiot, más un sacerdote. Ambos diáconos estaban prestos, pero no el sacerdote, retenido en provincias por el arreglo de ciertos asuntos. El barco esperaría en Lorient hasta el 15 de marzo, no más. El Padre Cayla recibe de Lorient una carta tras otra, urgiéndole a que apure el envío de los misioneros. El Padre Clet ve en estas circunstancias una señal de la Providencia. Reitera su petición, que esta vez es aceptada. El horizonte en efecto se ensombrece para Francia, y el Padre Cayla ve acercarse el momento en que todos los miembros de la Congregación, en particular los seminaristas, serán dispersados y la casa de San Lázaro confiscada.

Como ya no había tiempo, falta a Francisco Regis la holgura necesaria para ir a despedirse de los parientes y ver de nuevo el Seminario de Annecy. Escribirá, pues, antes de zarpar varias cartas a María Teresa, su hermana mayor, quien para él representa a la familia.

CARTAS DE DESPEDIDA

Los padres de nuestro misionero han muerto: Cesáreo Clet en 1783, y su esposa Claudina Bourquy en 1787. Así que es María Teresa, su hermana mayor a la vez que madrina, a quien escribe Francisco Regis para comunicar la gran nueva de que parte rumbo a China. Comprende que esta perspectiva imprevista va a sorprenderla dolorosamente, no menos que a toda la familia, pero está tomada su resolución. Con fecha 10 de marzo de 1791, le escribe: «No te propongas apartarme de este viaje, pues mi resolución está tomada, y sólo la imposibilidad de tomar el barco me impedirá realizarlo. Lejos de disuadirme, debes felicitarme porque Dios me ha concedido el favor insigne de trabajar en su obra...».

La encarga de gestionar la parte que le corresponde en la herencia paterna, de la cual deberá entregarle anualmente una renta para cubrir gastos de misión. Su hermana le contesta expresando la consternación que sentían todos por la próxima partida, pero ella sabe que su resolución es inquebrantable. Sin embargo, se hace intérprete de toda la familia en un intento por detenerle.

El responde antes de salir para Lorient, su puerto de embarque: «Aprovecho la noche precedente a mi partida para responder a tu carta tan enternecedora. Sin duda me esperaba que tu constante y viva amistad hacia mí no te iba a permitir hacer caso de la invitación mía de no intentar ningún esfuerzo para romper mis planes; pero una vez tomada la determinación antes de escribirte, me había preparado a resistir a los asaltos que librarían tu ternura y sensibilidad. Las cosas estaban entonces demasiado adelantadas para volverse atrás, y no me arrepiento de ello, no por falta de amistad hacia ti, sino

porque creo seguir en ello las miras de la Providencia sobre mí... Salgo esta mañana para Lorient en carruaje con dos de los nuestros».

Este viaje equivalía a una penosa expedición. Los 400 kilómetros que separan París de Lorient llevaban tres o cuatro días. Se pasaba por Chartres, Le Mans, Laval y Rennes. Empotrados en las plazas de la diligencia, zarandeaban a los viajeros las sacudidas que causaban los baches. Los caballos iban al galope: se los cambiaba cada 12 kilómetros. Para cenar y pernoctar se hallaba alojamiento en alguna posada próxima a la posta. Los viajeros llegaban aturdidos: les atendía con premura el hospedero, con la ayuda de servidores y criadas.

De madrugada, tras el descanso de la noche, sonaba una trompa, y se volvía a salir. Nuestros misioneros llegaban a Lorient unos días antes de que zarpase el barco. Esa mañana, 2 de abril de 1791, Francisco Regis escribe a María Teresa: «Ya estoy en Lorient hace algunos días. Llegué aquí felizmente y nuestra partida está fijada para hoy a las 11 h., si los vientos son favorables. Apenas me queda tiempo para respirar, de manera que te escribiré con toda brevedad. Por suerte no tengo nada nuevo que contarte sino volver a agradecerte las bondades para conmigo; recibirás cada año noticias mías en las que no faltarán detalles de mi situación... No te voy a repetir que estoy muy contento con mi destino... ¿No te sirve de consuelo pensar que un hermano tuyo está destinado al ministerio apostólico? Renueva mis recuerdos a mis queridas hermanas y a mis hermanos... Encomiéndame a las oraciones de mi tía y de mi hermana la carmelita y de toda la comunidad... ».

En principio, el barco debía levar anclas hacia las 11 horas del 2 de abril, si el viento era favorable. Pero hubo que esperar todavía a que terminara la operación de carga. Con el corazón encogido, nuestro misionero va a abandonar un país en plena ebullición y cuyo porvenir le parece muy sombrío. Parte hacia orillas desconocidas, en respuesta a la llamada del dueño de la mies. Ya había dicho san Vicente a los suyos: «Es cierto que el Hijo de Dios ha prometido que estaría en su Iglesia hasta el fin de los tiempos; pero no ha prometido que esta Iglesia estaría en Francia, o en España, etc. Y si había algún país en donde parece que debería haberla dejado, parece que no hay lugar más digno de preferencia que la Tierra Santa,... Sin embargo fue a aquella tierra, por la que tanto había hecho y tanto se había complacido, a la que quitó primero su Iglesia, para dársela a los gentiles... Debemos trabajar incesantemente por realizar nuevas conquistas y hacer que le reconozcan los pueblos más lejanos».

El viaje transcurrió sin incidente que contar, la mar estaba bastante tranquila y los vientos, con no ser siempre favorables, permitieron aun así que el navío sostuviera una boga apacible. Ciertamente, hubo que observar el paso *del Ecuador*, o sea, pagar un tributo de sencillas pruebas, a las que son sometidos quienes lo pasan por primera vez: no fue excesivo.

El barco tardó casi tres meses (del 10 de abril al 2 de julio) en avistar el Cabo de Buena Esperanza. Desde esta escala, nuestro misionero escribe a su hermana y la tranquiliza en cuanto a las condiciones del viaje: «Zarpamos de Lorient el 10 de abril y estamos hoy, 2 de julio, cerca del Cabo de Buena Esperanza, que avistamos el 29 de junio, pero que no hemos doblado todavía a causa de una calma que sobrevino. La mar no ha producido en mí los efectos que ocasiona de ordinario. Mientras que todos los navegantes nuevos pagan su tributo al mar con vómitos agotadores, yo no sentía más que cierto decaimiento que pronto desapareció. Siempre me ha ido bien hasta ahora, a pesar de la rápida sucesión de las estaciones templadas, abrasadoras y frías que hemos recorrido. Los

vientos, a favor de los cuales hemos llegado al Cabo, no han sido muy favorables, pero al menos no podemos quejarnos de ningún temporal»".

Un navío que volvía de las Indias y tomaba puerto en el Cabo, llevó esta carta a Francia. El viaje prosiguió sin incidente, y nuestros viajeros desembarcaban en Macao tres meses más tarde.

BREVE MEMORIA DE LAS ETAPAS DE LA EVANGELIZACIÓN DE CHINA

Los Nestorianos de origen persa

Los primeros mensajeros del Evangelio fueron unos monjes persas que llegaron a China en el siglo VI por una ruta de Asia central, la ruta de la seda. Llevaban consigo el cristianismo de su país, marcado por la doctrina de Nestorio. Este cristianismo, de origen y organización monacales, se extendió aun más allá de China, hasta Indonesia. Cierta estela descubierta hacia 1624 no lejos de Xian, la antigua capital, muestra una larga inscripción que data del año 781 de nuestra era, y que da fe de la benevolencia del emperador hacia el cristianismo. El texto presenta un resumen de la doctrina cristiana, traída de occidente, y menciona un decreto del emperador Taitson, en el 638, que aprueba la difusión de la fe cristiana. Pero este cristianismo, cuyas relaciones con Persia se cortan con la presencia del Islam en Asia central, es también objeto, en los siglos siguientes, del desfavor y aun la persecución que gravan sobre el budismo.

En el siglo XIII, al extenderse por gran parte de Asia la dominación mongol, vuelve a haber contacto entre los cristianos de China y los de occidente. Un monje cristiano, Rabban Sauma, sale de China con un joven compañero, Marcos, en dirección a occidente. Se detienen en Bagdad, donde son recibidos por el patriarca de la iglesia nestoriana, que reside en Seleucia-Ctesifonte. Visitan los lugares santos de aquella región, como también los de Armenia. Pero muere entonces el patriarca, y se elige patriarca a Marcos, con el nombre de Mar-Yabalaha.

A raíz de estos sucesos, Rabban Sauma es enviado a Europa por el *Khan* mongol de Persia. Visita al rey de Francia, al rey de Inglaterra, y al Papa, con quien llega a un entendimiento ecuménico, acordando ambos la intercomunidad de las iglesias nestoriana y católica. Comulga de manos del Papa y asiste a su misa. Regresa finalmente a Persia, y muere en Bagdad el año 1294.

Los misioneros franciscanos

En sentido inverso, occidente se vuelve hacia China. En 1245, el Papa manda en embajada ante el gran *Khan* a un franciscano, Juan de Plan Carpín. El rey san Luis, unos años más tarde, en 1253, envía a otro franciscano, Guillermo de Rubrouck, para que estudie las disposiciones de los mongoles.

Hacia finales de siglo, en 1289, el Papa Nicolás IV manda a China un hombre experimentado, Juan de Montecorvino, que llega por mar. Es bien recibido en Pekín (*Khanbalik*) por el gran *Khan*, y a pesar de la rivalidad de los cristianos nestorianos, logra reunir una pequeña cristiandad y construye una iglesia.

En 1305 escribe al Papa pidiendo refuerzos. Clemente V, papa de Aviñón, le envía siete franciscanos a los que ha consagrado obispos. Llevan el encargo de consagrar arzobispo a Juan de Montecorvino y ser sus sufragáneos. Con el favor del emperador, se organizan comunidades cristianas en las grandes ciudades: el viajero Marco Polo es testigo de esta

vitalidad de la Iglesia. Hubo todavía un envío de 32 misioneros franciscanos en 1338, como respuesta a una petición del emperador y de los cristianos.

Pero la dinastía mongol se derrumba en 1368, y cesa el favor que disfrutaban los cristianos latinos y nestorianos. Las cristiandades que no son alimentadas con misioneros se agostan y desaparecen también.

En el XVI, los jesuitas

Se hace un nuevo esfuerzo de evangelización. El recién creado instituto de los Jesuitas envía al extremo oriente a uno de sus más ilustres miembros, Francisco Javier. Después de llevar la Buena Nueva a Japón, quería penetrar en China. No lo logró, sino que moriría de agotamiento en un islote rocoso, San-chung, frente a Macao, el 3 de diciembre de 1552. En Macao prospera aun así una pequeña comunidad cristiana. La soberanía sobre este exiguo territorio era concedida a los portugueses en 1557. Allí surge una iglesia floreciente. Macao fue la puerta para los misioneros que entraban en China, y el asilo para los que se veían obligados a abandonar aquel territorio. Una comunidad de Jesuitas se estableció en Macao, pero las hubo también de Dominicos, Franciscanos y Agustinos.

En 1582, dos Jesuitas italianos, Mateo Ricci y Miguel Ruggeri fueron durante algunos meses huéspedes del virrey en Zhaoqing, en la región de Cantón. Sus conocimientos de matemáticas y geografía les resultaron muy útiles. Al tiempo que se empapaba de la cultura china, Ricci consiguió que le fuese posibilitado el penetrar más adentro en aquella tierra. Estableció una residencia en Nanchang, y obtuvo por fin en 1601 la autorización de instalarse en Pekín. Adoptó el estilo de vida y vestido de los doctores confucianos. Hizo llegar al emperador diversos obsequios, así un reloj astronómico y un cuadro que representaba a la Virgen María y al Niño Jesús.

Ricci se granjeó numerosos amigos entre los letrados y logró no pocas conversiones. La residencia del Padre Ricci y sus hermanos de comunidad era muy frecuentada por los intelectuales. Pero Ricci murió en 1610. Por su preparación los Jesuitas se hicieron indispensables al emperador, que les asignó un cargo oficial, como matemáticos, astrónomos e ingenieros. Fue así como los Padres Schall y Verhictst ingresaron como miembros en la Oficina de Astronomía. Habían nacido, Schall en Colonia el año 1591, y Verbiest cerca de Courtrai en 1623.

La misión aparecía por entonces sólidamente establecida en Pekín y algunos otros lugares como Nankín, Shangai, Hangcheú, Nanchang, y Hukuang.

Los Franciscanos y los Dominicos lograron también penetrar en China, y la Congregación de *Propaganda Fide* les confió en China central y meridional extensas regiones para evangelizar. Nos los encontraremos en la vida misionera del Padre Clet, y más tarde en la del Padre Perboyre, a quienes prestarán fraterna ayuda.

El Padroado y la Congregación de Propaganda

Por acuerdo con el papa León X, el rey de Portugal obtuvo en 1516 el privilegio que llaman *Padroado*, es decir Patronato. Este facultaba para presentar candidatos a las sedes episcopales de las Indias y del extremo oriente. Sus titulares estaban bajo la jurisdicción del arzobispo de Goa. Sólo con el consentimiento del gobernador portugués de Macao era posible la entrada por Macao en China a un misionero. Para sustraerse a este monopolio molesto, la Congregación de Propaganda Fide optó por enviar misioneros propios, y nombrar vicarios apostólicos que dependieran directamente del Papa.

Por la Congregación de Propaganda Fide fueron enviados a China en 1684 los primeros Padres de las Misiones Extranjeras de París, entre ellos Monseñor Pallu. Lo fueron asimismo en 1685 algunos Franciscanos italianos, entre ellos Monseñor Della Chiesa, que llegó luego a arzobispo de Pekín.

Los primeros Padres Paúles

Entre los misioneros que la congregación romana envió figuran dos Sacerdotes de la Misión italianos: Luis Appiani y Teodorico Pedrini.

Luis Appiani, que había dirigido el colegio de Propaganda Fide en Génova, partió rumbo a China en 1697, acompañado de un alumno, Juan Müllener, sacerdote de origen alemán. Atravesaron Siria, Persia, y llegaron a Madrás, en la India. El joven Müllener pidió al Padre Appiani que le admitiera en la Congregación de la Misión. Fue recibido en Madrás el 25 de enero 1699. Ya en China, fueron a establecerse en Chongking (Sechuán). El Padre Müllener fundó allí un seminario; después, en 1715, fue vicario apostólico de Sechuán, y administrador de Hu-kuang, la provincia vecina. Se entregó hasta la muerte, que le sobrevino en 1742.

El Padre Appiani dejó Chongking en 1705, y fue a buscar en Cantón subsidios para la misión de Sechuán. Allí encontró al legado del Papa, Monseñor De Tournon, enviado a China con una embajada, que ensayase alguna solución al problema de los *ritos chinos*. El legado tomó al Padre Appiani como intérprete. Acompañante de Monseñor De Tournon, el Padre Appiani experimentará todo género de pruebas, y aun sufrirá veinte años de cárcel. Moría en 1732.

El Padre Pedrinill debía figurar en el grupo del legado, quien le había dado cita en Canarias, para hacerse todos a la mar en abril de 1703. Pedrini no pudo llegar a tiempo, por lo que se embarcó en el Saint-Malo, el cual le llevó a Perú. Desde aquí tomó otro barco para Acapulco en Méjico. Atravesó el Pacífico, llegó a Manila, y vencidos múltiples obstáculos, desembarcó en Macao a principios de 1710, o sea, 8 años después de dejar Italia.

Por sus talentos para la música, el emperador le llamó a la corte de Pekín, donde se le encomendó la formación musical de los hijos del príncipe. Se vio implicado en la querella de los *ritos chinos*, que expondremos más adelante. Esto le hizo sufrir muchas afrentas, y hasta la prisión, por su fidelidad al Papa. Muerto el emperador en 1722, y bajo los sucesores, Pedrini recuperó el puesto como músico oficial de la corte. Pero en 1741 enfermaba: murió en 1747.

Estos primeros Sacerdotes de la Misión formaron en Sechuán y en Macao a varias decenas de jóvenes, que llegaron a sacerdotes. Muchos Padres Paúles chinos, que serían excelentes misioneras, figuraron entre ellos.

Durante el siglo XVIII, agitó con fuerza al cristianismo de China la ya aludida "*querella de los ritos*". Las ceremonias oficiales chinas, con sus ritos en honor de los difuntos, ¿estaban o no viciadas por la superstición? Y en consecuencia ¿podían o no los cristianos participar en ellas, o en qué medida? Unos, entre ellos los Padres Jesuitas, pensaban que las ceremonias podían observarse, mientras que eran consideradas supersticiosas por la mayoría de los demás misioneros.

La cuestión se remitió a Roma. Roma ordenó Una investigación. Según su fallo, las ceremonias merecían la censura de supersticiosas. El fallo de Roma fue mal recibido por los partidarios de los ritos: se molestó a los cristianos durante varios decenios. Hostigados

por los partidarios de los ritos, el Padre Pedrini y Monseñor De Tournon hubieron de sufrir la cárcel y el destierro.

La sustitución de los Jesuitas

Por insistente petición de las cortes borbónicas de Europa, y obedeciendo más que nada a motivaciones políticas, decretaba el Santo Padre Clemente XIV, en el Breve *Dominus ac Redemptor*, del 21 de julio de 1773, la disolución de la Compañía de Jesús. Se asestaba un duro golpe a las misiones de China. En China, la decisión oficial fue notificada a los Jesuitas en noviembre de 1775.

La misión de Pekín estaba patrocinada, y en parte financiada, por el rey de Francia. Los Padres Jesuitas continuaron en sus puestos y en sus ministerios- pero había que preparar su reemplazo. Contactadas las Misiones Extranjeras de París, rechazaron la propuesta. El rey pensó primero en los Benedictinos o en los Oratorianos, mas luego acudió al Padre Jacquier, Superior General de la Congregación de la Misión.

El Padre Jacquier declinó esta oferta por dos veces, pero acabó aceptando, ante la insistencia del rey. El rey propuso esta solución a Pío VI, quien por Breve del 7 de diciembre de 1783, dio su conformidad con la solicitud.

Era preciso hallar hombres de ciencia que ocupasen los puestos oficiales en la corte de Pekín. El Padre Jacquier propuso los tres primeros candidatos: el superior, Padre Nicolás Raux, que había hecho estudios de astronomía, geografía, botánica e historia natural; el Padre Juan José Ghislain especializado en matemáticas y física; y el Hermano Carlos París, relojero, mecánico y tornero, que había recibido lecciones de clavecín.

Salidos de Brest el 2 de marzo de 1784, estos tres misioneros, desembarcaron en Cantón el 29 de agosto. Nada más llegar, escribieron a los Jesuitas de Pekín, de quienes recibieron una respuesta muy cordial. Llegaban a Pekín el 29 de abril de 1795, tras una estancia de cinco meses en Cantón.

La transmisión de poderes se efectuó sin percance. Granjearon al Padre Raux la simpatía general su prudencia y su benevolencia. Quedaban apenas cinco ex-Jesuitas sacerdotes y un hermano. Entre las primeras preocupaciones del Padre Raux estaba la de abrir un seminario. Con unos quince alumnos, lo confió a su cohermano el Padre Ghislain. De aquel seminario saldrían muchos y excelentes sacerdotes, paúles y diocesanos.

En Pekín, los Padres Paúles debían asegurar la sucesión de los Jesuitas en la iglesia de Petang; debían también sucederles en diversas provincias, donde los vamos a encontrar: Kiang-Si, Hu-Kuang, CheKiang.

La segunda ola

El 21 de septiembre de 1788, desembarcaban en Macao dos jóvenes sacerdotes de la Misión, el Padre Hanna, irlandés, y el Padre Aubin, francés, que hubo de esperar dos años por una autorización para salir de territorio portugués. Sin embargo, el Padre Hanna quedó en Macao, para enseñar en el Seminario de San José, fundado por los Sacerdotes de la Misión portugueses, y el Padre Aubin salió ocultamente hacia Hu-Kuang. Allí se entregó de lleno, con los sacerdotes chinos, al servicio de los cristianos de la re-ión de Ku-Cheng. Fue detenido el 17 de marzo de 1795. Llevado ante los tribunales, no reveló nada que pudiese comprometer ni a los misioneros ni a los cristianos. Los mandarines le hicieron envenenar en la cárcel, y murió ese año, el 1 de agosto.

En Francia la Revolución invertía todos los valores. El Padre Clet, creyendo ser más útil en misiones que en Francia, se ofrece en 1791 al Superior General para ir a China. Zarpaba de

Lorient con dos jóvenes hermanos de comunidad que eran sólo diáconos: Luis Lamiot y Agustín Pesné. Se embarcaron el 10 de abril; llegaban a Macao el 13 de octubre siguiente. Pero los volveremos a encontrar, según seguimos el itinerario misionero del Padre Clet. Nuestros misioneros recibieron en Macao una carta del Padre Raux, superior de los Padres Paúles, que residía en Pekín. Señalaba a cada uno su destino. El Padre Lamiot, como hombre de ciencia, debía ir a Pekín, mientras que los Padres Clet y Pesné irían a Hu-kuang.

La situación en China a finales del siglo XVIII

El 30 de diciembre de 1722 moría el emperador Kangshi, tras un largo reinado de 60 años. Se inmiscuyó en la querrela de los ritos chinos, y le había irritado lo que él estimaba una intromisión del Papa en los asuntos religiosos internos de China. Los Padres Appiani y Pedrini sufrieron las consecuencias, y estuvieron algún tiempo encarcelados, como también el legado del Papa, Monseñor De Tournon.

Fue el sucesor de Kangshi uno de sus hijos, que tomó por nombre Kucheng. Sacó de la cárcel al Padre Pedrini, que había sido su profesor de música, y dio también la libertad al Padre Appiani. Pero el jesuita Padre Morao tuvo parte en una conspiración y fue en consecuencia condenado a muerte. El emperador concibió cierta animosidad contra los misioneros y, salvo algunos que fueron tolerados en Pekín, los demás salieron expulsados en dirección a Macao el año 1735.

Sucedió a Kucheng uno de sus hijos, Kienlong. Este anuló las medidas que su padre había adoptado contra de los misioneros. Pero durante su reinado, hubo aquí y allí en las provincias, diversas persecuciones por iniciativa de los poderes locales, pues se sospechaba que los cristianos y los misioneros eran cómplices en la rebelión anti-manchú del *Nenúfar Blanco*. Sin embargo, un decreto imperial daba en 1785 la libertad a aquellos misioneros que habían sido encarcelados.

El emperador murió en 1796, tras un largo reinado de 61 años. Por entonces había apenas comenzado en Hu-Kuang la acción misionera del Padre Clet.

IV.- LOS COMIENZOS EN CHINA

LA ESTANCIA EN MACAO

Los portugueses habían recibido autorización para establecerse en la península rocosa de Macao, después que una de sus escuadras limpió en 1557 la costa china de los piratas que la infestaban. Los misioneros pasaban a China por Macao. En Macao había un obispo portugués- sufragáneo del arzobispo de Goa en la India, y del virrey de Portugal en Goa dependía el reducido territorio de Macao.

Nuestros tres misioneros- Francisco Regis y sus dos jóvenes compañeros, Padres Lamiot y Pesné, quedaron algunos meses en Macao para entregarse al estudio del chino, pero nos faltan detalles sobre este período.

Sabemos apenas que fue en Macao y en secreto donde nuestros dos jóvenes diáconos se ordenaron de sacerdotes. En Macao recibieron también los tres su envío a misión. El Padre Lamiot irá a reforzar el equipo de los Padres Paúles de Pekín. El Padre Pesné se unirá a su hermano de comunidad, Padre Aubin, que está desde el año anterior en Hu-kuang (provincia de la que es capital U-Chang-Fu, actual Wuhan). En cuanto al Padre Clet, va destinado a Kiang-Si, norte de Kuang. Los tres misioneros vestirán atuendo chino, cargarán con algún equipaje y, clandestinamente, se encaminarán cada cual hacia su misión, acompañados de un guía cristiano. Semejante expedición no carece de riesgos. Un

año antes, el Padre Aubin, capturado por malhechores, no escapó a sus manos más que pagando un fuerte rescate.

El viejo emperador Kienlong, por decreto del 9 de noviembre de 1785, reiteraba la prohibición a los extranjeros de entrar sin autorización expresa en territorio chino y de predicar una religión extranjera. Algunos misioneros fueron encarcelados, mas luego se los indultó, por ignorancia de las leyes chinas; Francisco Regis, disfrazado de chino, hasta con una coleta postiza, se encaminó hacia el norte con su guía. Describe a su hermano el cartujo cómo va ataviado, y dice: «Nuestras ropas son más cómodas que las de los Europeos: son amplias, y por ello más frescas en verano, y para evitar el frío las aplicamos al cuerpo con un cinturón. Llevamos barba, que no me estorba nada, con la cabeza afeitada, excepto la parte que afeitan los sacerdotes en Europa para formar la tonsura...». El guía se las arreglaba para que su compañero tuviera que hablar lo menos posible. Hasta llegó hacerle pasar por persona que guardaba luto, cuando debía observarse mutismo ritual. Lo más frecuente era el ir a pie, pero tomaban también la barca, cuando el itinerario les conducía a lo largo de un río. Pasaban la noche en posadas cuyos propietarios eran conocidos del guía.

Recorridos setecientos u ochocientos kilómetros, llegan a NangChang-Fu, capital de la provincia de Kieng-Si. Se ubica en el curso inferior del Kang-Kiang, que desemboca en el gran lago Poyang, el cual vierte a su vez en el Yang-Tse-Kiang, río inmenso, que no tiene de azul más que el nombre¹.

EN KIANG-SI

El campo de apostolado y las condiciones de vida

El Padre Clet debía reemplazar en esta provincia al Padre Yang, antiguo Jesuita, que estaba preso en Pekín. Liberado gracias a la intervención de los Padres Paúles, hubo de quedarse en Pekín y trabajar con el Padre Raux.

Poco después de llegar a su residencia principal, el Padre Clet escribe a su hermana María Teresa: *«Este trozo de carta es para comunicarte que llegué al lugar de mi residencia sin percance ninguno; no he sido reconocido en ruta durante 30 días de viaje. Durante ese tiempo he gozado de buena salud salvo un estreñimiento tan persistente... Ahora estoy alojado en una casa bastante grande, pero toda en ruinas; se va a trabajar sin descanso para repararla, y siendo toda de madera no será malsana para el invierno, que por otra parte es llevadero en este país».*

Esta residencia estaba en Cheú-Chang-Lu-Kia, no lejos de la subprefectura de Ling-Kiang, unos cien kilómetros al sur de Nantchang.

Era una gran casa china, que constaba de un amplio salón, el cual servía de capilla, con tres habitaciones en el flanco derecho y otras tres en el izquierdo. Los propios cristianos la habían construido con mucho esmero por los años 1700. Estaba rodeada de un huertecito vallado, y en medio de él un gigantesco alcanforero, sobre cuya corteza había recortado el Padre Clet una cruz.

Nuestro misionero debía hacerse de nuevo con las cristiandades tan dispersas de esta provincia. En la misma carta a su hermana añade el Padre Clet: *«Una nueva carrera se presenta: renovar el espíritu de religión en antiguos cristianos que están dejados de la mano de Dios desde hace años, y convertir infieles. Esa, espero, va a ser mi ocupación hasta la muerte».*

El Padre Clet va pues a visitar esos pequeños núcleos aislados de fieles, recorriendo a pie los malos caminos de esta extensa provincia. Va calzado a la manera china: *«El calzado está hecho de manera que, sin hebillas ni lazos, se ajusta al pie sin cansarlo; son de tela, hasta la suela, aunque sin embargo es tan firme y dura que un par dura tres meses recorriendo y trepando por nuestras montañas que son muy pedregosas...»*.

Pasa la noche en una casa cristiana, pero su acomodo es espartano: *“nuestro modo de dormir parecería austero en Europa: no conocemos el colchón blando; una tabla en la que se extiende una ligera capa de paja cubierta de una estera y un tapete, luego una manta más o menos caliente en la que nos envolvemos, eso es nuestra cama, en la que dormimos tan bien y con más salud que en los lechos más blandos... en las barcas dormimos en tablas cubiertas de un sencillo tapete...»*.

No se queja de la alimentación: *«Los alimentos son casi los mismos que en Europa, menos el vino que se encuentra raramente, y lo poco que tenemos se reserva para el santo Sacrificio. Comemos pan de trigo, cuando no preferimos arroz, que es la comida habitual del chino; tenemos aves, carne de cerdo y hortalizas para acompañar el pan»*.

La provincia de Kiang-Si, donde ejerce su ministerio Francisco Regis, está muy poblada, pero la población es muy pobre. Sus habitantes tienen hábitos ahorrativos, lo que entre los demás chinos les ha dado una reputación de tacañería. La principal industria de esta provincia, por la que es famosa en toda la China, está en la fabricación de porcelana, desde la más común a la más fina. Existen inmensos depósitos en Nan-Chang-Fu, y el burgo donde está más extendida esta manufactura, Kinshechín, cuenta más de quinientos hornos. Francisco Regis escribe sobre el particular: *« King-Te-Tchin es un lugar célebre por sus manufacturas de porcelana; de este lugar procede casi toda esta clase de alfarería que se distribuye por toda China y por todo el mundo»*.

Cincuenta años después atravesará el Padre Huc la provincia de Nanchang y llegará a Cantón: él describe esta industria y sus productos. El Padre Clet aprovecha una visita a Kinshechín para comprar diez cuencos de porcelana, que envía, como regalo de agradecimiento al Padre Letondal, procurador de las Misiones Extranjeras en Macao.

Por la época en que el Padre Huc recorría la provincia, a mediados del siglo XIX, calculaba él que los cristianos sumarían unos 10.000.

LAS DIFICULTADES DE LA LENGUA

Pero es la propia lengua china, a lo que Francisco Regis encuentra más difícil habituarse. Tiene ya 43 años cuando llega a China, algo tarde para ponerse a estudiar una lengua nueva. Nuestro misionero culpa a su ingrata memoria, y escribe a su hermano el cartujo, cuando lleva ya seis años en China: *«La lengua china es indescifrable. Los caracteres que la forman no están destinados a expresar los sonidos, sino los pensamientos, de donde sale ese número prodigioso de caracteres. Yo llegué demasiado viejo a China para adquirir un conocimiento aceptable...»*.

Escribe también a su hermano en 1892, o sea 4 años más tarde: *“Los caracteres están multiplicados hasta sesenta mil por lo menos. Yo sé lo justo para los menesteres de cada día, y breves instrucciones a los cristianos; así es mucho mejor para ellos tenerme a mí, ignorante como soy que no tener sacerdote alguno para ayudarles en salud y enfermedad... En mi patria podía creer que servía para algo, mientras que aquí resulta casi evidente que apenas sirvo para nada: con todo, según el proverbio, es mejor que la tierra sea trabajada por los asnos que se deje del todo sin cultivar...»*.

El trabajo en esta provincia, donde no pasó más que un año, se lo resume así a su hermano: «Primero trabajé un año en Kiang-Si, donde, entre otras cosas, bauticé a más de cien adultos bastante bien instruidos. Habría podido bautizar a un mayor número que me insistían que concediera esta gracia, pero no me parecieron bastante bien instruidos y hemos advertido que los catecúmenos fácilmente bautizados apostatan también con facilidad».

V.- LA MISIÓN EN HU-KUANG

LA VIDA DE LA MISIÓN

Traslado a Hu-Kuang

Al cabo de un año de trabajo apostólico en Kiang-Si, el Padre Raux, Superior de los Padres Paúles en China, pide al Padre Clet que vaya a la provincia vecina, Hu-Kuang, donde se encuentran los Padres Aubin y Pesné, cuya salud está muy resentida. La provincia es inmensa. Tiene la reputación de ser granero del imperio. Desde 1818 estará dividida en dos, con Hupé al norte y Hunán al sur.

La residencia central de los misioneros cae no lejos de Ku-Chen, según Francisco Regis refiere a su hermano: «*De Kiang-Si, me fui a la parte septentrional de Hu-Kuang, país montañoso, donde tengo a mi alrededor, a corta distancia, a más de dos mil cristianos. Aquí las conversiones de paganos son raras; testigos del escándalo de algunos malos cristianos, se niegan a instruirse en una religión tan mal practicada.*».

Esta residencia será también, cuarenta años después, la de Juan Gabriel Perboyre.

LOS JÓVENES HERMANOS FRANCESES DEL PADRE CLET

Estos dos misioneros van a acabar prematuramente. Uno, el Padre Aubin, llamado por el obispo de Chensí, del que dependía, será detenido durante el viaje, y morirá en prisión, a lo que se cree, por envenenamiento. El otro joven hermano de comunidad, Padre Pesné, moriría de agotamiento a los 29 años, de suerte que pronto se ve el Padre Clet solo para un territorio inmenso.

Esa misma carta a su hermano, describe el campo de su acción: «*En este momento mi residencia más habitual está entre las montañas que, en un territorio de 7 a 8 leguas, comprenden a más de dos mil cristianos, divididos en más de veinte distritos, a los que se atiende sucesivamente; pero además, existe un gran número de cristianos alejados a 20, 40, 50 leguas, que hay que visitar también. Suponiéndome solo, como lo estoy en efecto desde hace tres años, tengo que recorrer un espacio de 200 leguas, que no incluye sin embargo más que a diez mil cristianos poco más o menos. Dos hermanos de comunidad europeos, muertos casi a la vez, uno en prisión, el otro a mi vista, me dejaron solo para desbrozar o cultivar un campo tan extenso.*».

LA SECTA DEL NENÚFAR BLANCO

Pero la actividad y los desplazamientos de nuestro misionero son estorbados por los saqueos de una facción rebelde al poder imperial tártaro. Es la facción del *Nenúfar Blanco*, heredera lejana de la secta multisecular de los *Gorros Amarillos*. Sus adeptos se declaran en contra del Imperio. Por donde pasan, sus bandas pillan, incendian y masacran a los que intentan resistirles. Sus correrías entorpecen no poco la acción de nuestro misionero: «*Hace dos años y medio que no puedo hacer excursiones distantes, a causa de una guerra civil que ha tenido a mi provincia por uno de sus teatros principales y continúa*

siéndolo. Los sublevados forman una secta infinitamente numerosa... Estos rebeldes, que queman todos los lugares por donde pasan y asesinan a cuantos no quieren tomar partido por ellos, se han acercado bastante a nuestras montañas para tenernos en continuos sobresaltos. Pero tampoco han estado nunca más cerca de 5 a 6 leguas, que es suficiente...».

Una vez los rebeldes llegaron a saquear la residencia del Padre Clet; le consumieron el vino, y tan a su holgura, que no encontraron al misionero, el cual se había ocultado. Con el nombre chino de *Pei-li-kiao*, forman una tropa de ocho a diez mil. Como defensa contra sus asaltos, los chinos se han fortificado en algunos campamentos. Allí se refugian en caso de peligro, y descienden cuando ha pasado la tormenta. Hasta en la ciudad de Pekín lograron penetrar estos facciosos; pero faltos de disciplina, fueron vencidos, y presos y decapitados sus jefes.

Pero más de una vez cundió el infundio de que los cristianos hacían causa común con los rebeldes, incidente referido por el Padre Clet, en carta al Padre Letondal en Macao: *«En mi cantón hace poco que nos han amenazado con una persecución. Algunos infieles han difundido malignamente el rumor de que los cristianos, en tal fecha fija, alzarían el estandarte de la revuelta; esta calumnia, de lo más absurdo, teniendo en cuenta el reducido número de cristianos con relación al de los paganos, adquiere crédito y provoca grandes rumores. El mandarín del lugar llama a cristianos que declaren que siendo tan pocos en número, sería una locura por su parte revolucionarse, y que sería sin duda correr hacia la muerte. Tres calumniadores convictos son apresados y castigados con la muerte, como perturbadores de la paz pública. Así concluyó el asunto sin ningún cristiano enviado a prisión».*

EL AGOTAMIENTO DEL MISIONERO

El Padre Clet está de ordinario ocupado en exceso. Él mismo dice: *“como yo no estoy revestido del espíritu de oración, no atraigo las bendiciones del cielo sobre mi ministerio. Mi gran ocupación es confesar de ordinario de 9 a 10 horas al día, si no tengo que ir a administrar a los enfermos, cosa frecuente».*

El superior de Pekín, Padre Raux, le invita a moderar su celo, y dice de él: *«Sus cristianos no le dan reposo alguno; ocurre a menudo que a la diaria fatiga, llegan por la noche para rogarle que ande dos o tres leguas, y aun más, y asista a algún enfermo. Su celo, tan infatigable como tímido, teme siempre no llegar a tiempo... En una carta le decía que el bien general de la misión pedía de él poner límites al celo...».*

El Padre Clet no goza tampoco de una salud muy robusta: escribe al Padre Letondal en Macao: *«Acabo de pasar una enfermedad que me ha llevado a las puertas de la muerte. Una fiebre periódica cada dos días y la hidropesía concurrían a trazarme el camino de la tumba. Caí enfermo el 1 de septiembre. Ahora gracias a Dios, estoy convaleciendo. Me siento muy débil y apenas puedo dar unos pasos, después me siento agotado...»*

LOS COLABORADORES CHINOS DEL PADRE CLET

Los jóvenes misioneros, Padres Aubin y Pesné, habían muerto en 1795. Hallándose solo, el Padre Clet pidió auxilio al Padre Raux en Pekín. Mas éste, sabedor de los trastornos que provocaba la rebelión en Hu-Kuang, a nadie se atrevió a mandar por el momento. En el transcurso del año 1798, el Padre Clet le dirige dos correos, para comunicarle el desamparo en que encuentra la misión. Los hermanos de comunidad

chinos, enviados como refuerzo a Hu-Kuart han sido formados en Pekín por el Padre Ghislain, compañero del superior de los misioneros, Padre Raux.

En 1795, el Padre Raux enviaba como refuerzo al Padre Clet a un hermano de comunidad de 40 años, el Padre José Ly, converso de origen musulmán. Este llega para descargar al Padre Clet de su atención a la misión en Kiang-Si, adonde fue a establecerse. Murió en 1827.

En 1799 llegó el Padre Juan Chang, que tenía 30 años. Había nacido en Pekín de padres cristianos. Desde 1807, andaba por Kiana-Si y Kian-nan, y visitaba cada poco a los cristianos de Chckiang.

En 1800 fue Juventino Chang, que por desgracia murió prematuramente en 1803, asistido por el Padre Clet.

En 1804, muerto el Padre Juventino Chang, llegó a Hu-Kuang Pablo Song. Tenía 30 años. Durante dieciséis, es decir hasta 1820, colaboró con el Padre Clet. Fue detenido en 1852 y murió en 1854. Este hermano de comunidad puso a prueba más de una vez la paciencia del Padre Clet.

En 1808, el Padre Clet recibió como refuerzo a un joven sacerdote de 27 años, natural de Pekín. Padre Ignacio Ho. Era muy piadoso y sirvió de consuelo al Padre Clet. Muerto el Padre Clet, juzgó prudente cambiar su nombre por el de Tong. Detenido en 1830, fue desterrado a Turkestán con su catequista. Para vivir, entre los dos abrieron una farmacia. Tong se ocupó de los cristianos en el exilio, y murió en 1844.

Al mismo tiempo que el Padre Ho, llegó en 1808, Francisco Chen. Fue el compañero de cárcel al Padre Clet, y estuvo desterrado en Turkestán. Murió en 1825, masacrado por los rebeldes musulmanes, con los habitantes de la ciudad de su exilio.

El Padre Antonio Cheng, llegó en 1809 a Hu-Kuang; misionó allí por algún tiempo; luego fue enviado a Kiang-Si, donde murió en 1835.

El Padre Fatanislao Ngaï, natural de Hupé y enviado a su provincia de origen, trabajó en ella desde 1817 y murió en 1849. Admiraba las virtudes del Padre Clet y le sucedió en la administración de la misión. El Padre Rameaux, llegado a esta misión en 1832, dirá de él que tenía los dones del Espíritu Santo.

El Padre Clet recibió, pues, de 1795 a 1820, el refuerzo de ocho paúles chinos. Además se benefició de los servicios de un hermano que era procurador de la misión de Pekín, Pablo Wang, y que velaba también por los intereses de la misión de Hu-Kuang, sin quejarse nunca de los largos y pesados viajes.

El Padre Clet, en sus cartas, tiene ocasión de hablar sobre unos y otros, y se ve que estima como preciosa su colaboración.

VI.- LA CORRESPONDENCIA DEL P.CLET

LAS CARTAS DE FRANCISCO REGIS A SU HERMANA

Sólo nos quedan cinco cartas del Padre Clet a su hermana mayor y madrina, María Teresa. Atañen a su candidatura de misionero para China y al viaje. Trata él de comunicarle su entusiasmo. Prevé que ella querrá disuadirle, pero la resolución tomada es irrevocable: le pide, al contrario, que comprenda. Las tres primeras están escritas antes de embarcarse. Las otras dos cuentan el viaje por mar y la llegada a la primera sede de su misión. La tranquiliza sobre su salud, le describe los lugares en que mora y el trabajo que habrá de realizar. Le encarga que transmita estas noticias a toda la familia y a familias amigas: Gagnon, Gigard, Durand.

En ella tiene plena confianza, y arregla con ella todo lo concerniente a la herencia. Ella disfrutará los bienes de su hermano, con la obligación de abonarle 300 libras anuales. Le pide que, para estos asuntos de dinero, se ponga en contacto, con el Padre Daudet, procurador en París de la Congregación de la Misión. Ella es quien saldrá fiadora por él ante toda la familia.

Dice a su hermana, en la última carta que le escribe, el día de su santo, la festividad de santa Teresa, 15 de octubre de 1792: «Hemos aquí separados, en este mundo de abajo, pero qué gozo no sentiremos al volvernos a ver en el cielo, lo cual es sin duda tu ambición, como es también la mía».

Hubo ciertamente, en los 28 años que separan ésta carta de 1792 y la muerte del misionero en 1820, otras que él dirigió a su hermana. En 1820, el año del martirio, María Teresa, que sobrevive a su hermano, tendrá los 87. Son cartas que, por desgracia, se cuentan como perdidas.

LAS CARTAS A SU HERMANO EL CARTUJO

Tenemos tres cartas dirigidas por Francisco Regis a su hermano el cartujo. La primera es del 29 de agosto de 1798. En esta fecha, el cartujo se encuentra en Roma. Los monasterios han sido declarados bienes nacionales, y los religiosos dispersados. También nuestro cartujo se ha expatriado para encontrar en Roma una comunidad de su Orden, y continuar llevando en ella la vida monástica según el espíritu y la costumbre de su Instituto.

Francisco Regis le escribió en 1796, pero la carta debió de extraviarse; y se extraviaron también las que a su hermano escribió el cartujo. El misionero escribe además una larga, en la cual deplora la conmoción que ha agitado a Francia, y se pregunta qué habrá sido de sus hermanos y hermanas, en particular de la carmelita. Le da noticias sobre sus actividades misioneras. Hace referencia a las dificultades que le ocasiona la lengua, y piensa que apenas sirve para nada. Le habla de los peligros y de los trastornos que causa la revuelta del *Nenúfar Blanco*. Su natural optimismo le hace confesar: «*Acontecerá que estemos bien o menos bien, pero siempre estamos demasiado bien. A menudo me avergüenza el tener un alimento mucho más delicado que mis cristianos, de los que muy pocos tienen comodidad alguna. Pese a la distancia, mi espíritu y mi corazón están muy cerca de ti*».

En la segunda carta, del 6 de noviembre de 1799, o sea 14 meses después de la primera, Francisco Regis deplora la invasión de Roma por los franceses, y se pregunta dónde ha podido encontrar ahora asilo su hermano el cartujo. Vuelve a hablar de los rebeldes y sus saqueos. Señala el comienzo de lo que habría podido desencadenar una persecución, pero hace elogios de la amplitud de miras del nuevo emperador, Kia-King, y de su benevolencia hacia los misioneros.

Describe la miseria de sus cristianos: «*Mis cristianos son casi todos pobres. Las casas son en su mayoría chamizos abiertos a la luz del día por todas partes. Por lo menos dos tercios carecen de ropas que les resguarden del frío, bastante agudo en nuestras montañas; les faltan mantas y, para poder dormir algo, su único recurso es, por así decirlo, enterrarse en paja. Se ven además forzados a buscar por el campo plantas salvajes que sean comestibles, y esto tres o cuatro meses al año...*».

En la tercera carta, de 1802, se siente feliz al saber que sus hermanos y hermanas están bien, pero deplora que su hermana la carmelita haya sido obligada a secularizarse. Se felicita por la tolerancia de que son objeto los misioneros, pero deplora una vez más los estragos que Causan los rebeldes. Pide a su hermano que le compre en Roma cruces v

medallas. Le encarga que comunique la carta a sus hermanos y hermanas, y concluye: *«Pienso todos los días en todos, y suplico a Dios que, si nos vemos separados en la tierra, nos veamos todos reunidos en el cielo. Para todos mis recuerdos más tiernos y afectuosos. Ruego al Señor que les de a todos la paz del alma y del cuerpo... y soy con todo Afecto tu más sincero hermano y servidor»*

Esto es lo que nos queda del intercambio epistolar entre uno y otro hermano. Varias alusiones suponen más cartas recíprocas, de las que nada subsiste.

Francisco Regis habla con el corazón, comunica a su hermano inquietudes, aprensiones, estados de ánimo. Le da cuenta de las dificultades en su vida diaria como misionero. Se remite a él para que vele por sus intereses en Europa, con miras a las necesidades de la misión.

Desde Pekín, el Padre Raux pidió al Superior General el envío de más refuerzos, pues no habían llegado de Francia otros misioneros, muertos los Padres Aubin y Pesné, ambos en 1795.

El 1 de marzo de 1800 salían de Inglaterra rumbo a China dos «Padres franceses: Dumazel y Richenet. Llegaron a Macao en febrero de 1801. Allí les esperaba una carta del Padre Raux pidiéndoles que prosiguieran viaje hasta Cantón, donde se presentarían al virrey y obtendrían de él pasaportes para ir a Pekín. Los esperaron cinco años. En junio de 1806, pudieron ponerse en camino, pero estando en Shantong, a unos días de Pekín, recibieron de la Corte la contraorden de volver a Cantón, adonde llegaron el 22 de diciembre.

El Padre Raux había muerto en 1801. Por el Hermano Pablo Wang, el Padre Ghislain, que le sucedió como superior de los misioneros, envió instrucciones a Cantón. Pedía al Padre Richenet que volviera a Macao y se estableciera como procurador de las misiones, cargo por él desempeñado hasta que, en 1815, regresó a Francia. En cuanto al Padre Dumazel, le enviaba a ayudar al Padre Clet en Hu-Kuang. No estando libre el camino directo, por los trastornos de la rebelión, el Padre Dumazel fue a Macao y se embarcó para Cochinchina. Allí fue recibido por los Padres de las Misiones Extranjeras de París. Siendo huésped suyo contrajo una grave enfermedad, que lo inmovilizó casi un año. Sanó por milagro el día de san Vicente. El Padre Clet escribe al efecto: *«El Padre Dumazel, ya a las puertas de la muerte, fue curado, diríamos que milagrosamente, el 27 de septiembre de 1807, aniversario de la muerte de nuestro santo fundador. Así hay por fin esperanza de que esté con nosotros en el decurso del presente año»*.

Dumazel reanudó entonces el viaje, atravesó Tonkín y penetró en China por Yunnán. Pasando luego por Sechuán, en febrero de 1810 se reunía con el Padre Clet en Hu-Kuang: había tardado diez años, desde su partida de Francia. Bien poco les faltó a los dos misioneros para no verse, ya que el Padre Clet mismo cayó gravemente enfermo poco antes de llegar el Padre Dumazel. He aquí lo que escribe al Padre Ghislain, sucesor del Padre Raux como superior en Pekín: *«Al día siguiente de la Epifanía, me sentí atacado de una chong-hang-ping, es decir, una pleuresía, la que en pocos días me redujo a tal estado, que los médicos desesperaron de mi vida. Pero un sudor abundante vino con tanta suerte en su socorro, que el Padre Ho, a quien yo había enviado a buscar para que me administrara los últimos sacramentos, me encontró a su llegada fuera de peligro. En lo más agudo de mi enfermedad, pensaba en el Padre Dumazel y me decía: pues ya no veré a este nuevo y querido hermano, a quien espero hace tanto tiempo, y cuando llegue, él también encontrará con dolor una casa vacía. ¡Qué golpe para él!...Pero todavía estoy aquí y, desde hace dos meses, en condiciones de trabajar. De esta enfermedad sólo me queda una debilidad y una inflamación de las piernas, que no me permiten hacer largas*

caminatas. Tengo que contentarme por ahora con andar de 20 a 30 lis. En fin, llegó el Padre Dumazel a nuestro castillo de paja el 3 de la tercera luna (6 de abril, de 1810)».

Es tal el ardor con el que se pone a trabajar el Padre Dumazel, que el Padre Clet se ve obligado a moderarle. No regatea esfuerzos, aunque le fatigan mucho las giras de misión. Su conciencia le atormentaba además con frecuentes escrúpulos. Era en efecto muy escrupuloso, para sí y para los demás. En la carta n° 58 vemos al Padre Clet emplearse en el esclarecimiento de casos que el Padre Dumazel hubiera podido resolver por sí mismo, basado en la buena fe de sus penitentes. Veamos cómo le saca de apuros, bromeando un poco: «Para ayudarle a salir del pozo que se ha cavado, tengo por muy seguro que, en cuanto al pasado de las confesiones hechas..., no hay que volver sobre ellas. No habiéndoles inquietado el confesor, nada malo podemos sospechar, s la ignorancia en este punto puede muy bien no ser culpable. ¿En el futuro? No sé qué decir, me inclinaría por dejarles en su buena fe, pues no se trata de casos tan claramente supersticiosos...».

Le sugiere que asuma sus propias responsabilidades: «Respecto de las que piden certificado para casarse, puede ver lo mismo que yo si es posible o no, casar a esos futuros sin peligro, y según el caso admitirlos a la confesión para el matrimonio, o remitirlos al catequista del lugar...».

El Padre Clet no escatima los consejos a su joven compañero, pero incluye con filosofía que *«la dirección del solo Padre Dumazel le da más trabajo que toda la provincia de Hupé... ».*

El Padre Dumazel, desbordante de actividad, se mata trabajando, pese a los sabios consejos de su superior. En 1818, cuando está de gira misional, es atacado por fiebres tifoideas. Se entera de que varios cristianos enfermos quieren recibir los últimos sacramentos, manda traerlos junto a su lecho, y se los administra. Expira el 15 de diciembre de 1818 asistido en los últimos momentos por Pablo Song. Había trabajado 8 años con el Padre Clet. Nació en el Rosellón, diócesis de Apt, el 13 de noviembre de 1769. Se apagaba a los 49 años, con reputación de santo.

LAS RELACIONES DEL PADRE CLET CON LOS PROCURADORES DE MACAO

Los Padres Paúles portugueses dirigían un seminario en Goa y el obispo de Macao, Mons. De Gouvea, les pidió que abrieran otro en su ciudad, en los locales del antiguo colegio de San José, que había sido dirigido por los Jesuitas. Un italiano, Juan Villa, que había entrado en la Congregación en Roma en 1771, se afilió a la provincia de Portugal y fue enviado a Goa y luego a Macao donde ejerció hasta la muerte, en 1803, la función de procurador de los Padres Paúles de China. Le sucedió el Padre Richenet en esta función hasta 1815, fecha de su regreso a Francia. Otro sacerdote de la Misión francés, el Padre Minsuet, que había entrado durante la Revolución en la provincia de Portugal, fue enviado a China y desde Macao representó a su vez los intereses de los misioneros franceses.

El Padre Clet recurrió a estos hermanos de Congregación, pero también al procurador de las Misiones Extranjeras, Padre Letondal, con quien las relaciones parecen muy cordiales. En la carta n. 13 de 1798 le da noticias de la rebelión y de las dificultades que causa. Le agradece el envío de chocolate y de vino. Le habla de cantidades de dinero que han servido para compras en Macao para H1-Kuan- y para Pekín, y confía totalmente en su corresponsal. En la carta n. 14 escrita en noviembre de 1799- o sea un año después, le agradece una vez más el envío de chocolate, pero es inútil porque se pierde y del envío de vino: *«Necesito vino, no para beber, cosa que ni me he atrevido a hacer con las doce botellas enviadas a este efecto, por temor de una época en la que llegue a prohibirse*

todo paso de vino, lo que puede suceder el momento menos pensado. Pero a mí me gusta más el vino de España que el de Portugal»".

Le pide también que le dé noticias de Europa: *« Espero que en la próxima ocasión me envíe un breve análisis de las noticias de Europa... Veo con claridad que la justicia de Dios no está satisfecha aún. Como casi toda Europa ha pecado, es preciso también que casi toda Europa beba el vino de la cólera del Señor... Por más que hagan los filósofos, nada podrán contra la cátedra de Pedro... El gran mal no es que el Papa no sea ya soberano, sino que la ciudad santa haya llegado a ser una Babilonia... Le ruego también que ayude, como usted pueda, a nuestros correos para hacer unas compras cuya nota les he entregado...».*

El Padre Clet ha oído decir que el Padre Letondal iba a marcharse de Macao, él lo siente: *«No podré olvidar los servicios de todo orden que no ha cesado de prestarme desde mi llegada a Macao... Trabajaba usted tan bien. ¿Dónde se encontrará a alguien que le sustituya».*

Este Padre Letondal ha sido pues para nuestro misionero durante varios años un verdadero amigo, ocupándose de los intereses de la misión de Hu-Kuang y constituyéndose en intermediario para arreglar toda suerte de asuntos prácticos en Macao, que era por esto mismo la base de la misión.

El Padre Clet mantiene las mismas relaciones de confianza con su compañero de Congregación, Padre Richenet.

EL PADRE RICHENET

El Padre Richenet que había llegado a Macao en 1801 esperó durante cinco años la autorización imperial para ir a Pekín. Al no conseguirla desempeñó en Macao, según las instrucciones del Padre Raux, superior en Pekín de los Padres Paúles de China, el oficio de Procurador de las Misiones. Lo desempeñó hasta 1815.

El Padre Richenet está en Macao y el Padre Clet le informa con palabras encubiertas sobre el estado de la misión. Le habla como de un comercio y de rebaños que sostener: *«Tenemos al menos 7.000 ovejas, que forman 63 rebaños... Todos estos rebaños están dirigidos por 5 maestros pastores... Tenemos en Kiang-sy otro rebaño de unas 1.500 ovejas, a las que sin pausa hay que enviar un pastor... También tenemos ovejas en Tchekiang de las que no tengo información; también en Kiang-nan y en Ho-nan unas 500 ovejas a las que visité hace un año... Pero se pierde tanto tiempo en el viaje, que no queda suficiente para visitar cada distrito todos los años, y para mejorar las cosas habría que hacer la visita dos veces al año».*

El Padre Clet se halla de correría apostólica, en casa de un hombre a quien asiste en sus últimos momentos, por eso su carta, nos dice, huele a aceite porque escribe de noche a la luz de una lámpara. Confiesa al Padre Richenet que necesitaría dinero, porque los cristianos de quienes se ocupa son muy pobres. Acaba de construir una casa y todavía le falta la cocina. Le agradece el envío de vino y de queso, pero le pide cacao para la salud del Padre Dumazel: *«El vino nos es indispensable- porque los intentos realizados hasta ahora por cultivar la viña no han resultado; atribuyo la causa a las lluvias demasiado abundantes que despojan la planta de todas las hojas y pudren los racimos. Lo intentaré de nuevo con más cuidado... Ese vino que le pedimos no es para deleite de nuestro paladar: si le pido una cantidad tan grande, es por miedo de no poder recibirla en dos o tres años, debido a obstáculos imprevistos...».*

Le agradece el envío de un reloj. *«Después del vino de misa es lo más necesario y lo que más me agrada».*

El Padre Richenet, de vuelta en Francia en 1815, fue nombrado Director de las Hijas de la Caridad y llegó a ser Asistente del Superior General. Pero hasta su muerte, acaecida en 1836, siguió ocupándose de las misiones de China y ayudándolas.

Dirigió en 1817 una amplia Memoria al Gobierno francés sobre la Misión de los Padres Paúles en China. Algunos extractos van a resumir el estado de la misión: *«Los misioneros sólo son admitidos por el Gobierno chino para el servicio del Emperador, por consiguiente sólo en Pekín en calidad de artistas, de pintores, relojeros, maquinistas y sobre todo matemáticos, astrónomos para hacer el calendario lunar, calcular los eclipses, etc. Hay en la diócesis de Pekín unos 40.000 cristianos de los que cinco o seis mil están en la ciudad.*

Corno los misioneros europeos no son suficientes en número para Administrar los socorros espirituales, uno de sus principales cuidados es formar sacerdotes indígenas para ayudarles. Para ello tienen dos "colegios o seminarios en Pekín, uno en la casa francesa, otro en la casa portuguesa... Además del establecimiento de Pekín, los sacerdotes de la Misión franceses están encargados de los cristianos de varias provincias. En la provincia de Hupé tienen dos sacerdotes europeos con varios sacerdotes chinos. Su administración abarca más de cien leguas de diámetro. Tienen otro distrito en la provincia de Honán, uno en la de Kian-Nan, otro en la de Tche-Kiang y un tercero en la del Kiang-si. A falta de europeos estos distritos sólo son administrados por sacerdotes chinos, formados por los Sacerdotes de la Misión franceses y dependientes de ellos... Hay apenas 200.000 cristianos en todo el imperio.

Esta misión, privada de todo socorro de Europa desde la Revolución, se encuentra actualmente en el estado mas lamentable y en un peligro inminente de venirse abajo si no se viene en su ayuda. La necesidad más urgente es la de personas... hay que prepararlas para enviarlas tanto a Pekín como a las provincias de China...».

Describe las cualidades de cuerpo y de espíritu que estima necesarias. Recuerda que los Padres Paúles, sucesores de los Jesuitas, recibían anualmente del gobierno francés una pensión de 12.000 francos, pero no reciben ya nada desde la Revolución. El Gobierno de Luis XVIII acogió favorablemente la Memoria del Padre Richenet y atribuyó a la Congregación el hotel de Lorges, en el 95 de la calle de Sévres, con el fin explícito de preparar allí a futuros misioneros. Pero sólo a partir de 1830 nuevos misioneros salidos de la Casa-Madre de París pudieron partir para China. El Padre Richenet pudo recibir también la satisfacción, antes de morir, de asistir a su partida y de ver que sus esfuerzos no habían sido en vano.

VII.- LA VIDA DE LA MISIÓN

UNA EXISTENCIA MARCADA POR LA POBREZA

A través de su correspondencia con el Padre Song, hemo podido darnos cuenta de la extrema pobreza en la que se debate el misionero. No se queja, pero lamenta no poder enviar a sus hermanos los auxilios que necesitan. Solicita de los superiores de Pekín algunos subsidios, *«porque el hambre que se hace sentir por aquí nos ha empobrecido mucho... No me pide dinero, y hace bien, porque no tengo nada que mandarle. No quedan en plata o sapecas más que unos 18 Tiao, de los que hay que restar 10 ó 12 para el Padre Chen, porque los correos que vienen a llevárselo al llano*

no han traído ningún viático consigo: así a ojos vistas en 13 días no quedará una sapeca en casa».

Escribe al Padre Chislain en Pekín, en agosto de 1810: *«Este año no hay maíz por causa de la sequía. Tendremos que comprarlo casi todo, y todo es caro. Mire a ver si tiene lo suficiente para ayudar a nuestra pobreza».*

Coloca la ayuda a los pobres en el primer lugar de sus preocupaciones, no despide nunca con las manos vacías a los desheredados que llaman a su puerta. Al conceder autorización al Padre Song para recibir regalos y hacer limosnas, *«en cuanto no sea contrario a nuestro voto de pobreza. Recuerde, por lo demás las palabras de san Pablo, citadas como procedentes de Nuestro Señor: es más dichoso dar que recibir».*

Al Padre Richenet le escribe: *«En la última carta olvidé recordarle que necesitamos dinero, pero pienso que lo imagina usted sobradamente, pues aunque se nos acuse de simonía, le podré asegurar que hay pocos lugares donde ejerzan el ministerio más gratuitamente que nosotros...»*, y añade para poner en claro la escasez de recursos de su cristiandad: *«Bajo nuestra dependencia no hay ricachones. Tampoco tenemos comerciantes, lo que, dicho sea entre paréntesis, me causa mucho agrado (no le falta picardía cuando hace estas observaciones, él que era hijo de un comerciante grenoblés), porque en China más que en cualquier otra parte mercader y granuja son casi sinónimos. Los que tenemos son casi todos labradores, al menos dos tercios de los cuales no pueden cerrar las cuentas del año: estamos más bien en situación de dar, no de recibir...».*

Su pobreza se manifiesta en las condiciones de vivienda con las que se contenta. En varias ocasiones habla en sus cartas de nuestro castillo *de puja*. Designa con esta expresión jocosamente su residencia central en Tchai-Yuen-Kéu. Es una modesta casa de adobe, con piso de tierra batida y techo de paja; la iglesia está también construida con los mismos materiales.

SE PREOCUPA POR SUS HERMANOS

Convoca cada año a todos sus hermanos que misionan a veces muy lejos, para que vengan a pasar algunas semanas juntos en su castillo *de puja*, con objeto de llevar un poco una vida de comunidad y de rehacerse corporal y espiritualmente. Estos encuentros mantenían el fervor de los misioneros y reavivaban su sentimiento de pertenecer a una Comunidad viva y preocupada por sus miembros.

Al final estas semanas de fraternidad pasadas en el castillo de paja, cada uno regresaba a su campo de apostolado, en Hu-Kuang y en las provincias vecinas Kiang-Si, Kiangnan y los distritos de la región.

Jefe de misión, el Padre Clet estimaba necesario recordar a todos sus colaboradores un cierto número de principios que deben inspirar su acción. Lo hace mediante «Cartas circulares». Lamentablemente sólo nos quedan dos. De la primera con fecha de comienzos de 1811 tampoco nos quedan más que algunos fragmentos.

Recomienda a los misioneros paciencia y misericordia para con los pecadores en lugar de indignarse contra ellos: *«Revistámonos pues, de ternura y de misericordia, de bondad, de humildad de paciencia»*: Porque *«nosotros debemos, nosotros que somos más fuertes, sostener la flaqueza de los débiles y no complacernos en nosotros mismos...».*

Los pone en guardia contra el espíritu de lucro en la administración (le los sacramentos y el cumplimiento de su ministerio. «Que las riquezas de la salvación, la sabiduría, la ciencia y el temor de Dios sean todo tu tesoro...».

Anuncia por fin a los misioneros que la Santísima Virgen, bajo la advocación de la Inmaculada Concepción, ha sido instituida por el Santo Padre como patrona principal de la provincia del Hu-Kuang.

La segunda Circular que tenemos¹ data del 10 de abril de 1813. Está escrita en latín para ser bien entendida por todos, ya que algunos no aprecian del todo los matices del francés. Invita primero a sus hermanos a la unión entre sí «a fin de que todos estemos de acuerdo y unánimes en lo que se refiere al gobierno de nuestras ovejas y que de esta torna no formen «sino un solo rebaño», como no hay «sino un solo pastor» (Jn 10, 16) que es Nuestro Señor Jesucristo».

1. Trata de la instrucción religiosa y pide para ello que se haga leer cada domingo o fiesta de obligación la quinta parte del catecismo, y que le recuerden después las fiestas y ayunos de la semana. Además cada mes dos catequistas, un hombre y una mujer, presidirán los exámenes de catecismo a los que son sometidos los niños de siete a diecisiete años.

2. Recuerda la obligación para los cristianos de realizar todos los esfuerzos posibles para bautizar a los hijos de paganos que estuvieran en peligro de muerte. Habrá dos cristianos, un hombre y una mujer, particularmente encargados de ello en cada distrito. Pero es preciso también enseñar a cada uno a administrar el bautismo.

3. En las comidas, sobre todo las comidas de bodas, subsiste la enojosa costumbre de hacer beber a la gente más de lo razonable, de donde procede toda suerte de desórdenes. Hay que apartar absolutamente a los cristianos de estas costumbres deplorables, que respiran paganismo.

4. Existen reglamentos para la conducta de vida en diversas circunstancias. Están impresos en chino en cuatro hojitas. Habrá que leer cada domingo la séptima parte para recordárselo oportunamente a los cristianos, a fin de que se acomoden a ellos.

Por fin los misioneros deberán servir de ejemplo vivo para sus fieles y mantener en sí mismos el fervor por la fidelidad a sus ejercicios de piedad tales como la oración, el examen, la lectura del Evangelio y de los libros de devoción y los retiros.

LA VENERACIÓN CON RESPECTO AL PADRE CLET

De todo lo que el Padre Clet recomienda a sus hermanos él mismo es el primero en dar ejemplo, por eso todos le tienen en veneración, en particular el Padre Song, que ha tenido más que nadie tiempo de experimentar la paciencia y la dulzura de su superior.

Mucho tiempo después de su muerte continuaba el recuerdo, en los distritos que había administrado, del santo Padre Liéou, nombre chino del Padre Clet. Un viejo cristiano cuyo testimonio se recogió en 1869, o sea 49 años después de su muerte, decía en relación con la acción del misionero. «Nuestro distrito, donde reinaban abusos y escándalos, cambió completamente de cara después de una visita del Padre Liéou. Con su prudencia y celo consiguió apaciguar las disputas, se desarraigaron las costumbres supersticiosas y pudo reconducir al rebaño a los pecadores más endurecidos».

La irradiación del viejo misionero se extiende entre los paganos que tienen hacia él una especie de sentimiento religioso. Le atribuyen un poder extraordinario ante el Amo del Cielo. Se dirigen a él en sus penas, o bien cuando el país está desolado por alguna plaga, a fin de obtener por sus oraciones el cese de sus males.

En 1863 un misionero, el Padre Salvan, recogiendo testimonios sobre el Padre Clet escribía: «Nuestro venerable mártir el señor Clet gozaba en vida de tal reputación de santidad, que cristianos y paganos recurrían a él en las desgracias privadas y públicas. Se cuentan varias maravillas, frutos de sus oraciones. Una vez entre otras en tiempo de la sequía, la población

de una aldea vino a pedirle que consiguiera lluvia. Enseguida envió a los cristianos al oratorio común y él mismo se encerró en su habitación. Siguió allí por lo menos dos horas rezando, y cuando salió con los ojos inundados de lágrimas, dijo a los cristianos que esperaban su respuesta: "*Tendréis demasiada... demasiada...*". Y efectivamente sobrevino una lluvia tan abundante que se convirtió en inundación»

La veneración popular le rodeaba como de una aureola sobrenatural. Se contaba que una vez al regresar de una expedición misionera a una de sus cristiandades, una emboscada de algunos paganos le esperaba en un lugar propicio para apoderarse de él, despojarle y desvalijarle. Estos se quedaron estupefactos a la vista de un fenómeno extraordinario. Vieron al viejo misionero rodeado de luz y elevado dos palmos sobre el suelo. Vueltos en sí, le pidieron perdón por su actitud y sus malas intenciones. Son los propios paganos quienes contaron después lo sucedido a los cristianos.

Una carta del Padre Lamiot, que conocía bien al Padre Clet, dice de él que se le atribuía el don de leer en las conciencias, y hasta lo que parece increíble, de adivinar los pecados que los cristianos estaban a punto de cometer. Esta veneración hacia su misionero hizo que después de su muerte los cristianos recogieran con piedad filial los objetos que le habían pertenecido y que tenían como reliquias.

El Vicario Apostólico de Chansí, Mons. De Madello, le tenía en grande estima y decía de él: *«Las obras admirables del Padre Clet, su prudencia, su celo por la salvación de las almas, no necesitan que otro las exalte, estas cualidades son lo suficientemente conocidas... Confieso públicamente mi estima hacia él. Ojalá tuviese veinte misioneros como él, todos mis sufrimientos se cambiarían en delicias. Debo este testimonio a su virtud...»*.

Más de quince años después de la muerte de nuestro mártir, Juan Gabriel Perboyre que se encontraba en los mismos lugares donde había vivido y se había sacrificado el Padre Clet, recogía a su vez entre la población testimonios de admiración por el Padre Clet, a quien tenía como su modelo. Lo había seguido por los mismos caminos, bien que algo más rápido. Había sido como el Padre Clet profesor en un seminario diocesano, luego director del noviciado y por fin misionero en China. Decía a sus seminaristas mostrándoles el hábito que llevaba el Padre Clet en el momento de su martirio: *«Mirad el hábito de un mártir, mirad el hábito del señor Clet, mirad la cuerda con que fue estrangulado. ¡Que dicha para nosotros si un día tuviéramos la misma suerte!... ¡Qué buen fin el del señor Clet! Rogad a Dios para que yo acabe como él»*.

Juan Gabriel seguirá en los mismos lugares de misión los ejemplos de santidad heroica y de entrega del Padre Clet. Como él, será entregado- arrestado, llevado de un tribunal a otro, condenado a muerte, y como él estrangulado en una horca en forma de cruz, en el mismo lugar. Sus tumbas serán vecinas en el cementerio de la Montaña Roja, fuera de los muros de la ciudad de U-Tchang-Fu.

La obra misionera del Padre Clet fue continuada por sus hermanos de Congregación chinos, pero el verdadero heredero de su acción, de su espíritu y de sus virtudes fue Juan Gabriel Perboyre. Su común recuerdo- en los sitios donde trabajaron sucesivamente, está rodeado de la misma veneración por los fieles, según confesión de Mons. Dong, actual arzobispo de Wuhan, la antigua U-Tchang-Fu, capital de lo que era entonces Hu-Kuang.

RELACIONES DEL PADRE CLET CON LOS SUPERIORES DE PEKÍN

Para asegurar la substitución progresiva de los Jesuitas, llegaron los primeros Sacerdotes de la Misión a Pekín el 29 de abril de 1785. Eran tres: los Padres Raux, Ghislain y el Hermano Paris. El Padre Raux fue nombrado superior. Tomaron posesión de la parroquia de Petang.

La prudencia y la bondad del Padre Raux facilitaron mucho la transición entre los ex-Jesuitas y los Padres Paúles. El Padre Ghislain fue encargado por el Padre Raux de formar a futuros sacerdotes, y a ello se entregó con éxito. El seminario que él dirigió y animó dio a la Congregación de la Misión excelentes vocaciones. Quince de ellos llegaron al sacerdocio en la Compañía y dos fueron hermanos coadjutores. Llegado en 1791 a Macao, el Padre Clet, después de algunos meses de aprendizaje del chino, recibió del Padre Raux su orden *de misión* para la provincia del Kiang-si.

Trabajó allí alrededor de un año. Pero en 1792 creyendo el Padre Raux que se necesitaba la presencia de un misionero europeo en la provincia vecina de Hu-Kuang envió allá al Padre Clet, quien debía trabajar con varios jóvenes hermanos de comunidad chinos, ya que dos compañeros franceses estaban fuera de circulación, el Padre Aubin encarcelado y el Padre Pesné muerto prematuramente por agotamiento.

Sólo tenemos un embrión de la carta del Padre Clet al Padre Raux. Le declara su voluntad de seguir firme en medio de sus cristianos.

Desgraciadamente el Padre Raux murió el 24 de noviembre de 1801, de un ataque de apoplejía, muy llorado por todos y hasta por los infieles, dice el Padre Ghislain y añade: *«Verdaderamente tenía todas las virtudes y las cualidades que se pueden desear en un misionero y en un superior»*.

Según los poderes que había recibido del Padre General, el Padre Raux nombró para sucederle, como superior de las misiones vicencianas, al Padre Ghislain, quien desempeñó el papel de superior de los misioneros de la Misión francesa de China hasta su muerte, acaecida en 1812. Pero continuó sobre todo la obra de los seminaristas chinos, sin abandonar las correrías misioneras por las cristiandades rurales de región de Pekín.

Si no nos queda más que una carta del Padre Clet al Padre Ghislain, sabemos por alusiones en otras cartas que se relacionaban no obstante por correos. Escribiendo a su colaborador el Padre Song se queja el Padre Clet varias veces de estar sin noticias del Padre Ghislain: *«Si el Padre Ghislain sigue guardando silencio con nosotros, nos tendremos que decidir a mandarle dos correos en la luna undécima, para darle noticias nuestras, y pedirle un misionero y dinero...»*.

Era noviembre de 1807. Algunas semanas más tarde vuelve a escribir el Padre Song: *«La misión necesita dinero. De ahí que me parezca preferible el que, a primeros de la undécima luna, enviemos correos a la capital, si en el término de la décima no recibimos noticias del Padre Ghislain. A ver qué piensa. Si es usted de esta opinión, le ruego me lo escriba...»*.

En una carta del 14 de abril de 1809, el Padre Clet anuncia al Padre Song que ha recibido noticias del Padre Ghislain, quien le envía al hermano Wang para ser guardián y ecónomo de la casa y que es portador de un poco de dinero. Va acompañado de un laico que podrá ayudar en la casa, porque el Padre Ghislain no ha encontrado sacerdote que enviar de refuerzo... Nada de nuevo por Pekín: el Padre Ghislain no se encuentra bien...

En otra carta al Padre Song, del 17 de noviembre de 1809, el Padre Clet dice que ha recibido noticias de la capital y añade: *«Los Padres Ghislain y Lamiot que no tienen tiempo de escribir, me encargan que le salude amigablemente de su parte»*.

En la única carta que tenemos del Padre Clet a su superior, Padre Ghislain, el Padre Clet le detalla el reparto que ha hecho de sus hermanos en las misiones de las que están encargados. El Padre Chen irá a Kiang-si. El Padre Tchang está en Kiangnan, el Padre Ho entre Kutching y Hanyang y el Padre Dumazel se quedará en el mismo lugar, para formar a tres o cuatro alumnos a los que hay que enseñar latín, para luego enviarlos a Pekín. El Padre Son- está de misión hace dos años en Chan-Tshin-Hien... El Padre Clet aprovecha esta carta

para pedir ser relevado del cargo de superior de la misión. Se queja de la sequía que les va a obligar a comprarlo todo... Mire si tiene bastante para socorrer nuestra pobreza... Las relaciones del Padre Clet con el Padre Ghislain parecen ser muy cordiales, lo que nos hace echar de menos más cartas.

A partir de 1794, el Padre Ghislain recibió la ayuda, en su función de formador de sacerdotes, del Padre Lamiot, que le sucedió después de su muerte, como superior de los Sacerdotes de la Misión de China en 1812.

VIII.- EL SUPERIOR Y SUS HERMANOS DE COMUNIDAD

El Padre Clet es secundado en la misión por varios hermanos de comunidad chinos, sobre todo los Padres Ho, Tchen, Tchang, Ngai de los que ya hemos hablado brevemente, y sobre todo el Padre Pablo Song. A partir de 1810 tendrá también a su lado al Padre Dumazel, cuyo celo y endeble salud le darán más de un quebradero de cabeza.

LAS RELACIONES DE TRABAJO CON EL PADRE SONG

Pero con quien más se ha relacionado ha sido con Pablo Song-. Las 37 cartas del Padre Clet al Padre Song, conservadas piadosamente por éste, nos permiten reconstruir lo que era la vida de nuestros misioneros.

Este hermano chino llegó a casa del Padre Clet en 1804 a la edad de 30 años. Tenía al Padre Clet en tal veneración que conservó la mayor parte de sus cartas. Nos ha dejado 37. Leyéndolas podemos darnos una idea de las preocupaciones ordinarias de los misioneros, ya que Pablo Song consulta al Padre Clet en todo: asuntos materiales, casos de conciencia, problemas de derecho canónico o de liturgia. Y cada vez el Padre Clet le da con paciencia una respuesta clara, o le pide que juzgue por sí mismo.

La primera carta dirigida al Pablo Song es del 10 de junio de 1804¹. Sabe que el Padre Song está en camino y debería llegar próximamente. Le da consejos de paciencia y prudencia y le transmite los poderes que él mismo recibe del administrador apostólico.

El Padre Song ha comenzado a misionar en la región montañosa a la que ha llegado. Pero al Padre Clet le parece que se retrasa mucho, pues hace ya ocho meses que está de camino. Le apremia pues a que venga sin buscar pretextos para atrasarse más, aunque los cristianos quieran retenerle por más tiempo. Ha escrito esta carta y la siguiente en latín, porque como dice él, el sentido de esta lengua es más preciso. El Padre Song- ha debido llegar a donde el Padre Clet en la segunda mitad del año 1804, no sabemos la fecha exacta. Se repartieron entonces el trabajo de las visitas a las distintas cristiandades. El Padre Song se puso en camino para ir a la parte montañosa de Honán en 1805. En noviembre no había vuelto todavía, e incluso llega a pedir al Padre Clet que vaya a su encuentro, a compartir su trabajo en la montaña. Pero el Padre Clet, cuya paciencia se ve puesta a prueba, va a visitar otra cristiandad en donde le esperan. Le hace ver que un retraso de ocho meses le parece muy suficiente para oír 400 confesiones. Le da consejos prácticos y le recomienda moderar sus exigencias de cara a los cristianos: *«Es preciso exhortar a los cristianos a que aprendan el catecismo titulado Catecismo de los Sacramentos, pero con cuidado también de no obligarles y forzarles a aprenderlo. Sólo se debe exigir de nuestros cristianos saber lo que es estrictamente necesario para la recepción de los sacramentos...»*.

En la carta de septiembre de 1806, el Padre Clet se inquieta por la salud de su hermano: *«Me dicen que su salud se altera; se obstina en negarlo, pero no se lo cree nadie. Habría querido verle yo en casa para juzgar por mí mismo».*

En Pascua del año siguiente 1807 continúa su inquietud: «No sé cómo va de salud, temo que la dedicación demasiado seria y continua al trabajo se la altere; esté en guardia al respecto; en cuanto a mí, estoy bien».

Después de esta carta, el Padre Song volvió a la residencia central, pero el Padre Clet salió de gira misionera. Del lugar en que se encuentra, le escribe en junio para darle noticias de su propia salud: *«A mi regreso de Ta-tcho-pa, donde pasé un mes exacto, me sentí atacado de dolores en los riñones, el vientre y los muslos, con inflamación de las piernas... de noche sube la inflamación, siento entonces una especie de opresión en el pecho, y aumenta el dolor de riñones y vientre, disminuyendo en las piernas durante el día: he experimentado esta vicisitud durante siete u ocho días, o sea hasta hoy. Por lo demás no se inquiete por ello, los remedios que tomo han aminorado el mal y me anuncian una próxima curación. He suspendido todo trabajo, para acelerar mi perfecto restablecimiento. Me siento más preocupado en cuanto a usted, porque conozco la debilidad de su complexión... Presumo por lo demás que ya ha vuelto a casa; pero si todavía anda de visita, espero que recibida mi carta regrese a la residencia, ante mi ruego insistente, no digo orden que le doy, y que suspenda el trabajo al menos hasta pasada la fiesta de la Asunción y aun más, si los calores siguen siendo tan fuertes como ahora... ».*

Da su parecer sobre una serie de casos de conciencia: esponsales rotos, préstamo usurero, líos entre vecinos, muerte de niños de pecho en la cama de sus padres...

En el mes de julio de 1807 agradece al Padre Song el envío de remedios y le anuncia que se siente completamente repuesto.

En sus diferencias los cristianos se dirigen al misionero que es conciliador. Así el Padre Clet se ha interpuesto para la compra de un terreno por cierta viuda Sin, pero el asunto está erizado de dificultades, tanto por parte de dicha viuda y de su familia, como por parte de los vendedores potenciales. Confía el asunto al Padre Song *«a fin de que con su prudencia impida... ofendan a Dios...».*

El tono de las cartas del Padre Clet a su joven hermano refleja un afecto sincero y profundo. En noviembre de 1807 le escribe: *«Estoy suspirando por el instante de reunirme con usted y disfrutar del placer Jo su presencia, de la que me veo privado hace diez meses. Desearía mucho que su salud fuera tan buena como la mía; me entero con pesar de que la multitud de Extremas Unciones le ha fatigado no poco. En efecto, caminar de noche bajo la lluvia, pasar las noches sin dormir..., nada de eso es tan nimio, que no altere una salud delicada como la de usted: le ruego con insistencia que la cuide para gloria de Dios y el bien de nuestras ovejas...».*

El Padre Song debe de ser muy hábil con las manos, porque nuestro viejo misionero le había enviado el reloj para repararlo, y se muestra contento de haberlo recibido en buen estado. Le pide *«gratifique con un poco del tabaco que le trajeron de Cantón, me complacería, porque cualquier otro me produce estornudos agotadores».* Los misioneros utilizaban pues rapé. En la carta siguiente dice que ha recibido una pipa que le mandó su hermano de comunidad, el P. Tchang.

En la carta del 19 de noviembre de 1807, el Padre Clet manifiesta a su compañero, que está ahora en la residencia central, su perplejidad. Teme enviar un correo para buscar dinero a Pekín, «por estar los caminos de China más infestados de ladrones y salteadores

cuando son finales del año: lo que me hace temer que los portadores de nuestro dinero se vean despojados y así vuelvan a casa con las manos vacías, y tal vez el cuerpo molido a golpes. Una vez más, a ver qué piensa usted... Sabe que me gusta no hacer nada importante sin el parecer de mis hermanos de comunidad, estando yo en situación de consultar

El Padre Song debe de ser un poco escrupuloso, se cree en la obligación de volver a empezar la recitación de su breviario si se ha distraído. El Padre Clet le tranquiliza: *«la intención y la atención actuales no son de precepto más que al comienzo de una acción cualquiera, que tenga a Dios por objeto. Esta atención actual, teniendo en cuenta la debilidad humana, es moralmente imposible.... Pretender hacer un acto de cierta duración sin distracción, es, creo yo, más bien un efecto de nuestro orgullo que una consecuencia de un deseo verdadero de agradar a Dios. Por consiguiente le ordeno que recite el breviario y otras oraciones todo seguido y sin repetir, después de prepararse a estas acciones por un instante de recogimiento en la presencia de Dios... »*.

Después de darle buenas razones para barrer sus escrúpulo, el Padre Clet se sirve del argumento de autoridad, porque es así como se debe proceder con los escrupulosos. Por fin sobre las dudas de enviar un correo a Pekín, consulta al Padre Song diciéndole: *«así pues, haga acopio de prudencia e indíqueme qué piensa usted... »*..

En la carta del 7 de diciembre de 1807, la eventual partida de un correo para Pekín sigue siendo un problema, puesto que los pobres Padres tienen verdaderamente necesidad de dinero. El Padre Clet se plantea vender el excedente de la cosecha de maíz. El Padre Song responde unos días más tarde para tranquilizarle. Prepara la salida de los correos y no será necesario vender grano para ello. Le da algunas explicaciones sobre la decisión que ha tenido que tomar. Es la única carta que tenemos del Padre Song a su superior. Por ella sabemos que los misioneros son propietarios de arrozales y de un terreno que explotan un granjero no muy responsable. En carta de ese mismo mes diciembre, el Padre Clet da su consentimiento para la venta de grano, pero confirma su desconfianza en dicho granjero.

En carta escrita de Lao-Ho-Keú, el Padre Clet expresa su dolor ante la idea de que el Padre Song vaya a ser llamado a Pekín. Contaba con él para descargarle de una buena parte del ministerio y del oficio de superior. Él mismo se contentaría con formar a seminaristas, hágase la voluntad de Dios. Ha llegado un correo de Pekín trayendo diversos objetos. El Padre Song ha enviado al Padre Clet unguento pero no es gran cosa, sólo vale para los callos de los pies.

La carta del 3 de enero de 1808 está escrita a las 11 h. de la noche a la luz de la vela. El Padre Clet tranquiliza a su correspondal: el contenido de una carta que juzgaba severamente a un joven a quien se había tenido que despedir por su pereza; el Padre Song había creído que se trataba de él: bueno, la cosa no pasó de ahí.

Después de un vacío de 10 meses, se reanuda la correspondencia en noviembre de 1808. En otra carta el Padre Clet le dice: *«Deme pronto noticias de usted, de las que me siento ávido»*, y añade: *«Consérvese siempre en la piedad; pero siempre recuerde que la verdadera piedad no es escrupulosa...»*.

Le anuncia la llegada de Pekín de dos hermanos de comunidad, Padres Chen y Ho, y de un hombre de 40 años que ha recibido las órdenes mayores y cuya formación se encarga de proseguir al viejo misionero. Pero ninguna noticia de nuestro *caballo*

europeo; y es que esperan al P. Dumazel, cuyo nombre chino es *Ma*, que quiere decir caballo.

Al día siguiente de Navidad, 26 de diciembre de 1808, el Padre Clett desconfía de los escrúpulos del Padre Song y le dice: «Sospecho que escrupuliza algo con los cristianos. Tal vez debiera andar un poco más buenamente y francamente en el tribunal de la penitencia). No logrará ciertamente hacer de los chinos cristianos perfectos, trabaje en hacerlos pasablemente buenos, y con los que no pueda lograr hacerlos tales, no se tome demasiadas molestias por su resistencia...».

Se encuentra muy escaso de dinero. Lo poco que tiene servirá para enviar al Padre Chen a misionar al llano, «en 13 días no quedará una sapeca en casa. No veo a nadie que pueda prestarnos, o a quien pueda pedir prestado; los ricos me desagradan demasiado para tener deudas con ellos...».

En esta carta como en las otras, el Padre Clet da su parecer a propósito de matrimonios de cristianos cuyo comportamiento produce escándalos: una mujer, cuando el marido está ausente, recibe en su casa a paganos que cohabitan con ella; ya sería hora de que el marido, que está al servicio del Padre Song, vuelva para poner orden en su casa. Interviene también para dar su parecer a propósito de proyectos de matrimonios que presentan algunas dificultades. Él conoce bien a sus cristianos y sabe con quién se puede contar o no.

La carta n. 38 está escrita en latín, porque se da cuenta de que su compañero no ha comprendido bien su carta en francés. Lejos de reprocharle su negligencia u ociosidad, le recomienda por el contrario moderar sus actividades para no alterar su salud. «Nunca me he quejado de que mis colaboradores se dejaban llevar de la ociosidad, sino más bien de que trabajaban demasiado».

Trata a continuación de varios casos de préstamo con interés, de alquiler, de venta de grano, de préstamo gratuito y de esponsales. Sus consejos llevan la marca del buen sentido, pero también de la larga práctica de la enseñanza de la teología moral. Por fin va a usar de su autoridad para obligar a su compañero a tomar descanso. «Le ruego que obedezca al médico, ya que quizá no me ha obedecido a mí. Ahora haga penitencia por el exceso de trabajo: porque el que vive de médicos, vive de miseria. No emprenda ningún trabajo hasta que haya recobrado las fuerzas».

En otra carta, el Padre Clet señala al Padre Song la llegada del Hermano Wang quien será prácticamente el ecónomo de la residencia.

Por el correo Yuen, le envía un poco de dinero y un bote de rapé. Le comunica la curación milagrosa del Padre Dumazel con fecha del 27 de septiembre de 1808. Espera verle llegar pronto.

En junio de 1809, vuelve a poner en claro el estado de extrema pobreza de la casa: *«Aquí somos muy pobres. Hemos recibido poco dinero de Pekín; tenemos que construir una casa; tenemos que hacer de continuo un envío de dos hombres a gran distancia...; el gasto de la residencia es grande, los pobres son sin número...: juzgue por ahí nuestro estado de indigencia...»*.

Le pide también, y eso en repetidas ocasiones, que le envíe cera. Tenemos gran necesidad de velas; como me he enterado, no sé por quién, de que a usted no le faltan, le ruego me mande las que pueda...». Le vuelve a hablar de ello en la carta siguiente.

Las cartas de septiembre y octubre de 1809 piden al Padre que redacte un informe un poco preciso de sus actividades apostólicas, como deben hacerlo todos los

misioneros, para enviárselo al Vicario Apostólico «según se practica en todos los vicariatos apostólicos de China».

Se trata de enviar a dos correos a Setchuen para ir a buscar al Padre Dumazel, y de acoger a un nuevo hermano de comunidad enviado de Pekín. Un joven que piensa consagrarse a Dios es confiado al catequista Quon para que le instruya, pero éste se encuentra muy enfermo.

En noviembre, los correos para Setchuen ya han salido y se espera al Padre Dumazel para marzo de 1810. Se queja de haber edificado, empujado por los cristianos, una casa cuya construcción no era necesaria, habría bastado con una cocina, pero ya está construida y el Padre Song se aprovechará de ella. El Padre Clet se siente preocupado por una tierra que está en venta en medio de las tierras de los cristianos, hay que evitar que sea comprada por paganos, que haya que pagar un precio superior a su valor.

En otra carta, el Padre Clet cree que su compañero se ha gastado una gruesa suma en el entierro de Lorenzo Yuen, hombre de confianza y cuyo hijo sirve a veces de correo a los misioneros. 14.000 denarios es mucho siendo así que 12.000 han sido suficientes para los funerales de 3 misioneros.

El Padre hace luego largas consideraciones sobre la venta de los granos y su justo precio, teniendo en cuenta los gastos de transporte y conservación.

En otra carta trata de un matrimonio secreto, que el Padre Song deberá hacer público organizando una ceremonia de bendición nupcial.

En la extensa carta del 3 de julio de 1810, el Padre Clet cuenta a su compañero que ha estado a punto de «morir de una fiebre tifoidea que en pocos días me llevó a tal estado, que los médicos desesperaron de mi vida, pero un sudor muy abundante vino tan afortunadamente en su ayuda, que el Padre Ho, a quien yo había enviado a buscar para que me administrara los últimos sacramentos, me encontró al llegar fuera de peligro... *“Sólo me queda de esta enfermedad una debilidad y una inflamación de piernas, que no me permite largas caminatas a pie; por ahora sólo puedo hacer 20 o 30 Ly... . Por fin el Padre Dumazel... llegó a nuestro castillo de paja el 3 de la tercera luna de marzo, como estaba previsto)... Me parece de una salud muy delicada, y que necesita muchos cuidados. Sin embargo es muy ardiente, y requiere más la brida que las espuelas. Él querría andar siempre a galope tendido; si es detenido en su marcha, se entristece y cae fácilmente en la melancolía. Se lo he advertido.... Sin embargo, pronto se hará con la lengua, ya que habla mucho, y no son los libros los que forman en esta lengua que no tiene gramática...».*

Ya se siente muy reconfortado el Padre Clet con la llegada del Padre Dumazel cuyo ardor apostólico no deja de admirarle.

Al Padre Song, que muestra ciertas dotes para la relojería, le dice que ha mandado traer de Cantón un reloj que, a juzgar por el aspecto, le parece bueno, «el mío no contiene las ganas de ir a todo galope, hasta adelantarse al sol dos horas al día ...».

Le habla de la necesidad de abrir un colegio en la provincia pues dentro de poco será demasiado tarde: pone al Padre Lamiot en el proyecto. Espera verse por fin exonerado del cargo de superior de la misión, pero este deseo no se verá satisfecho.

Reitera por fin su afecto por el Padre Song: «No dejo de pensar todos los días en usted y en su familia...».

El 11 de junio de 1810, el Padre Clet se felicita de ver muy pronto a toda la comunidad de los misioneros reunida. *«El Padre Durmazel le saluda con todo el afecto, a la espera impaciente de que tengamos el placer de verle en nuestra*

residencia, donde nos proponíamos vernos todos reunidos para pasar el tiempo de los grandes calores. El Padre Chen está de vuelta: el Padre Ho llegará de Fang-hien dentro de diez días lo más tarde; yo me recogeré una vez acabada la visita de Chang-pe-yu-keú. ¡Cuánto no aumentaría usted nuestro gozo, si pudiese ser el quinto en nuestra comunidad!... Sí, me he enterado de que estuvo usted indispuerto, pero ignoraba que su enfermedad fuera peligrosa y de larga duración... Me limito a rogarle que vuelva, cuando pueda hacerlo sin daño de su salud».

El 25 de julio de 1810, dice al Padre Song: *«Desde hace algunos días estamos 4 misioneros en la casa, todos los cuales le saludan con gran afecto y suspiran por su regreso, y les apena que su débil salud sea obstáculo a un pronto retorno».*

El Padre Clet pide a su hermano de comunidad que traiga a la residencia central el maletín de misa de que se sirve. *«Si vuelve aquí, sin el maletín de misa, se hallará sin este artículo indispensable de un misionero...».*

Era un maletín que contenía todo lo necesario para celebrar la misa: los misioneros se sirven todavía hoy de este maletín, análogo al que utilizaban los capellanes militares, durante la guerra. El 7 de septiembre de 1810, el Padre Clet se extraña de que su hermano no haya vuelto aun: *«Como no me habla de su salud, presumo que está restablecida y de ello me alegro. Habría sido mi deseo pudiese venir a la residencia antes del fin de la 8ª luna, porque si su regreso se atrasa hasta esa fecha, ello va a ser causa de que no encuentre en casa más que al Padre Dumazel... Le diré en voz baja que todo el mundo aquí se extraña mucho de su prolongada ausencia y yo le disculpo por la debilidad de su salud... me imagino que habrá hecho lo que ha podido y debido, pues conozco la delicadeza de su conciencia...».*

Casi seis meses más tarde, el Padre Song no ha vuelto todavía a la residencia central. El Padre Clet le escribe el 12 de febrero de 1811 poniendo como dirección: *«Para el enfermo señor Song».* Va a ponerle al corriente y a animarle: *«Comienzo esta carta a las 11 de la noche, antes de salir mañana para Ma-kia-lu en una hermosa carroza arrastrada por dos bueyes. Así mientras su salud descansa, la mía se pasea y recorre las vastas planicies de Ho-nan. Y usted, trabaje para recobrar la salud, y someterse en todo a la voluntad de Dios... Deseo la salud, pero con moderación y sin impaciencia... Nada mejor que lo que Dios quiere... Se encuentra en Hoang-chan-ya. Deseo que la proximidad de los médicos acelere su mejoría. Yo soy de diferente sentir, cuando estoy enfermo prefiero estar en mi casa que en la de otros. Y si su mal empeora le aconsejo que vaya a nuestra residencia donde encontrará auxilios espirituales que no tendrá ahí».*

En la correspondencia que hemos recorrido hasta febrero de 1811, no hemos hallado nada de persecuciones o molestias administrativas, pero en el curso de este año de 1811, el Padre Clet parece temer que sus cartas son interceptadas, por eso usa de medias palabras escribiendo al Padre Son- en diciembre 19 sobre las distintas misiones. Habla de la misión en general como de una empresa comercial. *«El mandarín no ha publicado, por ahora, el decreto imperial contra los pastores y sus ovejas. Así que entre nosotros todo sigue su curso ordinario. Sin embargo tenemos nuestros temores; el negocio de Babilonia (se trata de la Misión de Pekín) está que se tambalea. La tienda Occidental (La Iglesia de Sitang) se ha cerrado, los fabricantes (los misioneros) han vendido todo y se han retirado por su propia iniciativa. La tienda Oriental (Iglesia de Tongtang) y la Meridional (Iglesia de Nantang) han vendido también todos sus efectivos y los fabricantes están prestos a partir a la primera señal. La tienda Septentrional (Iglesia de Petang) sigue su curso ordinario; sólo ha despedido a uno de sus alumnos por razones*

de salud, incluso ha enviado algo de dinero para sostener su comercio interior (es decir, la misiones del interior), que sin auxilios apenas habría podido subsistir. Yo le enviaría un pequeño subsidio para sostener su comercio, pero el hambre que reina por aquí hace que los caminos no sean seguros... El comercio de dicho señor Ho no marcha: su tienda cerró hace dos meses. Acabo de escribirle para que si su comercio continúa cerrado, se vuelva a ayudarnos a hacer el nuestro que tampoco anda muy boyante...».

Desaconseja formalmente al Padre Son- que se exponga a ser detenido: *«No está obligado a ir a presentarse ante el mandarín inútilmente, para fortalecer en la fe a algunos cristianos débiles.... pues apenas habría pronunciado una o dos palabras, cuando sería detenido con gran detrimento del mayor número de sus ovejas privadas con ello de su pastor. Antes bien escóndase, para volver a aparecer en tiempo después...».*

El Padre Clet ha sido víctima de habladurías ante el superior de las misiones, el Padre Ghislain en Pekín: le han acusado *«de que yo impongo a mis hermanos de comunidad un trabajo por encima de sus fuerzas, capaz de arruinar la salud más robusta y que no les concedía descanso alguno.... Pero examino mi conciencia y me parece que no he tenido nunca la intención de arruinar la salud de mis hermanos con trabajos superiores a sus fuerzas. Le ruego pues que cuide de su salud... en China, sobre todo, donde los sacerdotes son raros, es mejor vivir que morir por la gloria de Dios...».*

Estos consejos llenos de sabiduría, el P. Clet los aplicará a sí mismo durante la persecución que más tarde le conducirá a su arresto y muerte.

El 6 de septiembre de 1812, el Padre Clet informa su compañero de los comienzos de persecución acontecidos en la región. Ciertos rumores acusaban a los cristianos de querer organizar una revuelta el 15 de agosto. Una intervención ante el mandarín, de un representante de los cristianos y de dos catequistas, demostró que era pura calumnia. Pero el representante de los cristianos recibió sin embargo 50 bofetadas porque no quería renunciar a su fe.

En esta misma carta el Padre Clet dice: *«Ya comprende bien que en la crisis en que estamos, todos nos hemos escondido y los efectos de la casa están en lugar seguro... Nosotros estamos bastante bien todos, pienso yo. Durante la cuarta luna tuve una terrible hemorragia que me hizo perder por la nariz al menos cinco libras de sangre. Ya me he repuesto....».*

El Padre Clet da consejos prácticos al Padre Song para hacer vino, una cosecha de uva, porque el vino que llega de Europa está casi agotado. *«Sin noticias de la Babilonia. Pienso que, si hacia el fin de la... luna no recibimos, habrá que enviarles las nuestras y a la vez conocer las suyas y pedirles alguna ayuda de dinero, porque el hambre que se hace sentir por aquí durante 5 ó 6 meses nos ha empobrecido mucho...».*

La carta de finales del 1812, cuenta al Padre Song un hecho dramático distinto. Un muchacho falto de honradez, Francisco Lo, estaba al servicio del Padre Chen quien, engañado en un principio, acabó por despedirle. Se presenta al Padre Ho, luego viene a la residencia central. Pronto acaba por quererse hacer dueño de todo, hasta llega a pegar fuego a la casa. El Padre Clet le da 40 taéls para que se marche. El va y se gasta ese dinero con prostitutas en Lao-He-Ku. Entonces, reducido a la mendicidad, vuelve con un compañero de juergas, y pretende de nuevo meterse en todo. Amenaza con denunciar a los cristianos. Varios de ellos, 6 ó 7, consiguen apresar al energúmeno y lo llevan maniatado al tribunal de la ciudad. Él continúa con sus amenazas, de suerte que, por la noche, según caminan, sus guardianes lo estrangulan y lo entierran. Algunos acusaron al Hermano Wang de esta desaparición, pero es pura calumnia.

Además, el percance no trajo consecuencias, ya que «siendo el occiso de un país muy apartado, nadie se interesa por él y no son de temer consecuencias...».

El Padre da luego su parecer sobre asuntos de herencia, procesos y tasas abusivas en préstamos a interés. Desaconseja al Padre Song, el someterse a un examen que le valdrá un botón, es decir, un título de primer grado en educación. Los gastos serían demasiado elevados.

A pesar de la parsimonia recomendada por el Padre Clet para el uso de los Santos Oleos, la reserva se ha agotado: «No tengo Santos Oleos, a pesar de haberlos pedido tantas veces a los habitantes de Babilonia (Pekín) ...».

La última carta dirigida al Padre Song fue escrita en diciembre de 1815, o sea más de dos años y medio después de la penúltima.

El Padre Clet envió al Padre Song Santos Oleos. Esta carta ofrece al Padre Clet la oportunidad de hablar de sus hermanos dispersos. El Padre Chen está en Kiang-si, el Padre Tchang en Kiarignan, el Padre Tchin en Honan, y el Padre Song en Chan-Tsing-Hien. Los Padres Ho y Dumazel parecen seguir en el mismo lugar con el Padre C'let. Dice a propósito de ellos: *«El Padre Ho no goza de muy buena salud para arreglar el reloj. El Padre Dumazel y el Padre Chen se quejan también de la enfermedad de sus relojes: así que un poco de paciencia. Os enviamos dos botellas de vino, pañuelos, papel de aluminio. Mi plan para ir yo mismo la primavera próxima a casa de Tso-ling a visitarle, y después de algunos días de descanso volver a nuestra residencia. Pero el Padre Dumazel piensa que soy demasiado viejo y demasiado necesario aquí para emprender este viaje: es de parecer que le enviemos a nuestro recién llegado el Padre Chen. Nuestros hermanos de comunidad presentes, los Padres Dumaziel, Ho, Chen le saludan amigablemente, y yo en particular, quien le felicita por la cruz que el buen Dios le ha enviado y porque para nuestro consuelo le ha librado de las garras del león que parecía le iba a devorar...».*

Esta última frase parece hacer alusión a pruebas, de las que el Padre Song fue víctima, quizás pruebas de salud, mas puede aludir también un período que le exponía a un comienzo de persecución.

NOTAS SOBRE ESTA CORRESPONDENCIA

El conjunto de estas cartas, conservadas por el Padre Song, cubre un período que va del 10 de junio de 1804 al 28 de diciembre de 1815, o sea algo más de once años.

Los intervalos entre estas cartas varían desde algunos días a más de dos años. Con toda seguridad, algunas se han perdido, pero su frecuencia dependía también de oportunos correos, que hacían el trayecto de una misión a otra. Con frecuencia un correo traía una carta del Padre Song, que planteaba a su superior una serie de casos de conciencia. y el mismo correo llevaba luego la respuesta del Padre Clet, manera de actuar nos hace pensar en Moseñor Camus. Joven obispo de Belley, quien mantenía a un criado para llevar hasta Annecy las cartas en las que pedía consejos prácticos al obispo vecino, Francisco de Sales, a quien tenía en veneración. Dicho criado esperaba la respuesta del santo obispo de Ginebra, y se volvía con ella a su amo en Belley.

Aunque no tengamos las cartas del Padre Song, el conjunto de las cartas del Padre Clet nos describe, casi día a día, la vida de la misión con sus preocupaciones apostólicas, la solicitud por la salud de los misioneros, las amenazas de persecución, los casos prácticos en los que el misionero debía jugar el papel de cuasi juez de paz entre los cristianos, los casos de esponsales o de matrimonio en los que las viejas costumbres paganas se

enfrentaban a las exigencias cristianas, a cuestiones testamentarias, de compras o de préstamos a interés excesivo. La larga experiencia teórica del antiguo profesor, y la práctica del viejo misionero, le ayudan a dar respuestas plenas de medida y de prudencia.

IX.- LOS AÑOS TERRIBLES

Un comienzo de persecución se perfiló en 1811. Se detuvo a un sacerdote chino: llevaba consigo papeles que detallaban los poderes espirituales recibidos de su obispo, el vicario apostólico de Chan-Si, para ciertos distritos. Los mandarines, suspicaces, vieron ahí un plan de los europeos para sustituir a los gobernadores de las ciudades por hombres de su elección. Se pretendió ver en ello un vasto complot contra el poder imperial. El culpable fue encarcelado. Era deseo del emperador Kia-King que volviesen a sus países todos los misioneros europeos, menos tres miembros del Tribunal de Matemáticas. Vicencianos portugueses. Los españoles e italianos, misioneros de la Sagrada Congregación de Propaganda, abandonaron Pekín. En cuanto a los Vicencianos franceses, protestaron contra las calumnias y permanecieron en sus puestos. Este principio de persecución tuvo algún eco en provincias, aunque en la mayoría de ellas no se dio publicidad a los edictos contra los misioneros. El Padre Clet mismo lo dice en una carta al Padre Song: *“El mandarín de Hien no ha publicado, por ahora, el decreto imperial contra los pastores y sus ovejas. Así que entre nosotros todo sigue su curso ordinario. Sin embargo tenemos nuestros temores...»*.

En efecto, un cristiano fue cruelmente castigado por negarse a repudiar su fe. No se sabe, dice el Padre Clet, si el dinero podrá detener esta persecución, pero los cristianos son muy pobres. Las cosas acabaron por apaciguarse.

En la correspondencia de nuestro misionero, entre las cartas que se as han conservado, tenemos un vacío de cuatro años. Había escrito el 28 de diciembre de 1815 al Padre Pablo Song, y la primera que tenemos después de aquella es una carta escrita al Padre Lamiot en Pekín, n marzo de 1819.

El Padre Lamiot es a la sazón superior de los Padres Paúles en China, muerto el Padre Ghislain en agosto de 1812. Durante estos cuatro años la vida de la misión ha sido normal. El Padre Clet está con el Padre Dumazel, cuya salud ha continuado siendo frágil. Éste conserva un ardor misionero tal, que el Padre Clet se las ve y se las desea para frenarle. Dirá con humor que «le era más penoso dirigirle a él, que a toda la provincia de Hu-Kuang». En diciembre de 1818, durante una gira misionera, enferma de tifus el Padre Dumazcl, que morirá lejos del Padre Clet, aunque asistido por el Padre Son'. El servicio de los diversos distritos misioneros, cuyo jefe de misión era el Padre Clet, quedaba asegurado por hermanos de Congregación chinos en número de siete, de quienes el Padre habla muy bien, pero ya los mencionamos antes.

LA GRAN PERSECUCIÓN

Tuvo como ocasión un fenómeno atmosférico que causó espanto en la Corte de Pekín. *«El 14 de mayo de 1818, entre las 5 y 6 de la tarde, densas tinieblas cundieron de repente por la capital y sus alrededores, acompañadas de un fuerte viento sureste y de lluvias torrenciales. Dos intervalos luminosos rasgaron las tinieblas: el ciclo se puso rojo, y la atmósfera estaba infecta. Truenos frecuentes aumentaron el horror de*

este espectáculo, y el aire no recobró su serenidad hasta pasar tres tormentas sucesivas». El emperador, atemorizado, consulta sin éxito a magos, adivinos y letrados sobre la causa de tales fenómenos, y el 25 de mayo publica el decreto siguiente:

«Ayer a las 5 h. 3/4 de la tarde, se levantó un fuerte viento del lado sureste, iba acompañado de lluvia y produjo tinieblas tan densas que, en el interior de las casas, con las lámparas encendidas, apenas si se reconocían las personas. El terror producido por este fenómeno tan extraño, no nos ha dejado descansar en toda la noche siguiente. La hemos pasado examinando con el mayor cuidado por qué motivo querría el Cielo asustarnos con un prodigio semejante, pues según la doctrina de los antiguos, las tinieblas causadas por el viento presagian comúnmente alguna gran desgracia, algún azote del Cielo».

El emperador se pregunta si no será él mismo culpable de negligencia en el gobierno de sus estados, e inquiera de sus mandarines si, en el desempeño de su cargo, no han incurrido en descuido o malversación. También advierte el emperador que, *«soplar el viento del sureste es señal bastante probable de haberse cometido en esa materia alguna grave infracción la que los mandarines, remisos en el cumplimiento del deber, han ignorado, y que enciende la cólera del Cielo».*

Como nadie encuentra solución a estas cuestiones, se acusa a los cristianos de provocar estas amenazas del Cielo. Los consejeros del emperador son de parecer que deben relanzarse las persecuciones contra los cristianos y los misioneros...

UNA EXISTENCIA DE PROSCRITO

Las primeras provincias donde ardió de nuevo la persecución fueron Hu-Kuang y Setchuen. En esta segunda provincia, cuatro sacerdotes chinos, detenidos hacia finales de 1818, fueron condenados al exilio.

En Hu-Kuang, fue detenido el Padre Chen cerca de Ku-Tching a principios de 1819. He aquí lo que escribe el Padre Clet al Padre Lamiot, en marzo de 1819: *«Nuestra primera cruz es la muerte del Padre Dumazel, en el Chang-tsin-hieu, quien se ha visto asistido en sus últimos momentos por el Padre Song. Pienso que el buen Dios ha querido ahorrar a su gran sensibilidad el dolor de ver la devastación espiritual y corporal de nuestras cristiandades de Ku-tching. Nuestra segunda cruz es la captura del Padre Chen: ha sido vendido por un nuevo Judas en 20.000 denarios a algunos pretorianos y grupos canallas, que abundan en China, conocidos con el nombre de Hong-kuei (secta secreta que hacía ay agosto). Ha sido conducido a Ku-Tching, de allí a Utchang-fu con 15 o 18 cristianos, apresados casi al mismo tiempo. Su suerte no está todavía definida. Este es el origen de la persecución que acabamos de soportar, y que comenzó los primeros días de la primera luna del presente año. Un pagano, conocido de todos por ser un mal tipo, que me acusó hace de 7 u 8 años y no recibió otra recompensa que veinte bofetadas, ha tomado este año un camino más eficaz; ha quemado su casa y ha acusado de ello a dos familias, a mi instigación; también lo ha hecho con el Padre Ho y el Padre Ngai. Este último huyó desde el primer momento sin decir palabra a Chang-tsing-hien. Esta absurda calumnia ha recibido crédito en el pretorio; la captura del Padre Chen, que tuvo lugar pocos días después, ha envenenado el asunto. El mandarín mandó a más de 200 pretorianos a nuestra residencia un domingo en el momento de la celebración de la fiesta. El Padre Ho se encontraba solo, le hicieron desalojar rápido. Devastaron la casa, quemaron maletas y armarios, se llevaron cuanto quisieron y se marcharon. Esta persecución no*

habría tenido grandes consecuencias si el mandarín se hubiera metido sólo en este negocio; pero el mandarín militar quiso tomar parte en ella, aunque no fuera parte de su competencia. Envió en diversas ocasiones a 200 ó 300 soldados para buscar a este Sy-yang-gin (este Europeo, el beato Clet); puso precio a mi cabeza y prometió 5.000 taéls y el botón a quien me prendiera. La avidez de una bicoca tan grande puso en actividad a los pretorianos, a los soldados, a los Hong-queoi, a los paganos del vecindario y hasta a algunos malos cristianos que se pusieron a registrar las casas, las chozas, las grutas, las cavernas y todos los subterráneos conocidos. Este registro policial fue tan escrupuloso que duró casi un mes...».

Ya se encuentra nuestro pobre misionero obligado a llevar una vida de proscrito, a escapar de escondite en escondite, siempre con el temor de ser descubierto y capturado. Sabe que le han devastado la misión, que sus hermanos de comunidad andan dispersos, y que están también en peligro de ser apresados. La relación de sus aventuras que hace al Padre Lamiot continúa: *«El Padre Ho y yo recorrimos no sé cuántos antros y cavernas que no eran visitadas hasta que nosotros habíamos salido para ir a un lugar más seguro. No puedo dejar de reconocer y admirar la influencia de la divina Providencia que, sin milagros, nos advirtió de forma parecida si no milagrosa que saliéramos lo antes posible de una caverna subterránea, de diez pies de profundidad donde creían que estaba seguro; hacía once días que vivía allí, cuando al ponerse el sol mi compañero de ermita trepó hasta un agujerito por donde se veía la ruta. En ese instante oyó a un caminante que dijo en voz alta: "en esta caverna hay alguien escondido porque la piedra que cierra la boca está limpia". Consideramos estas palabras como un aviso del cielo; teníamos que quedarnos allí uno o dos días todavía, pero una vez llegada la noche cerrada, nos dimos prisa a emigrar, y al otro día por la mañana la caverna fue visitada por un Fouyé (oficial subalterno) en compañía de dos paganos. Libres por la amable Providencia de un peligro tan inminente, se lo agradecí lo mejor que pude, y lleno de confianza en Dios empleé sin temor dos noches para salir de un país donde no podía estar por más tiempo sin temeridad y me embarqué para ir a Ho-nan, de donde tengo el honor de escribirle».*

El Padre Clet, pues, anduvo errante, de refugio en refugio, durante unos cuatro meses. Por fin, cansado de ver que no podía ya hacer nada por los cristianos, sin riesgo de ser prendido y de comprometerlos, abandoné de noche la región, para pasar a una provincia vecina en la que piensa estar más seguro, y en la que cree podrá dedicarse a los cristianos. Pero no puede por menos de recordar el desastre que se ha cernido sobre su misión y sus cristianos. *«Los soldados enviados a nuestras montañas se han portado como verdaderos salteadores, devastando las casas rompiendo muebles y robando gallinas, cerdos y cuanto no se había podido sustraer a su rapiña; deteniendo a cuantos hombres que encontraban, los despojaban de sus ropas y los despachaban.... No sólo lo hemos perdido casi todo. Hemos huido con lo puesto. Se llevan mi maleta de misa y la del Padre Chen, y nuestros libros chinos han sido llevados al pretorio, etc...».*

En el momento de estos sucesos, el Padre Clet tiene ya más de 71 años. Para un hombre de esta edad, llevar una vida de proscrito, siempre con la vida en peligro, debió de ser una prueba agotadora. Abriga el deseo bien comprensible de que volviera a tener un poco de tranquilidad. Antes de salir para China, después del saqueo de San Lázaro, el 13 de julio de 1789, el Padre Clet había llevado durante unas semanas una vida errante, y se había enterado de cómo en los años subsiguientes, numerosos sacerdotes en Francia habían arrostrado una vida "sacerdotes refractarios" que se desplazaban de noche, o disfrazados para ocultamente asegurar a los fieles el ministerio, y andaban de escondite en escondite,

siempre temerosos de ser descubiertos y apresados. Este fue el caso del Padre Santiago Perboyre, tío de Juan Gabriel, oculto en la diócesis de Cahors.

En China, el Padre Clet se encontraba en una situación semejante. En una carta al Padre Lamiot, superior en Pekín de todos los misioneros vicencianos, describe el estado de la misión y la suerte de sus hermanos de comunidad. *«La muerte del Padre Dumazel me obligó a enviarle una contraorden. Este suceso, la captura del Padre Chen, el regreso del Padre Ho, nos reduce a cuatro que no es demasiado para H. Q. Y yo, mientras espero regresar a nuestras montañas de Ku-tchin, asumo la administración de Ho-nan. Mi salud aguanta a pesar de los reveses y de mi edad más que septuagenaria...».*

Ahora, en un ambiente nuevo, necesita reemprender la vida normal, por eso pide al Padre Lamiot diversos objetos que le faltan, y dinero del que está totalmente desprovisto. *«Sólo deseo de entre las cosas de aquí abajo un buen reloj como los que nos envió hace dos años; no había más que uno aceptable; los otros se adelantaban una hora al día, luego dos, después todos fueron presa de una fiebre intermitente que los llevo a la muerte. Si tiene algo bueno en materia de reloj es le ruego me lo mande, después del dinero y de las píldoras rojas (Ling-pao). Mis diputados le darán cuenta de nuestras miserias, de las que están más al día que yo, y cuya fidelidad está a toda prueba: no ha sido poco lo que han pasado por nosotros, sobre todo Mo Francisco, quien ha estado vigilando día y noche por mi conservación y la de nuestras cosas... Somos más que pobres, ya que vivimos de prestado... Si el Padre Chen es exiliado lejos necesitaremos darle 100 taéls de viático y también socorros para los otros encarcelados que tendrán lo más probable la misma suerte, sobre todo a 7 u 8. quienes sufren a causa de nosotros. Hasta la fecha incierta de su partida para el destierro, hay que ayudarlos en la prisión...».*

Subrayemos la delicadeza del Padre Clet, que piensa de modo particular en los que están presos y sufren por la adhesión a su fe y a su misionero.

Pide finalmente al Padre Lamiot que le obtenga del obispo una renovación de la facultad para confirmar y conceder dispensas de disparidad de culto para los matrimonios entre cristianos y paganos. Volverá a ejercer sus funciones de misionero en el sector donde ha hallado refugio. Pero eso no será por mucho tiempo.

LA DETENCIÓN

Desde este refugio en Honán escribe al Padre Lamiot. Ha encontrado hospitalidad en una familia cristiana de la región de Nan-Tchang-Fu, en el pueblo de Kin-Kia-Kang. Allí se siente seguro, al menos relativamente. La familia de la que es huésped asegura no haber en su casa peligro alguno. Era demasiada confianza. Había pensado un momento cambiar otra vez de escondite, para no comprometer a sus anfitriones, y debiera haberlo hecho, mas renunció a ello. En este refugio de Honán estuvo unos seis meses, ejerciendo algún ministerio por los alrededores.

Hacia finales de 1837, el Padre Perboyre escribía desde Honán al Padre Torrette, procurador de las misiones en Macao: *«Aquí estoy con los Padres Song y Pé, en la casa donde fue prendido el Padre Clet. El donante de esta residencia vive aún... Fue inseparable compañero del Padre Clet en las prisiones de Honán y Hupé...».*

Un apóstata al que el Padre Clet había reprochado su conducta escandalosa, juró odio implacable a los misioneros. Ya había denunciado a los mandarines y hecho arrestar al Padre Chen. Recibe por ello una fuerte recompensa, lo que agudiza su encarnizamiento. Odia al Padre Clet, que es para él un reproche viviente. Sabe que a la cabeza del misionero se tiene puesto un precio de 1.000 taéls, o sea unos 7.500

francos-oro. El rencor y la sed de ganancia le empujan a indagaciones que acaban por dar resultado. Cuando nadie, ni siquiera entre los paganos, quiere mal al misionero, y se guardará bien de denunciarle, él no tiene esos escrúpulos y sin demora informa a la policía sobre el resultado de sus pesquisas.

El Padre Clet presentía que iba a ser pronto arrestado. De acuerdo a la declaración de un cristiano que vivió este día de angustia, el Padre Perboyre escribía en 1837: *«El día mismo en que fue apresado, antes, de haber en la comarca circundante la menor noticia de persecución, él anunció a una persona en vida aún hoy, que ese día vendrían esbirros a prenderle, lo que hizo pensar a esta persona que el Señor le enviado sin duda a su ángel para avisarle».*

Y en el proceso de beatificación, en 1870, otro testigo refiere: *«Un día mientras decía la misa en su capilla de Ku-Tching, llegaron dos pájaros a revolotear y gorjear en torno al presbiterio de la iglesia, en la que acabaron por entrar. Después de misa el Padre los tomó, los metió en la jaula, y dijo a los asistentes: Estáis viendo la imagen de lo que debe sucederme- seré apresado por los esbirros, como yo mismo acabo de hacerlo con estas dos aves».*

Por fin la mañana misma de su arresto, nuestro misionero vio en sueños a un hombre vestido de blanco. En dos ocasiones distintas le llama por su nombre y le dice: «Los esbirros se acercan, ¡levántate!», y como no se despertaba, el joven le asió por el brazo y lo arrastró fuera del lecho diciendo: «¡Están ahí los esbirros y tú duermes!». Era la suprema alerta. Se levantó al punto sin dudar lo más mínimo de que su ángel de la guarda había venido a avisarle del peligro. Los anfitriones le proveyeron a toda prisa de ropas que lo camuflaran. Disfrazado de mercader, con una alcuza en la mano, quiere buscar su salvación en la huida. Pero es demasiado tarde. La casa de sus anfitriones está vigilada por la policía, guiada por aquel traidor odioso. Sin perder un instante su sangre fría, el Padre Clet se presentó por sí mismo a los soldados con calma y serenidad. Reconociendo al traidor en medio de ellos, le dice con una dulce indignación: «¡Amigo mío! ¿Con qué objeto te presentas aquí? ¡Ah, qué pena me das!». «¿Por qué compadecerme y perdonarme? No lo necesito», respondió el traidor. Luego volviéndose a los guardias, que se preguntaban cómo acabaría este diálogo, les dice: ¡Es él, es él! ¡Prendedle!

Los soldados se arrojaron brutalmente sobre él y le golpearon, luego le pusieron cadenas en las muñecas, el cuello y los tobillos. Detuvieron también a los anfitriones y saquearon la casa, al igual que las casas de los cristianos vecinos, con tal ensañamiento, que al decir del Padre Clet, «ya no les quedarán más que los ojos para llorar».

Lo llevaron después a la ciudad vecina de Nan-Yang-Fu, lanzando gritos para soliviantar a los mirones. El triste cortejo atravesó las principales calles y plazas de la ciudad, en medio de gente exaltada, y llegó a la prisión municipal.

EL LARGO VIACRUCIS

Con su arresto, va a comenzar para nuestro misionero un largo calvario, que durará del 16 de junio de 1819 hasta el día de su muerte, 18 de febrero de 1820. El arresto había tenido lugar en el pequeño pueblo de Kin-Kia-Kang, a unos cuatro kilómetros de Nan-Yang-Fu.

San Juan Gabriel Perboyre que, 18 años más tarde, se encontraba en los mismos lugares, escribía: *«Con qué emoción oía yo traer a la memoria al Padre Clet por aquellos que me acompañaban. En este mismo lugar donde me hallo ahora fue cogido preso, y estos mis vecinos más próximos le siguieron por todas las prisiones. Y yo no puedo menos de*

felicitar me, por trabajar en esta porción de la viña del Señor, que él mismo cultivó con tanto celo y éxito...».

El Padre es llevado en primer lugar a la ciudad cercana, lo mismo que los cristianos detenidos con él. Allí compareció ante el mandarín local quien le trató con la más refinada brutalidad. Le hizo recibir 30 azotes con una gruesa correa de cuero hasta el punto de quedarle la cara ensangrentada, mientras él sigue de rodillas sobre cadenas de hierro. El pobre misionero, sin embargo, sacando fuerzas de flaqueza, dice al juez con calma y autoridad: *«Hermano mío, ahora tú me juzgas, pero dentro de poco será mi Señor mismo quien te juzgue a ti».*

El mandarín, furioso por este apóstrofe, replicó: *«¡Pues bien, mientras tanto te voy a hacer dar algunos azotes, y veré cómo me castiga tu Señor!».* No tuvo que esperar mucho el juez, unos meses más tarde, fue destituido y, el mismo día de la muerte del Padre Clet, era también él condenado a muerte, aserrado su cuerpo en dos mitades.

Estaba pues el Padre Clet de rodillas ante el mandarín sobre cadenas de hierro y las manos atadas a la espalda. A una señal del juez, un soldado provisto de una gruesa correa de cuero, le propino de nuevo treinta azotes violentos en la cara. De esta forma su cara se convierte en una llaga, con las mejillas desgarradas y la sangre bajándole por las ropas, pero el paciente no emite queja alguna.

Diez días después, siempre cargado de cadenas, es enviado a la cabeza de partido de la provincia de donde había residido, pero tuvo mucho cuidado de no comprometer a sus hermanos de comunidad o a los cristianos. Hablando de sus sufrimientos dice de sí mismo: *«Me honraron en varias ocasiones con una treintena de bofetadas y de tenerme arrodillado sobre cadenas de hierro durante tres o cuatro horas...».*

De vuelta a la prisión- solía pasar la noche rezando- con grande admiración del carcelero, quien confesó a un cristiano: *«¿Qué prodigio quería entonces obtener este anciano, que ha velado así hasta el amanecer?».* El internamiento en la prisión de Khaü-Fon--Fu duró más o menos un mes, pero fue muy doloroso para el pobre misionero. Él mismo lo describe en una carta al Padre Richenet. *«Llegada la noche, en los días largos y cortos, hay que acostarse y poner una pierna en una traba hasta el amanecer del día siguiente. Esta traba está formada por dos planchas de dos pulgadas de espesor, que el carcelero junta y cierra con candado después de que cada prisionero ha metido una pierna en un agujero formado en redondo, de donde no puede salir hasta el día siguiente al abrir el candado. No es la pierna trabada lo que sufre, excepto de frío para los que no están provistos de buenas medias, es la otra pierna que no se puede extender cuando se quiere y esto, le confieso, es muy incómodo. En la prisión de Ho-nan, donde estuve un mes, existe otra incomodidad no dolorosa, pero muy molesta, es una cadena de hierro que nos ata a todos a nuestra cabecera y no deja levantar la cabeza; sólo podemos, no sin esfuerzos, volvernos de costado y de espaldas».* En esta prisión pasó aproximadamente un mes.

EI TRASLADO A U-TCHANG-FU

En el decurso de un interrogatorio supieron los mandarines que la residencia habitual del Padre Clet estaba en Hu-Kuang, donde habían tenido lugar la mayor parte de sus actividades. Tomaron la decisión de trasladarlo a la cabeza de partido de esta provincia, U-Tchang-Fu, para que fuese interrogado allí de nuevo y finalmente juzgado. La distancia era considerable, de unos 500 kilómetros. El viaje duró veinte días. El preso iba como los grandes criminales, encerrado en una jaula de madera,

con los hierros en los pies, las esposas en las manos, y las cadenas al cuello. Por la noche se paraban en una cárcel. En la investigación que instruye el proceso de beatificación, un testimonio dice que se le vio a U-TchanL-Fu *«con las ropas cubiertas de sangre, por el mal trato sufrido en el camino y los azotes recibidos. Sin embargo, su rostro era alegre, tenía la sonrisa en los labios y no dejaba escapar ninguna queja»*.

Se hallaba entonces en un estado muy lamentable, y hacía esta descripción de sí mismo: *«Se encontraba mi salud en lamentable estado después de la permanencia en la prisión de Ho-nan y el largo camino. Me hallaba entonces en un pobre estado, una gran delgadez, larga barba que hormigueaba de piojos, con una camisa bastante sucia sobre un pantalón del mismo calibre, lo que preconizaba a un hombre pobre que no tenía un céntimo....»*.

Debía ser internado en una prisión donde ocuparía solo una celda, pero ante su triste estado, los carceleros no quisieron recibirle. Cayó en otra prisión en la que encontró a su hermano de comunidad detenido hacía varios meses, Padre Chen, y a un grupo de diez cristianos.

Escribe al Padre Richenet: *«Esta negativa hizo que me llevaran a una prisión vecina, donde recibí el consuelo de encontrar al Padre Chen y a diez buenos cristianos todos reunidos en una habitación donde hacemos en común las oraciones de la mañana y de la tarde y de las fiestas, sin ser molestados por los carceleros ni por una multitud de paganos prisioneros que ocupan otras habitaciones que dan a un vasto patio, donde cada uno es libre de pasear desde el amanecer hasta la noche. Al ver esto, le confieso que no pude menos de derramar lágrimas de consuelo y alegría, al ver el cuidado paternal del buen Dios para con su indigno servidor y sus fieles hijos... Todos hicimos la confesión y el Padre Tchin, que continúa en secreto visitando a los cristianos de los lugares circunvecinos de esta ciudad, celebró la misa en una casa poco distante, y nos trajo la sagrada comunión sin que se enteraran nuestros convecinos»*

LA IMPLICACIÓN DEL PADRE LAMIOT EN EL PROCESO DEL PADRE CLET

Al morir el Padre Ghislain, superior en Pekín de los Vicencianos de China, fallecido el 12 de agosto de 1812, le había sucedido en el cargo el Padre Lamiot.

Pues bien, al registrar la residencia del Padre Clet, los esbirros del mandarín descubren tres cartas del Padre Lamiot al Padre Clet. El pobre misionero no puede negar su autenticidad. El mandarín mandó un informe a la Corte Imperial, y el Padre Lamiot fue arrestado a finales de junio de 1819, cuando estaba en la casa de campo de los misioneros. Soportó primero cuatro meses de prisión en Pekín. Luego debía ser trasladado a U-Tchang-Fu para ser confrontado con el Padre Clet. Cuando el Padre Clet supo esta enojosa consecuencia, su conciencia se sintió devorada por los escrúpulos, pensando que había sido, por una imprudencia suya, el causante del arresto del Padre Lamiot. Eso fue su tormento durante varias semanas. Pidió perdón al Padre Lamiot por haberle comprometido. El Padre Lamiot dijo a su vez que su arresto se debía a la denuncia del traidor que había vendido ya al Padre Chen y luego al Padre Clet.

En una carta a su hermano, también paúl, director del colegio de Aire-sobre-el-Lys, el Padre Lamiot cuenta cómo le encarcelaron en Pekín después de ser arrestado el Padre Clet, con quien había mantenido correspondencia y a quien había ayudado con dinero y personal. Durante su estancia en la cárcel de Pekín, fue sometido a varios interrogatorios,

algunos muy largos, uno de ellos hasta casi de diez horas. Creyéndose necesaria la confrontación con el Padre Clet, se le remitió a U-Tchang-Fu. Fue una marcha ostentosa. Así describe a su hermano la caravana: *«Una enorme carreta tirada por tres bueyes y dos caballos, conducida por dos carreteros, dos criados, y una mula ensillada que debía servirme cuando me sintiera fatigado de la carreta, no era más que una parte de mi acompañamiento. El gobierno me concedía además un soldado, un guardia, y una segunda carreta en la que se debía colocar un lote de mi equipaje... Se me trató en todo con los respetos que se demuestra a los mandarines: en ningún lugar conocí cadenas, ni prisión. Me alojaba siempre en los albergues, como un simple viajero... Hubimos de atravesar montañas inaccesibles, donde encontré precipicios y abismos que sobrepasan la imaginación de los poetas. Este trayecto no fue nada en comparación de los parajes fangosos que nos tropezamos a la salida de las montañas. De nada sirvió ya la carreta ni la mula de cabalgar. Me ofrecieron ir en litera, pero compadecido de la suerte de los portadores, quise hacerlo por mi propio pie. Con el barro hasta las rodillas, a menudo dejaba el calzado hundido. Cuando se resbalaba, caía todo lo largo que soy. Mi débil soldado venía a ayudarme, y también él se caía, y yo tenía que levantarlo. Hacia Navidad, llegamos por fin, a fuerza de fatigas y de constancia, a dos días de U-Tchang-Fu».*

A dos días de marcha de U-Tchang-Fu, hacia Navidad de 1818, el Padre Lamiot escribe al Padre Clet para anunciarle su próxima llegada y para entenderse sobre las respuestas que darían ante los jueces. Recibió una respuesta que resume en estos términos: *«Recibí de él la carta mis emocionante: me pedía perdón por haberme comprometido, y aclaraba que se haría cargo de todo, porque si yo no lograba salvar el establecimiento de Pekín, todo se perdería para la religión. Añadía una serie de supuestas preguntas y respuestas que yo debía dar...».*

Pero no se permitió al padre Lamiot ver al Padre Clet antes de su comparecencia ante el tribunal. El Padre Lamiot fue alojado, no en la prisión, sino en un hotel.

En la carta a su hermano paúl, el Padre Lamiot describe su comparecencia ante el tribunal, en compañía de los Padres Chen y Clet: *«Al día siguiente de nuestra llegada, me condujeron al tribunal donde se encontraban ya los Padres Clet y Chen. Después de hacernos arrodillar antes, me preguntaron si conocía al Padre Clet. Respondí que le conocía, aunque su rostro estuviera tan desfigurado que no reconocía ninguno de sus rasgos, pero estaba tan convencido de que era él, que me era posible desconocerle».*

En una carta al Padre Verbert, Vicario General de la Congregación de Misión, el Padre Lamiot da otros detalles sobre este encuentro con el Padre Clet ante el tribunal. No le había visto hacía muchos años, lo que explica también que le haya sido tan difícil reconocerle: *«La primera vez que comparecí en juicio con el Padre Clet, sabía que era él, pero no le reconocí, si bien en las entrevistas siguientes se me presentó claro tal como le había conocido hace treinta años. Y es que su piel era menos delicada y su aire algo rústico, cosas que, como sabe, adquirió recorriendo las montañas y antes no tenía. Me impresionó la sabiduría de sus respuestas. Cuando me obligaron a arrodillarme junto a él, se me echó a llorar... Y cuando iban a golpear al Padre Chen, exclamó: «¿Por qué a él? Yo soy el único culpable». El mandarín le replica «¡Vieja máquina, (esta expresión es una injuria grosera en China), tú has corrompido a demasiada gente nuestra: el emperador quiere tu vida!» Él respondió: «¡Con mucho gusto!» Admiré su extrema sensibilidad hacia el Padre Chen y para conmigo, y su*

intrepidez para el martirio; lo cual me produjo una impresión que no se me borrará nunca del alma».

«A la salida del tribunal -continúa diciendo el Padre Lamiot-, tuve una conversación de unos instantes con un mandarín tártaro a quien yo conocía. Los Padres Clet y Chen se encontraban a mi lado, y dije al Padre Clet «¡Ánimo, yo me encomiendo a sus oraciones! ¿Cómo está'?» Él me respondió sonriendo: «¡Ya no sé hablar francés, ni latín, ni chino!» El Padre Chen también sonreía. Alguien me vio, e inmediatamente nos separaron. Son las últimas palabras que pudimos intercambiar».

JUICIO DEL PADRE CLET SOBRE EL RÉGIMEN DE LAS PRISIONES DE CHINA

En una carta al Padre Richenet, del 28 de diciembre de 1819, el Padre Clet hace un enjuiciamiento de las prisiones de China. Puede hablar de ellas con conocimiento de causa, ya que conoció, según dice, veintisiete.

El Padre Richenet, que había llevado la procura de las Misiones en Macao, volvió a París en 1815. Allí se le retuvo como asistente del Superior General, pero él continuó interesándose por la misión de China.

El Padre Clet le cuenta en primer lugar las diversas etapas de su cautividad. «Yo fui capturado en las proximidades de Nan-yang-fu, en Ho-nan, y de allí llevado a la capital de dicho Ho-nan, donde, después de haberme honrado en varias ocasiones con una treintena de bofetadas y de tenerme arrodillado sobre cadenas de hierro durante tres o cuatro horas, me llevaron a U-tchang-fu por un camino de veinte días, con grilletes en los pies y esposas en las manos y cadenas al cuello, sin otro albergue que las prisiones que se encontraban. Era intención del mandarín enviarme a una prisión, donde sería el único cristiano y habría perecido, sin auxilios, encontrándose mi salud en lamentable estado después de la permanencia en la prisión de Ho-nan y el largo camino: pero la Providencia quiso que los carceleros de esta prisión no quisieran recibirme».

El Padre Clet confiesa que fue bastante maltratado en las prisiones de Honán, pero no se extiende sobre los malos tratos que sufrió, se contenta con notar: «He encontrado en Ho-nan a mandarines bastante duros conmigo...».

El primer mandarín que le había tratado de manera tan cruel fue ejecutado, una vez depuesto y acusado del crimen de lesa majestad, como me lo había predicho el Padre Clet. Con todo, el Padre Clet elogia a los mandarines de Hupé: «Los mandarines de aquí son menos severos, tienen compasión, nos hacen sentar cuando la audiencia es larga, y tres veces nos dieron de comer habiéndose informado por nosotros, si habíamos comido; y una vez nos dieron carne... No sé cuál es el estado de las prisiones de Francia; usted podrá compararlas con las de la capital de Hu-pé.».

Hace una descripción casi idílica de sus días en la cárcel. «Doce táels han hecho caer de nuestro cuello, manos y pies, las cadenas, las esposas y las trabas, en latín c o m p e d e s , si no me engaño. Para eso cada prisionero da más o menos según sus posibilidades. En el amplio patio tienen hornos elevados en los que cada cual cuece el arroz que es suficiente para un hombre que no come mucho. Nos dan en leña, el combustible, y en dinero lo suficiente, para la cocción del arroz. Pero no dan ni aceite ni sal de manera que los muy pobres hacen una comida muy ligera. Pero la mayor parte tienen de casa algunos denarios (5 sueldos de Francia por día), para tener aceite, sal y hortalizas. Los que son más ricos viven como las familias comunes de Europa. Nosotros vivimos en común. Tenemos un recadero que va todos los días al mercado para comprarnos lo que necesitamos de hortalizas, téu-fu (especie de queso de habas), a veces carne, pescado, etc. Los cristianos

de los lugares vecinos nos ofrecen a menudo carne, pescado, fruta de todas clases, etc. Como ve no es como para tenernos lástima. Pero no nos faltan sufrimientos. Llegada la noche, en los días largos y cortos, hay que acostarse y poner una pierna en una traba hasta el amanecer del día siguiente...».

X.- LOS ÚLTIMOS MESES

En carta del 14 de enero de 1820 al Padre Marchini, procurador de la Congregación de Propaganda Fide en Macao, el Padre Clet describe las condiciones de su reclusión: *«Bien es cierto que disfrutarnos aquí de tal libertad, que apenas me convencería de que estoy en la cárcel, si las puertas no estuvieran cerradas. Rezamos por la tarde y por la mañana, celebramos las fiestas en común, predicamos en ellas sin ser molestados por unos cincuenta presos paganos, que bajo un mismo techo Ocupan otras jaulas que nosotros, en chino LofTg. Al contrario, somos quizá los únicos en Hu-pé que celebren las fiestas con tanto atrevimiento y tranquilidad. Admire aquí a la divina Providencia, que contra la primera intención del mandarín ha reunido a dos sacerdotes en una misma prisión con 10 buenos cristianos, a quienes he confesado varias veces y que han recibido con nosotros la comunión de manos de un hermano de congregación nuestro. Hecho tal vez insólito en las prisiones de China....»).*

Sin embargo, está en marcha la justicia china, que proseguirá su ruta. El Padre Clet señala que algunos cristianos se han dejado ablandar y han apostatado, pero no por ello tuvieron mayor suerte, ya que han sido trasladados a prisiones donde les falta de todo. Hubo una sesión general el 1 de enero de 1820. *«Por fin el 1 de enero, buenos y malos, se nos condujo ante el gran mandarín, que presentó a los apóstatas, en un lugar separado del nuestro, carne de cerdo, la que todos comieron, aunque fuera un sábado, cosa que es señal de apostasía; después de lo cual los despidieron a todos para sus casas. Pero se habrían visto reducidos a mendigar el pan si, compadecidos de ellos a pesar de su prevaricación, no les hubiésemos dado unas sapecas para el viaje».*

Pero llega su turno a los restantes, que han permanecido firmes en su fe.

«Luego el gran mandarín hizo comparecer a los cristianos, quienes se negaron a comer carne y por ello fueron devueltos a la prisión. Por fin el Padre Lamiot, el Padre Chen y yo pasamos por uno o dos interrogatorios cada uno. Al Padre Lamiot le declararon inocente y le dieron orden de levantarse. Al Padre Chen, quien corno yo seguía de rodillas, le preguntaron si no quería comer carne; ante la negativa fue declarado en general sujeto a la pena. A mí no me hicieron la misma pregunta. Antes bien, el gran mandarín dijo algo en mi descargo, que indicaba el deseo que tenía de conservarme la vida, y en este sentido escribió al Emperador. Aun así, no me preparo menos a morir en el término de unos 15 ó 20 días. Espero, gracias a Dios, esta sentencia y su ejecución con par, paciencia y tranquilidad, diciendo con san Pablo: *Mihi vivere Christus est et mori lucrurn.*

Una vez declarado inocente, el Padre Lamiot fue conducido en silla de manos a su hotel, pero quedó desterrado de China, y hubo de refugiarse en Macao, donde se encargó de la Procura de las Misiones.

El Padre Chen fue desterrado al occidente chino y de allí a Tartaria, donde cayó masacrado en 1825, en un motín que provocaron rebeldes musulmanes. En cuanto al Padre Clet, escribía a sus hermanos de Congregación portugueses de Pekín: *«No cuento con la clemencia del Emperador: me preparo a morir. Espero, gracias a Dios, este fallo con paciencia y tranquilidad».*

Pese a la benevolencia del gran mandarín, su caso tenía que ser sometido al juicio del emperador, quien debía aplicar la sanción prevista por los edictos contra los misioneros llegados clandestinamente a China para predicar el evangelio. El informe favorable dado por el gran mandarín no había sido suficiente: el emperador debía aplicar las leyes y pronunciar la condena a muerte. El Padre Clet no se hace ninguna ilusión sobre su suerte. Escribe después de la última comparecencia: «Esperamos ahora la decisión del Emperador que imaginamos debe llegar en 5 o 6 días. Ahora bien aunque el Gobernador haya escrito algo en mi descargo, se duda mucho que el Emperador consienta en dejarme vivir. Me preparo pues a la muerte, diciendo a menudo con san Pablo: *Para mí la vida es Cristo y morir significa una ganancia.*

LA BENEVOLUNCIA DE LOS MANDARINES

El gran mandarín estaba impresionado por la irradiación que emanaba del Padre Clet. Se le habían llenado los ojos de lágrimas cuando, al llegar a casa, dijo a su familia: «*Si yo hiciera daño a este hombre, me sentiría desdichado.*»

También los demás mandarines de este tribunal habían manifestado varias veces simpatía a los acusados, suavizándoles la prisión o procurando evitarles excesivas fatigas durante las sesiones ante el tribunal, mandándoles sentar o que les trajesen de comer. Una vez les dieron mil sapecas.

En una carta a sus hermanos de Congregación portugueses, el Padre Olet estima que es preciso manifestar a estos mandarines un agradecimiento, cosa que podría ser útil más adelante, «*He insistido mucho ante el Padre Lamiot, quien piensa como yo, en la necesidad de expresarles nuestro agradecimiento: lo que he hablado también con Melitón Tchang, para que les ofrezca algún regalo y dinero, y no sea mezquino en esta circunstancia. Es, de momento, muy conveniente y hasta indispensable mostrar nuestra gratitud. Además, será muy útil en el futuro, porque tal vez se presente alguna ocasión en que los cristianos tengan necesidad de la protección del mandarín superior, quien estará tanto más dispuesto a ayudarles, cuanto más seguro se sienta de que saben agradecer los servicios recibidos.*»

Sin embargo, el proceso seguía su curso, según las leyes y decretos imperiales en vigor. Efectivamente, el emperador iba a aplicar con todo rigor los decretos, y tal como el Padre Clet lo esperaba, sería condenado a muerte.

A un catequista que venía a visitarle en su prisión le había dicho el Padre Clet, hablando del emperador. «Yo soy juzgado, pero el Emperador que me ha llevado a juicio perecerá pronto, porque se ha colmado la medida de sus pecados».

Concluido el largo reinado de Kien-Long en 1796, gobernó China su hijo Kia-King. A consecuencia de un informe violento y calumnioso, este emperador había adoptado en 1811 disposiciones severas contra el cristianismo, diciendo al hablar de los misioneros, «que había que cortar el árbol de raíz».

Bajo su reinado hubo un estado de persecución larvada, a veces violenta. La muerte trágica que le precedía el Padre Clet sobrevino en unas condiciones que impresionaron la imaginación. Fue alcanzado por un rayo en Yehol el 2 de septiembre de 1820 al volver de Tartaria. El cadáver quedó tan desfigurado, que se consideró su muerte un castigo del cielo por su mala conducta. El Padre Torrette, que era procurador en Macao y superior de los misioneros vicencianos, refiere esta observación que hacían los paganos. «Ved cómo han perecido cuantos persiguieron a esta religión. Desde que se condenó a muerte al viejo

Lieú (nombre chino del Padre Clet), no hemos vuelto a tener buenas cosechas, sino siempre una desgracia tras otra».

EL PADRE CLET EN EL PAPEL DE ÁRBITRO

Desde su prisión de U-Tchang-Fu, esperando a que llegara de Pekín la sentencia imperial, el Padre Clet se ocupó en negociar un arreglo entre sus hermanos de Congregación franceses y portugueses de Pekín, que tenían problemas de entendimiento. Ya hemos dicho que el régimen de la prisión era relativamente liberal, y habida cuenta de la estima que gozaba el Padre Clet entre el personal, carceleros y policías, podía escribir a quien quisiera y recibir a cuantos deseaban verle y hablarle.

Era el más antiguo entre los misioneros vicencianos, y se consideraba su juicio como absolutamente imparcial, por lo que estimó deber suyo el usar de su autoridad, procurando restablecer la paz entre sus cohermanos.

Los Padres Paúles portugueses tenían una fundación en Macao y otra en Pekín, la iglesia de Nantang. Lo que complicaba aún más la situación era el hecho de que el obispo o vicario apostólico de Pekín, un portugués, Monseñor De Souza, residía en Macao y, que el de Nan, era otro portugués, Monseñor Pires, residía en Pekín. Los Paúles franceses tenían también una fundación en Macao y otra en Pekín, la iglesia de Petang. El Padre Lamiot era el único Padre Paúl francés, con residencia en Pekín, quien, una vez desterrado, debía pasar a Macao. Había delegado sus funciones de superior en su hermano de comunidad chino Padre Sué. Para evitar que el gobierno chino se apoderara de Petang, fueron a instalarse allí dos Padres Paúles portugueses, el Padre Serra y Monseñor Pires. Y ahí comenzaron la desunión y la suspicacia entre una y otra comunidad.

El Padre Clet quería aclarar la situación. Constata que el Padre Lamiot tiene la impresión de que los Padres Paúles portugueses maniobran para instalarse definitivamente en Petang. Escribe, pues, al Padre superior de los portugueses: *«Con gran angustia me entero de que el Padre Lamiot no está bien avenido con usted ni con nuestros hermanos de Congregación. Por eso, yo que soy muy viejo y voy hacia la muerte, le escribo para obligarle a hacer desaparecer toda semilla de discordia y conservar con todos ustedes esa paz que sobrepasa todo sentimiento, y les pido que usen de su prudencia, la que me es bien conocida, para hacer revivir entre las dos iglesias hermanas, la de Nantang y la de Pe-tang, esa concordia que está fundada en la caridad y que las unía bajo los Padres Raux y Ghislain».*

Escribe también al Padre Lamiot, que en enero de 1820 se encuentra todavía en U-Tchang-Fu a disposición de la justicia, quien debería, al menos provisionalmente, dirigirse a Pekín. El Padre Lamiot cree que el Padre Clet puede arreglar las cosas, pero éste tiene sus dudas: *«No presumo creyéndome capaz de operar la reconciliación de las dos iglesias. No pensé que las cosas hubieran ido tan lejos: así pues, suponiendo que ellos actuaban de buena fe, les escribí cartas, en parte de agradecimiento, en parte de amistad y exhortación a la paz entre las dos hermanas, de las que la iglesia portuguesa es la mayor... Yo no creo poder por mí mismo concluir este asunto, que usted pone en manos de Roma y de París. Es verdad, con todo, que sería mucho mejor poder cerrarlo sin autoridad mayor, sino nosotros solos: ya que la vía de la autoridad divide a menudo los corazones al dividir los bienes».*

El Padre Clet escribe, pues, una extensa carta a los hermanos portugueses. *«Cuando les escribí por primera vez sabía sólo de manera confusa que existía algún mal entendimiento entre las dos iglesias de Nan-tang y de Pet-ang... por eso, en las cartas, he invocado mi*

edad, yo que soy mucho mayor que ustedes, para exhortarles a quitar, por ambas partes, aquellos obstáculos que impedirían el mantenimiento de la caridad entre ustedes... El angustioso estado del Padre Lamiot me impresionó y, aunque sólo sea en la víspera de mi muerte, he pensado que sería bueno emplear, por así decirlo, el último soplo de vida en restablecer, si puedo, sólidamente la paz entre ustedes. Como sólo la caridad, es decir el amor de Dios y del prójimo, me mueve a escribirles, les ruego que me lean con la misma caridad... A punto de comparecer ante el temible Juez, ¿cómo podría yo obedecer a otro espíritu que no fuera el de caridad?».

El viejo misionero, que necesitaría paz para recogerse y prepararse a la muerte, la que no habría de tardar, va a mezclarse en complicados litigios, para intentar desembrollarlos y restablecer la concordia entre sus hermanos de Congregación. Pero la paz no puede fundamentarse sobre quid-pro-quos, hay que establecer primero la verdad sobre los hechos y los derechos. El Padre Clet sabe cuáles son los puntos contenciosos, y no teme exponerlos con claridad.

Los temas de la disensión no son simples detalles, y el Padre Clet los recuerda netamente. Aquí sólo los enumeramos:

«1.º No tienen ustedes ningún derecho sobre la iglesia y casa de Petang, que nosotros heredamos de los Jesuitas por voluntad del Santo Padre, y donde el Padre Lamiot sigue siendo superior. Nosotros no tenemos pretensión alguna sobre la casa de Nantang, que es de ustedes.

2.º Por testamento, el Padre Villa (hermano de Congregación de origen italiano) dispuso de sus bienes personales a favor de Petang, ¿como es que ustedes los siguen reteniendo?

3.º El Padre Ly, desavenido con su superior de Petang, se pasó a ustedes en Nantang, llevándose de casa bienes considerables, ¿cómo es posible que ustedes no le hayan hecho volver a nosotros con los bienes sustraídos?

4.º El Padre Richenet, nuestro procurador en Macao, envió con destino a Petang una serie de objetos y muebles. ¿Cómo han podido guardárselo todo, sin hablarnos de ello?

5.º El Padre Lamiot había confiado al Padre Sué (hermano de comunidad chino) la dirección de Petang. Pues bien, sin consultarles, han actuado ustedes en la casa de Petang, como si ipso facto se les hubiese confiado a ustedes el superiorato. Se adueñaron de las llaves, revisaron todo, cogieron el dinero y cuanto les convenía. Cuando el Padre Lamiot regrese, denle, como es justo, cuenta exacta de todo lo que han hecho en Petang durante su ausencia. Si el Padre Lamiot les ha causado algún perjuicio, está dispuesto a darles satisfacción. Cualquier cosa que ocurra al Padre Lamiot..., recuerden que los bienes de la Iglesia de Petang no están abandonados, y no les es permitido disponer de ellos a voluntad, sino que son, pese a todo, pertenencia de la misión francesa.

El Señor me es testigo de que cuanto acabo de escribirles, con el corazón lleno de tristeza, no disminuye en nada el profundo respeto y entero afecto en los que soy, Padres, su muy humilde y obediente servidor.

La carta es caritativa, muy humilde y educada, pero ello no impidió al Padre Clet decir con toda franqueza lo que no andaba bien en las relaciones entre las dos casas.

Con su experiencia, el Padre Clet concluye: *«Lo mismo que hay un Dios, una fe, un bautismo, las dos iglesias no serán más que una en el intercambio cíe benevolencia, atenciones y caridad recíproca. Si no escuchan mis ruegos, sus casas no tendrán fundamento en nuestro Señor Jesucristo, caerán una sobre otra y las dos serán destruidas, con gran daño de nuestra santa religión».*

Se realizó, desgraciadamente, la predicción del Padre Clet. A la salida del Padre Lamiot, el Padre Sué traslado las obras de Petan, a Sywantse, en Mongolia, y dejó a los Padres Paúles portugueses la casa, que fue confiscada por el Estado chino y demolida, lo mismo que la iglesia, en 1827. A su vez, Nantang fue confiscado y destruido al morir Monseñor Pires en 1838.

Al Padre Clet le duele en el alma esta historia de desavenencias. De ellas habla al Padre Lamiot en una carta escrita hacia el 10 de febrero, pocos días antes de su muerte. «No obstante manténgase firme en la defensa de nuestros derechos legítimos sobre Petang: caso de que se obstinen, use del conducto de nuestro buen amigo el Padre Marchini para exponer a la Sagrada Congregación la loca pretensión de los portugueses sobre Petang y todo lo que le pertenece. Creo que sería incluso posible, por conducto del Padre Richenet, recurrir al rey de Francia para rogarle que tenga a bien sostener la obra de su bisabuelo Luis XIV en Pekín contra la ambición ridícula de los portugueses: pues me cuesta trabajo creer que Luis XVIII tolere que los portugueses se apoderen de una iglesia en la que Luis XIV hizo tantos gastos».

A continuación da su juicio sobre el emperador: «*Kia-king, está ya viejo; continúa enfermo, según dicen; la pena le corroe; a simple vista, no puede vivir mucho tiempo. Cuando muera, no habrá, creo yo, nadie que le llore. Yo estoy muy lejos de desearle la muerte: que viva y se convierta, jese es mi único deseo!...*».

En una última carta, hacia el 16 de febrero, escribe otra vez al Padre Lamiot:

“Padre y muy querido Superior: bien o mal, creo haber cumplido toda la tarea que me encomendó: no me resta ya más que prepararme a morir, lo que deseo más que vivir... Pero tenga confianza... Por lo demás, sepa que, vivo o muerto, no le olvidaré nunca. Págueme, se lo suplico, con la misma moneda».

El hecho de creerse equivocadamente el Padre Clet responsable de graves contrariedades ocasionadas al Padre Lamiot, su detención, viaje forzoso a U-Tchang-Fu y comparecencia, todo había creado entre ellos una amistad profunda, impregnada a la vez de confianza y de familiaridad. El Padre Lamiot escribía a su hermano: «*El Padre Clet, único hermano de comunidad francés que me quedó, septuagenario venerable, había determinado mi vocación a la China*».

El Padre Clet sabe que no dispone ya más que de unos días, ve también el futuro de la misión, desde ahora enteramente en manos del Padre Lamiot, y asegura a éste su ayuda una vez muerto, igual que lo ha hecho mientras vivía. Se ha creado entre las dos almas una profunda intimidad.

XI.- LA PRUEBA SUPREMA

Se dice que para los condenados a muerte la incertidumbre del día de su ejecución y el período de espera son una prueba tan cruel como la muerte misma. Este no parece haber sido el caso para Francisco Regis. Estaba casi seguro de la imperial condena a muerte, pero no la temía, la deseaba: «*No me queda otra cosa que prepararme a morir, y lo deseo más que vivir... heme aquí, según espero, u poca distancia del puerto*».

Después que compareció ante el tribunal el 1 de enero, y al cabo de otra sesión más solemne pasados algunos días, se envió un correo a la autoridad suprema, al emperador en Pekín, para ponerle al corriente y pura que decidiera él mismo de la suerte que se reservaba al misionero, que se había puesto fuera de las leyes oficiales del imperio.

Mientras llegaba la respuesta de Pekín, el 25 de enero, fiesta de la Conversión de san Pablo, y aniversario también de la fundación de la Congregación de la Misión, el Padre Clet y los cristianos presos pudieron comulgar de la mano del Padre Tchang y, gracias a la generosidad del Padre Lamiot, tuvieron hasta una pequeña fiesta. Eran nueve los participantes en este festín, tres sacerdotes y seis seglares, de los que cuatro vinieron de fuera. En el espíritu del Padre Clet, era una comida de adiós. El Padre Lamiot, en carta a su hermano, confirma el hecho: A la espera de la ejecución, que sólo podía tener lugar después de la confirmación del emperador, el Padre Clet reunió en su prisión a ocho grandes Jefes de cristiandades y les dio sus últimos consejos, en una comida frugal que recordaba los ágapes de los primeros tiempos...».

Durante estos escasos días que le separaban del día fatal, la conciencia del Padre Clet era presa de vivos remordimientos. Se reprochaba constantemente la imprudencia en sus escritos, que habían llevado a arrestar, así lo creía él, al Padre Lamiot, como también la de sus declaraciones al tribunal, que habían sido causa, pensaba, de la detención y pruebas de los cristianos.

De igual forma se sentía entristecido, al constatar que cierto número de cristianos se había acobardado y renegado de su fe. «Ochenta acusados, entre cristianos y paganos, figuraban en este número -escribe el Padre Lamiot-. Veintitrés cristianos, por haberse negado a abjurar, fueron condenados al exilio perpetuo, los otros fueron puestos en libertad. El Padre Clet fue condenado a muerte por haber perturbado a mucha gente... ».

EL DÍA FATAL

El correo que había sido enviado a Pekín, se presentó al caer de la noche el 17 de febrero en el puerto de Hankow y tomó el barco que, atravesando el Yang-Tse-Kiang, cruzaba y recruzaba hasta U-Tchang-Fu, situada en la orilla sur del río. Se dirigió sin demora al palacio del virrey para entregar el correo que venía de la Corte de Pekín. Un escrito firmado con tinta roja, de la mano misma del emperador, condenaba a muerte al viejo Liéu. Las respuestas del emperador iban todas firmadas con tinta roja.

Ésta decía: «*Chang-Yan-Hang, (el presidente del tribunal de U-Tchang-Fu) me informa que ha dictado sentencia contra Liéu Francisco, que predicaba y profesaba la religión cristiana. Habiendo entrado en secreto este europeo en el interior del imperio, y cambiándose de nombre y sobrenombre, predicaba y enseñaba su doctrina, engañaba a mucha gente y por ello había razón para mandarle estrangular...*». Trata luego el caso del Padre Lamiot, a quien destierra a Cantón, y de allí a Macao, para hacerle regresar a Europa. Pero al mismo tiempo le condecora con el título de *mandarín*.

La orden llegada de Pekín debía llevarse a cabo con el menor retraso, sin esperar siquiera al día siguiente. Esa era la costumbre.

LOS ÚLTIMOS MOMENTOS EN LA PRISIÓN

Nada más llegar el correo imperial, el virrey, una vez enterado de la decisión del emperador, envió a una cuadrilla de soldados a la prisión entrada ya la noche. Al verlos, el Padre Clet comprendió de qué se trataba. El jefe del grupo ordenó que le siguiera. El Padre Clet le preguntó entonces: «¿Me volverá a traer aquí?» Desconcertado ante tanta resignación y dulzura, el militar no sabía qué decir. El Padre Chen le sacó del apuro, diciéndole que no debía temer anunciar sin ambages al Padre Clet que venía a buscarle para conducirlo a la muerte, porque los cristianos, y sobre todo los sacerdotes, no temían a la muerte. El oficial dijo entonces con

esfuerzo lo que tenía que decir. El Padre Clet le escuchó con calma, luego pidió a los soldados que le concedieran unos instantes. Se arrodilló y pidió al Padre Chen que le diera una última absolución, el Padre Chen lo hizo con los ojos llenos de lágrimas. Quiso luego que se pusiera ropa nueva, que el Padre Lamiot había enviado para que la llevara en el momento solemne en que iba a presentarse ante Dios. Pero él rehusó ponérsela, diciendo que su vieja ropa bastaba para alguien que iba a la muerte como un penitente. Quería practicar hasta el final la pobreza que había acompañado su vida de misionero. Los cristianos se habían agrupado en torno a los dos sacerdotes y todos lloraban.

El Padre Clet les dirigió unas palabras para reconfortarlos. Les dijo que no se afligieran sino, al contrario, que se alegraran ya que tenía la suerte de morir por Jesucristo. Les hizo esta recomendación: «Sed siempre fervientes seguidores de Dios y no abandonéis nunca la fe».

Luego los bendijo por última vez. Conmovidos también, los soldados esperaban en silencio.

LA EJECUCIÓN

Después el Padre Clet se entregó a los soldados, y la comitiva se puso en marcha. No había nadie por las calles, pues era noche cerrada. Salieron de la ciudad por la puerta Tcha-Hu-Men, que da a una cima llamada la Montaña Roja, por el color de la tierra, arcilla roja, y que se encontraba al oeste de la ciudad, el lugar reservado a las ejecuciones tales. Hacía un frío bastante intenso y un poco de nieve cubría el suelo. La noche era oscura y la marcha del pequeño grupo se iluminaba con las linternas de papel aceitado que llevaban los guardias. Cuando las ejecuciones tienen lugar durante el día, no faltan mirones para acompañar al cortejo y asistir al espectáculo, pero era de noche y hacía frío, por eso no había casi nadie.

Se detuvieron junto a un poste de unos dos metros de altura plantado en el suelo. En la parte superior llevaba un travesaño que le daba casi el aspecto de una cruz. El Padre Clet pidió a los mandarines que habían venido a presidir la ejecución, permiso para decir una oración antes de morir. Ellos se lo permitieron sin dificultad. Se puso entonces de rodillas sobre el barro y oró por sus cristianos, por sus hermanos de congregación, por la iglesia de China y por sus verdugos. Levantándose dijo a los soldados: «¡Atadme!» Ellos le amarraron al poste, con las manos por detrás del travesaño de la cruz y atadas a la espalda. Le ataron los pies, uno contra otro y ambos al palo de la cruz, pero recogidos de manera que no tocaban el suelo. Uno de los verdugos le pasó por el cuello una soga que formaba un gran collar anudado a un bastón. Girando con rapidez este bastón, el verdugo estrangulaba al condenado, pero al primer intento, demasiado brutal, la soga se rompió, y la víctima pudo recuperar la respiración. Se necesitó otra soga. Según la costumbre la soga se apretó tres veces, dejando en cada descanso a la víctima recuperar la respiración. A la tercera, el verdugo apretó más fuerte, hasta que la víctima exhaló su último aliento. La lengua le salió de la boca, y vertió una pequeña ola de sangre, que inundó sus viejas vestiduras, mientras su cabeza se inclinaba dulcemente. Las pruebas del Padre Clet habían terminado, todo sucedía la noche del 17 al 18 de febrero de 1820, tenía 72 años, de los que había pasado 28 en China. De esta manera terminaba gloriosamente una larga vida de apóstol que, a ejemplo del Maestro, quedaba refrendada por el testimonio y por el Sacrificio supremo.

QUÉ SUCEDIÓ CON EL CUERPO

El cuerpo del mártir quedó en el patíbulo toda la noche. Pero por la mañana temprano, el verdugo volvió con los soldados al lugar de la ejecución, desataron el cuerpo y se lo llevaron para sepultarlo en el cementerio de los condenados a muerte, que estaba muy cerca. Pero un grupo de cristianos, conducidos por el catequista Francisco Fong obtuvo, ofreciendo dinero a los soldados, el poder de recuperar como preciosas reliquias del mártir sus ropas manchadas de sangre, las cadenas que llevó, la soga que le estranguló, el bambú del mandarín que le había golpeado. Muchas de estas reliquias fueron remitidas a la CasaMadre en París por el Padre Lamiot. La túnica ensangrentada, se la mostró el Padre Perboyre a los seminaristas, futuros misioneros, mientras les dirigía estas palabras: «¡Este es el hábito de un mártir, mirad las ropas del Padre Clet y la soga con que le estrangularon! -Qué felicidad la nuestra, si tuviéramos un día la misma suerte!». El propio Juan Gabriel realizará literalmente lo que deseaba.

Pero los cristianos no podían consentir que el cuerpo de su venerado Padre permaneciera enterrado con los cuerpos de los criminales. Sobornaron otra vez a los soldados para conseguir su silencio, y por la noche fueron a exhumar el cuerpo, con el fin de asegurarle una sepultura más decente, en el cementerio cristiano de la Montaña Roja, donde ya habían sido enterrados otros misioneros, entre ellos varios Jesuitas.

En 1840 se enterrará también en una tumba del cementerio de la Montaña Roja a Juan Gabriel Perboyre, que había seguido fielmente, hasta en la muerte, las huellas de aquél a quien consideraba como su modelo, Francisco Regis Clet. El cuerpo, revestido de ropas nuevas, fue puesto en un ataúd forrado en guata, que se depositó en una tumba sin mampostería.

Sobre ella se colocó una estela con esta hermosa inscripción en latín y en chino, grabada en letras rojas:

*Aquí yacen los restos del venerable Siervo de Dios,
Francisco CLET de la Congregación de la Misión,
Padre lleno de méritos de la Iglesia de Hupé,
que realizó múltiples trabajos en la viña del Señor,
y ya en su ancianidad se ganó la corona del martirio
el año del Señor 1820, 14 de las calendas de marzo.*

Sobrevenido un tiempo de trastornos, se apoderó de la ciudad de U-Tchang-Fu una tropa de rebeldes, los cuales levantaron apresuradamente una muralla alrededor de la ciudad, utilizando las piedras de un cierto tamaño, en particular las piedras sepulcrales del cementerio. Esta, que los rebeldes rompieron, fue empleada con otras para la construcción de la muralla. Afortunadamente quedaba un fragmento un fragmento sobre la tumba.

LA VENERACIÓN HACIA EL MÁRTIR

Rodeaba al Padre Clet tal reputación de santidad, que su tumba se convirtió en meta de una verdadera peregrinación. Cristianos y paganos iban, con total confianza, a pedir al santo mártir la liberación de sus males. Llegaban hasta arrancar las flores y hierbas que habían brotado en su tumba y preparar remedios con ellas.

Hechos de carácter sobrenatural se produjeron y llegaron a encender las imaginaciones. Así, en el momento de la muerte del mártir, densas tinieblas envolvieron la ciudad de Pekín y sus contornos durante tres días, aducen el dato siete testigos en la instrucción del proceso de beatificación. Hubo varias curaciones milagrosas, atribuidas por los forecidos a la intercesión del mártir.

La investigación emprendida con miras a la beatificación del mártir llevaba consigo la exhumación y reconocimiento de sus restos mortales. Se llevó a cabo en 1858 bajo la presidencia de Monseñor Delaplace vicario apostólico de Tche-Kiang, y de Monseñor Spelta, vicario apostólico de Hupé. Pese a la declaración de una cristiana, cuyos padres habían trasladado el cuerpo, del cementerio de los criminales al cementerio de la Montaña Roja, había aún dudas sobre la identidad de la tumba. En efecto, existían dos tumbas con los nombres de dos Padres Liéu: el nuestro (pues tal era el nombre chino del Padre Clet), y a misionero con el mismo nombre, Liéu, que era Jesuita. A la vista del fragmento que se halló sobre la tumba, Monseñor Delaplace recordó que los rebeldes se habían llevado las losas para construir la muralla de la ciudad. Alertó a los cristianos, mandándoles que buscasen, en la superficie de la muralla, la famosa lápida. La encontraron, y la inscripción que llevaba completaba las pocas letras que se podían descifrar en el fragmento. Grabadas en rojo, las primeras palabras de la inscripción en chino eran: «Francisco Liéu de la Sociedad de San Vicente...».

Ya no cabía duda alguna. Pidieron al viejo enterrador pagano que abriese la tumba. Él dijo: «¿Quieren decir ése? Sí. Qué le pasa. Llegó de noche, yo era entonces un muchacho de quince a dieciséis años, mi padre me mandó cavar aquí... -Y ¿por qué lo trajeron de noche? No lo sé, parece que era un criminal (un *fan Yen*) y que tuvo que ver con el tribunal...». El mismo Monseñor Delaplace refiere este diálogo. Él se llevó los preciosos restos y los hizo poner en lugar seguro. Tenía intención de trasladarlos a París, según se había hecho ya con los restos de Juan Gabriel Perboyre. Pero los cristianos se opusieron. Monseñor Spelta, en una carta a Monseñor Delaplace, expresa lo que sentían: «Varios misioneros y un buen número de cristianos desean que el venerable mártir Clet se quede aquí para protegerlos. Quieren edificar una iglesia donde le levantarían un monumento. En una palabra, se oponen a su partida, y quieren poner todos los medios para retenerle consigo». Y Monseñor Delaplace añade: «Este ardor de los cristianos de Hupé no me sorprende en absoluto: jamaban, veneraban tanto al Padre Clet! ¡Si supiera cómo destaca su figura entre la de todos los misioneros que han venido a China! ¡Qué respetuoso recuerdo ha dejado! He encontrado a muchos cristianos que estuvieron en otro tiempo bajo su dirección, nunca se cansan de hablar del viejo Padre Liéu!».

En épocas turbulentas, los restos del Padre Clet se habían guardado en la capilla del seminario de Hankow. En 1868, a petición del Superior General de la Congregación de la Misión, Padre Etienne, Monseñor Delaplace llegó a un acuerdo con Monseñor Zanolli, sucesor de Monseñor Spelta, y logró llevarse estas preciosas reliquias a Francia. Exhumadas de nuevo en 1868, fueron transportadas a París por Monseñor Delaplace. Escribe, impresionado por los sentimientos de los cristianos: «Estos pobres cristianos de Hupé, ¡qué tristes se quedan! Por más de treinta años, el Padre Clet fue su padre. Le querían, le veneraban, le tenían por santo, lleno del espíritu de los profetas y taumaturgos. Esperaban conservarlo... Los consolé, a misioneros y cristianos, prometiéndoles rogar a nuestro Muy Reverendo Padre que, de cada uno de

nuestros mártires, Padres Clet y Perboyre, cuando sean canonizados, regale a Hupé una reliquia insigne».

Los cristianos dirigieron una súplica a Monseñor DeJaplace, rogándole que les dejara el cuerpo de su protector. Decían: «En nombre de todos los cristianos de Hu-Kuang, le dirigimos la presente súplica para que podamos conservar entre nosotros el cuerpo santo del Venerable Clet, en memoria eterna de su martirio y aumento del respeto religioso que le profesamos... Hace unas decenas de años, la persecución hizo estragos en la provincia de Hu-Kuang: los Padres Liéu y Tong (Perboyre) fueron estrangulados por la fe. Cuando sus almas admirables estaban en el cielo, hubo milagros en la tierra... El obispo (Monseñor Spelta) tuvo ocasión de acompañar, con el dolor a él debido, el cuerpo venerable del Padre Tong. Él pidió con insistencia que se dejaran a la provincia de Hu-Kuang las reliquias del venerable Padre Liéu, y ordenó a los cristianos que se aprestara una iglesia para venerar más tarde estas preciosas reliquias. Todos habíamos aplaudido esta propuesta, pero los rebeldes nos dispersaron y redujeron a tal estado de miseria, que la iglesia proyectada no fue construida. Queremos, sin embargo, construirla, cierto es... Le dirigimos esta humilde súplica, implorándole que tenga consideración con el afecto de todo este rebaño de fieles y les deje el cuerpo de su antiguo pastor. Todos contribuiremos a levantarle una iglesia en el mismo lugar de su martirio, y por ello nos veremos colmados de beneficios espirituales durante diez mil y cien mil años»

Pero Monseñor Delaplace se hallaba ya camino de Francia y París, ~ on su precioso depósito. Lo entregó a la Casa-Madre a principios de 1869. Mientras el proceso de beatificación recorría simultáneamente sus etapas en China y en Francia, las reliquias fueron canónicamente reconocidas por Monseñor Richard el 6 de septiembre de 1878. En espera de la beatificación, quedaron colocadas en un pequeño sepulcro, del lado inferior izquierdo de la capilla de los Padres Paúles, con una placa y en ella esta inscripción: *Aquí descansa el cuerpo del Venerable Francisco Regis Clet.*

LA BEATIFICACIÓN 1900

Introducida la causa de beatificación en 1843, concluye en 1900. El Santo Padre León XIII declaraba beatos, el domingo 27 de mayo, a 77 mártires de China. Tonkín, y Cochinchina, entre los que había algunos sacerdotes diocesanos, seglares, pero sobre todo miembros de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París; estaban además los 26 miembros de la familia dominicana, un Franciscano italiano (el Padre Triora), y por fin nuestro misionero Francisco Regis Clet.

El Breve pontificio habla del Padre Clet en estos términos: «*La Congregación de la Misión de san Vicente de Paúl, que comprende todas las obras de caridad y que está extendida hasta el extremo del mundo, ha asociado a los mártires indicados más arriba, al Venerable siervo de Dios Francisco Clet: los trabajos apostólicos no le rindieron nunca; los peligros y las amenazas no le intimidaron; sufrió con la mayor constancia un largo y cruel martirio, la tortura de un duro cautiverio, la ignominia de los peores tratos, y por fin la muerte por el suplicio del estrangulamiento*».

Las estelas que señalaban el emplazamiento de las tumbas de los Padres Clet y Perboyre habían permanecido en su sitio. Las enterraron los cristianos al comienzo de la Revolución Cultural, por miedo a que fueran profanadas o rotas. Monseñor Dong, actual arzobispo de Hankow-Wuhan, las mandó buscar y colocar con honor en la propiedad del Seminario

Mayor regional de Wuhan, para que los futuros sacerdotes se acuerden de quienes fueron sus «padres en la fe» y se sientan animados a seguir su ejemplo.

Desde la beatificación, figura un altar a nombre del mártir en la parte inferior izquierda de la capilla de la Congregación de la Misión (París, Casa-Madre), frente al de Juan Gabriel Perboyre. En la ceremonia de canonización de san Juan Gabriel Perboyre, el 2 de junio de 1997, el Santo Padre dijo, en su discurso final en la plaza de San Pedro, que esperaba poder canonizar pronto a otros mártires de China.

Es canonizado en Roma el 1 de octubre de 2000 por su Santidad Juan Pablo II.